

III

POLITICA MEXICANA
SOBRE INVERSIONES
EXTRANJERAS

M. RO. JESUS SILVA HERZOG"
HG5162 P64



9317

Cuadernos del Seminario de Teoría del Desarrollo

4

Política mexicana sobre inversiones extranjeras



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Primera edición: 1977

**D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.**

DIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México.

Í N D I C E

PRESENTACIÓN, <i>Alonso Aguilar M.</i>	7
I. CAPITALISMO MONOPOLISTA E INVERSIÓN EXTRANJERA, <i>José Luis Cecéña Gámez</i>	11
1) El capitalismo monopolista	11
2) El capitalismo monopolista de estado	18
3) Monopolios e inversión extranjera	22
II. LA INVERSIÓN EXTRANJERA Y EL DESARROLLO DEL IMPERIALISMO, <i>Jorge Carrión V.</i>	28
III. LOS CAMBIOS EN LA POLÍTICA DE INVERSIÓN EXTRANJERA, <i>Benjamín Retchkiman K.</i>	43
IV. EL NACIONALISMO Y ESTADO BURGUESES Y LA LEY DE INVERSIONES EXTRANJERAS, <i>Alonso Aguilar M.</i>	57
1) En torno al nacionalismo burgués	57
2) El Estado mexicano, un Estado burgués	68
3) Estado y capital monopolista	72
4) La ley sobre inversiones extranjeras	75
V. EL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO Y LA POLÍTICA DE INVERSIÓN EXTRANJERA, <i>Fernando Carmona</i>	100
1) Algo más sobre los cambios en el marco internacional	101
2) La inversión extranjera y la dependencia estructural de México	116
3) El capitalismo monopolista de estado y la política mexicana de inversión extranjera	135
4) La política de inversión extranjera del gobierno de Echeverría	160
VI. LA LEY SOBRE INVERSIONES EXTRANJERAS Y SUS REPERCUSIONES, <i>Alma Chapoy B.</i>	183
COMENTARIO, <i>Arturo Bonilla S.</i>	200
RESPUESTA A UN PASANTE DE ECONOMÍA, <i>Fernando Carmona</i>	202
APÉNDICE ESTADÍSTICO	209
BIBLIOGRAFÍA	237

INDICE DE CUADROS

1. Movimiento internacional de capitales: ingresos y egresos de capital extranjero. (1940-1970)	211
2. Movimiento internacional de capitales: ingresos y egresos de capital extranjero. (1971-1975)	212
3. Relación: servicio de la deuda-exportación de mercancías y servicios	213
4. Relación: egresos-ingresos de la inversión extranjera directa	214
5. Evolución de la inversión extranjera directa por ramas de actividad	215
6. Valor de la inversión extranjera directa por países de procedencia	217
7. Valor de la inversión extranjera directa en la industria manufacturera por países de procedencia	219
8. Participación de la inversión extranjera directa en la formación bruta de capital fijo	221
9. Participación de la inversión extranjera directa en la formación bruta de capital fijo en el país, por actividades. (1962-1970)	222
10. Participación de la inversión extranjera directa en la formación bruta de capital fijo en la industria manufacturera	223
11. Participación de la inversión extranjera directa en el producto interno bruto, por actividades. (1962-1970)	227
12. Participación de la inversión extranjera directa en la población económicamente activa del país, por sectores	228
13. Número de empresas establecidas en México según el grado de participación del capital extranjero en su capital social	229
14. Participación de la inversión de Estados Unidos en la inversión extranjera directa total	230
15. Características de la inversión de 255 empresas multinacionales en México. 1973	231
16. Participación de las exportaciones de empresas multinacionales de EUA en las exportaciones de México	233
17. México: Destino de las exportaciones de subsidiarias de empresas multinacionales de los EUA, por países y filiales	234
18. México: Destino de las ventas de subsidiarias de empresas multinacionales de los EUA	235

PRESENTACION

ALONSO AGUILAR M.*

Permítanme unas breves palabras destinadas a recordarles el objeto de esta sesión, así como a sugerir la forma en que podríamos trabajar en ella.

Nos ocuparemos esta vez del problema de la inversión extranjera y su relación con el subdesarrollo. Seguramente, no podremos abarcar los múltiples aspectos de la cuestión, aunque esperamos al menos contribuir a aclarar algunos de ellos, sobre todo en lo que se refiere a las condiciones imperantes en México. En sesiones previas del Seminario dimos especial atención a diversos problemas teóricos que plantea el desarrollo capitalista en América Latina. Ahora, si bien algunos de esos problemas y otros análogos aflorarán probablemente en nuestro debate, la atención se centrará en cuestiones más bien prácticas y especialmente en los aspectos principales de la política mexicana sobre el capital extranjero.

Nuestro interés en el tema no sólo responde a motivos circunstanciales. Aparte de creer oportuno cambiar impresiones sobre él en un momento en que se insiste que empiece a ponerse en marcha una nueva política mexicana en la materia, estamos convencidos de que el contacto con la práctica, con una realidad cambiante y

* Coordinador del Seminario de Teoría del Desarrollo del IIEc.

fluida que rechaza e invalida todo dogmatismo, es indispensable para avanzar en el trabajo teórico, si éste ha de servir realmente de guía para la acción.

El hecho, sin embargo, de que hayamos resuelto poner énfasis en el examen de la política mexicana no significa, desde luego, que no nos percatemos de la necesidad de reparar en el marco internacional y aun histórico, mucho más amplio, en que tal política se desenvuelve. Incluso el primer ponente y uno de los comentaristas se ocuparán de ciertos aspectos generales.

En la presente sesión tenemos dos ponentes y cuatro comentaristas. Los primeros son los compañeros José Luis Ceceña Gámez y Fernando Carmona, ambos conocidos de todos nosotros y reconocidos por su familiaridad con el tema a debate. Los comentaristas que tienen a su cargo ciertas cuestiones específicas, y a la vez ligadas a los problemas discutidos en las ponencias, son Alma Chapoy y Benjamín Retchkiman, investigadores de nuestro Instituto. Los comentaristas restantes son Jorge Carrión y el que habla, quienes, sin perjuicio de abundar en algún asunto ya tratado, abordaremos otras cuestiones. Esperamos, además, contar desde luego con la participación de algunos otros investigadores que asisten a esta sesión.*

Inicialmente se había previsto que la primera parte de nuestra reunión la dedicásemos a escuchar las ponencias; pero ante la imposibilidad de que Fernando Carmona intervenga de inmediato, alteraremos dicho orden y dejaremos su intervención para más tarde, desahogando en-

* La sesión fue celebrada el 24 de abril de 1973 en la sala de juntas del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM. Aparte de los investigadores mencionados en esta presentación, participó en la discusión el compañero Arturo Bonilla, cuya intervención se recoge en este libro.

tretanto la ponencia de José Luis Ceceña y las reflexiones que nos ofrezcan algunos de los comentaristas.

El presente texto contiene también dos apéndices preparados por miembros del Seminario de Teoría del Desarrollo de nuestro Instituto: un apéndice estadístico, elaborado por la compañera Marina Chávez H., ayudante de investigación, que recoge algunos de los datos más sobresalientes de la inversión extranjera en México, y una bibliografía sobre el tema, que incluye trabajos de carácter más general, y de la que se encargó la compañera Clara Eugenia Aranda, becaria.

CAPITALISMO MONOPOLISTA E INVERSION EXTRANJERA

JOSE LUIS CECENA GAMEZ

En esta sesión del Seminario hablaré, aunque sea de manera breve y esquemática, sobre un problema tan importante como es el de la política de inversiones extranjeras. Entre el licenciado Fernando Carmona y el que habla nos dividimos el trabajo de tal manera que yo abordaría el problema más general para dejarle a él el problema específico de la política de la inversión extranjera en México; en este sentido va a ser mi intervención, aunque desde luego, por el tiempo y por la índole del Seminario, será en términos —como decía yo— esquemáticos, para destacar lo que a mi juicio puede ser relativamente más importante en una discusión que seguramente se ampliará y enriquecerá con la intervención de los comentaristas y de los demás compañeros.

1) *El capitalismo monopolista*

El primer hecho que hay que destacar es el de que las inversiones extanjeras son un fenómeno histórico que

corresponde al surgimiento y expansión del capitalismo monopolista. El contenido de las inversiones extranjeras, las formas que revisten y su comportamiento, a mi juicio corresponden a la esencia de los monopolios y a las transformaciones del sistema capitalista y de la economía mundial en su proceso de desenvolvimiento.

Para iniciar esta exposición es necesario puntualizar algunos rasgos básicos del sistema capitalista, que es el marco dentro del cual se desarrolla fundamentalmente el problema de las inversiones extranjeras. Las características del sistema capitalista son: es un sistema de lucro; existe la propiedad privada de los medios de producción; hay dos clases antagónicas, capitalistas y trabajadores; es una economía mercantil, es decir, la producción se destina al mercado y existe la anarquía de la producción; es un sistema que no se desenvuelve de manera suave, equilibrada, sino esencialmente con fluctuaciones cíclicas; el desarrollo es desigual, tanto dentro de cada país como en escala internacional, y está sujeto a contradicciones antagónicas, de las cuales la fundamental es que la producción es social y la apropiación privada. Este sistema ha pasado por tres etapas en su desenvolvimiento: La primera es la de la libre concurrencia o etapa premonopolista; la segunda, la etapa monopolista, y la tercera, la del capitalismo monopolista de Estado.

Es muy importante, dentro del tema que nos ocupa, que veamos cómo se pasa de la etapa premonopolista de libre concurrencia a la de los monopolios, al capitalismo monopolista, porque es precisamente en ésta cuando surge la inversión internacional. Este tránsito se puede ubicar a finales del siglo XIX y principios del siglo actual. Podemos decir que la concurrencia misma engendra el monopolio, que el capitalista en su afán de lucro,

en su afán de elevar las utilidades, se enfrenta a sus rivales y tiene planteado un problema que consiste en poder influir sobre dos elementos, que son *el precio* y *el costo*, dado que la diferencia viene a ser la utilidad. Para lograr su objetivo de influir sobre estos dos elementos y maximizar su utilidad, el capitalista se ve en la imperiosa necesidad de crecer, de expandirse. Ése es el aspecto fundamental de los negocios en el capitalismo.

¿Cómo se logra esta expansión y este crecimiento que a través de la competencia conduce al capitalismo de monopolio, a la formación de grandes corporaciones monopolistas? A través de dos procesos (procesos que en la terminología marxista se llaman concentración del capital y centralización del capital). El primero consiste en la reinversión de utilidades y en la incorporación de capitales nuevos a una empresa, en un proceso de integración horizontal y vertical. Para esta expansión las sociedades anónimas, nacidas desde el principio del capitalismo, han sido un instrumento de gran importancia. Ustedes recordarán que la primera sociedad anónima o sociedad por acciones que se formó fue la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, que se organizó en Amsterdam en el año de 1602. El otro procedimiento es el de la centralización, que consiste en la combinación de una serie de capitales propios y acciones de distintas empresas, para lograr una posición de mayor influencia en el mercado sobre los elementos de ese mercado, que interesan al capitalista, fundamentalmente para la fijación de precios y para influir sobre el costo.

En el proceso de centralización conocemos una serie de formas monopolistas que han servido a estos propósitos, desde algunas que son muy poco consistentes y poco durables, hasta otras que son realmente muy sólidas y tienen posibilidades de una permanencia y de una

duración muy larga, podría decir de tiempo casi indefinido dentro del capitalismo:

Entre las primeras tenemos el *Pool* que es un simple acuerdo para lograr un objetivo común, adoptando políticas comunes.

El *Cártel* es una forma muy parecida a la anterior, pero un poco más estructurada, pues casi siempre es un convenio escrito entre firmas independientes a las que, en un momento dado, les conviene unificar su política para aumentar su poder y sus utilidades o, al menos, evitar pérdidas. Los movimientos de cartelización son muy comunes en épocas de crisis del tipo anterior en que una característica era la caída de los precios de materias primas por abundancia relativa de la oferta; por medio del *Cártel* se lograba el propósito, con una política común, de controlar la producción, reducirla mediante un sistema de cuotas, distribuir los mercados, fijar precios y una serie de otros elementos, como por ejemplo, compartir el uso de patentes, etcétera.

Otra forma es el *Trust*, importante no tanto por el fin concreto para el que se utilizó por primera vez, sino porque dio nombre a todo el proceso de monopolización. Es invención de un abogado de la empresa norteamericana *Standard Oil* que consiste esencialmente en que varias empresas que estaban trabajando en forma independiente convienen en intercambiar sus acciones por los valores emitidos por el *Trust*, llamados *certificados Trust* y dar al Comité Ejecutivo del mismo, el *Comité Fiduciario*, el control, el manejo, la dirección del conjunto de las empresas antes independientes. El *Trust* duró poco en virtud de que fue muy combatido por el

público, sobre todo por los desmanes, la conducta rapaz de la *Standard Oil* de Rockefeller; o fue sustituido por una organización monopolista muy parecida que se llama la Compañía Tenedora.

La *Compañía Tenedora* (*Holding Company*), es una organización que no se dedica a producir bienes o servicios, sino que está dedicada a controlar acciones de empresas productivas y a través del control de ellas maneja esas empresas con una política común de monopolio, para lograr el objetivo central que es el de maximizar las utilidades.

Tenemos también una forma muy utilizada desde finales del siglo pasado y hasta nuestros días, que es la de la *fusión*, que como su nombre lo indica, es la organización de una empresa nueva, con la fusión de varias empresas que eran independientes. Esta es muy común en el sistema bancario, de seguros y de la industria en sus principales ramas. Las principales fusiones han sido llevadas a cabo por las grandes corporaciones que en esta forma amplían su influencia en el mercado.

Una forma monopolista que quiero destacar, porque conduce (en unión de algunas otras) a la formación de los grandes grupos financieros, es el entrelazamiento de consejeros en los cuerpos de dirección o en las juntas de gobierno de las grandes empresas.

Mediante los procesos de concentración y centralización se van formando, en cada renglón económico importante, pequeños grupos de empresas que se destacan por su influencia en el mercado. No se trata, entiéndase bien, de que en una determinada actividad dos o tres

grandes empresas *desplacen totalmente* a las demás. Con el pequeño grupo de gigantes coexisten muchas empresas medianas y pequeñas; es más, la coexistencia de estas empresas de menor tamaño es útil a los propios monopolios, porque en sus actividades las medianas y pequeñas empresas son, por decirlo así, ramificaciones de las grandes empresas monopolistas y sirven, con mucha frecuencia, de colchón cuando las fluctuaciones de la coyuntura económica obligan a las empresas a reducir la producción. Es típico el caso de la *Ford Motor Company*: una buena cantidad de su producción de partes y de refacciones, la contrata con medianas y pequeñas empresas, y esto por dos razones: una, porque meterse a la producción de todos los elementos que concurren en la producción de un automóvil resultaría muy costoso y requeriría inversiones muchísimo muy grandes, y la otra, porque en épocas en que baja la demanda la *Ford* restringe sus operaciones, pero a costa fundamentalmente de la mediana y pequeña empresa. Así, la empresa mediana y pequeña subsisten, pero en forma de supeditación a los grandes monopolios.

De esta manera en todos los países capitalistas desarrollados existen dos, tres, cuatro empresas dominantes en las actividades principales: en automóviles hay tres grandes en los Estados Unidos y en Inglaterra dos; en la banca hay cuatro o cinco gigantes en ambos países; en seguros se repite la historia así como en ferrocarriles, comercio y en todas las demás actividades, con excepción de las agropecuarias.

Sin embargo, el proceso de monopolización no se queda ahí, en el punto en que cada rama está caracterizada por tres o cuatro empresas grandes que dominan el escenario. El fenómeno del proceso de monopolización de la economía va más allá. Una etapa más elevada en este

proceso consiste en la formación de los llamados *grupos financieros*. Estos grupos financieros ejercen un gran dominio en el conjunto de la economía por el control simultáneo que detentan en las principales grandes empresas de cada rama. Dos, tres o cuatro grupos financieros se puede decir que son el factor determinante de la economía de estos grandes países. Son muy conocidos en los Estados Unidos los grupos Rockefeller, Morgan, Mellon, etcétera. Una situación semejante prevalece en Francia, Inglaterra, Alemania y Japón y hasta en algunos países del «Tercer Mundo» como México.

En el grupo financiero, habría que señalar, pues es motivo de discusiones prolongadas, de discusiones que a veces toman el carácter de definiciones políticas, cuál es su esencia desde el punto de vista económico-político. El grupo financiero no está formado por un banco que domina a la industria, al comercio o a los servicios; ésta es una concepción que no corresponde a los hechos, aunque en algunos países y en alguna etapa determinada, es probable que se hayan producido elementos (y aún se produzcan) que pudieran dar base para pensar que el grupo financiero está integrado por un banco que domina a las demás actividades económicas. Más bien, el grupo financiero es el entrelazamiento estrecho entre grandes bancos, grandes compañías de seguros, grandes industrias, grandes unidades comerciales y de servicios como los ferrocarriles. Puede un banco ser el factor determinante en un grupo o también puede ser una gran empresa de otro tipo.

El grupo Rockefeller surgió y creció alrededor de la industria petrolera, pero las ramificaciones y los entrelazamientos con otros negocios han hecho que este grupo controle al mismo tiempo el *Chase Manhattan Bank*, una serie de sociedades financieras y otros negocios. En

el caso del grupo financiero Morgan el núcleo principal ha sido un banco, el *Morgan Guaranty*, al que se le han sumado un enjambre de empresas de tipo muy variado: automóviles, acero, equipo eléctrico, etcétera.

2) *El capitalismo monopolista de Estado*

La influencia de estos dos grupos es determinante en los grandes países capitalistas, no sólo en el sector de la economía sino también en los segmentos más notables de la superestructura; han calado muy hondo en el gobierno, en las instituciones de ciencia y tecnología (universidades, institutos tecnológicos) y en una serie de instituciones sociales como hospitales, clubes, Cruz Roja y otros.

Tenemos aquí, pues, un proceso de monopolización de la economía que ha seguido los lineamientos señalados y que ha transformado el capitalismo premonopolista de libre concurrencia en el capitalismo monopolista; todavía más, la transformación del capitalismo ha rebasado esa etapa y ha entrado en la tercera etapa que yo señalaba, que se conoce con el nombre de *capitalismo monopolista de Estado*. Aquí encontramos no una simple fusión del Estado con grandes grupos financieros, con grandes grupos monopolistas; no una fusión en el sentido de que formen grandes empresas mixtas que se manejan de manera coordinada. Hay sí, una estrecha, íntima interrelación entre los grandes negocios y el gobierno.

¿Por qué ha surgido? ¿Por qué se ha pasado del capitalismo monopolista al capitalismo monopolista de Estado? Esta etapa se debe, según estudiosos marxistas como Pesenti —y me parece la explicación correcta—, a la propia dinámica del sistema capitalista, a que el capitalismo entró en un periodo de crisis general que se ubica en la Primera Guerra Mundial, y que tiene como

manifestaciones y factores de influencia que lo han determinado, las contradicciones mismas del sistema, que llevaron a una guerra interimperialista de la cual surgió un país con un sistema distinto: el socialismo. Quien no haya visto en el surgimiento de la URSS, con un nuevo sistema, un nuevo elemento explicativo de un periodo de crisis general del capitalismo o está ciego o tiene interés en no ver. Además de la agudización de las contradicciones intercapitalistas y del nacimiento del socialismo, tenemos estos otros elementos: el creciente desarrollo de la clase obrera, de su politización y organización, los movimientos de liberación nacional, el desmoronamiento del colonialismo y, desde luego, la crisis general del capitalismo, la agudización de la contradicción fundamental del capitalismo que es la socialización del proceso de producción frente a una apropiación privada.

Nos encontramos, pues, en la etapa del capitalismo monopolista de Estado, en donde hay un ensamblaje, un entrelazamiento del Estado y el monopolio. No es que el Estado en épocas anteriores no hubiera intervenido para apoyar a la clase capitalista (ustedes saben que en la etapa premonopolista la marina británica circulaba por todos los rumbos del planeta en defensa del imperio británico), sino que por la crisis general del sistema se convirtió en una necesidad del capitalismo el que una fuerza tan importante como el Estado entrara directamente al escenario de su propia operación, para apoyarlo en su propia esencia, o sea en el proceso de acumulación del capital. El Estado viene a jugar un papel de gran relevancia en el proceso mismo de acumulación. Anteriormente legislaba, intervenía, mandaba ejércitos o marinos; pero ahora no solamente hace eso sino que participa directamente en el propio proceso de acumulación para contrarrestar la tendencia descendente de la tasa media

de ganancia, que es una necesidad para el sostenimiento del sistema.

El capitalismo monopolista de Estado tiene ingredientes como los siguientes: es ahora un empresario de grandes proporciones; maneja presupuestos enormes, mediante los cuales influye en la actividad económica, en la coyuntura económica a través de grandes pedidos militares, equipos y demás; realiza inversiones públicas cuantiosas. Esto, además de su acción reguladora a través de tarifas, subsidios, política monetaria y crediticia, política fiscal y de la política en el exterior, que se conforma de acuerdo con los intereses de los grandes grupos monopolistas. Podríamos referirnos aquí, por ejemplo, al seguro que tiene establecido el gobierno de los Estados Unidos en favor de los inversionistas para casos de expropiación; a la política comercial en el exterior; a la política de créditos exteriores, que se diseña en función del apoyo al capital privado; a las ayudas militares y económicas a los países alineados. Otro elemento a citar es el del intercambio de funcionarios entre los sectores de los grandes negocios y el gobierno: grandes magnates que pasan a ser miembros del gabinete, embajadores o miembros de alguna comisión importante, y altos funcionarios públicos que pasan a ocupar las presidencias de las grandes corporaciones.

Tenemos aquí, pues, el capitalismo monopolista de Estado como la última etapa del capitalismo. No se entienda que en estas condiciones el Estado es un prisionero, que no tiene independencia alguna respecto a los grupos financieros, a los grupos monopolistas. La tiene y la usa, pero lejos de debilitarlos, de perjudicarlos, más bien opera en favor de los monopolios en su conjunto. Ustedes saben que Roosevelt, por ejemplo, se caracterizó por ser enemigo del monopolio, pero se cuidaba

mucho de tocar los monopolios del grupo Morgan aunque sí afectaba por ejemplo a los de Rockefeller. El Estado moderno, el actual de Estados Unidos por ejemplo, puede en un momento dado no actuar incondicional y mecánicamente en función digamos de los intereses y requerimientos de la ITR en Chile; pero esto no quiere decir que el gobierno de los Estados Unidos, en donde hay un capitalismo monopolista de Estado, sea un gobierno que no esté al servicio de esos monopolios, sino que tiene que considerar que hay otros grupos que están en competencia, y que también hay juego de fuerzas internacionales que es necesario tomar en cuenta.

Un elemento adicional para pasar al aspecto de exportación de capitales sería el siguiente: opinar acerca del proceso de competencia dentro de este marco de monopolización. Algunos consideran que la formación de monopolios significa destruir la competencia, eliminarla. La literatura al respecto, sobre todo norteamericana y desde luego aquella que refleja los intereses políticos de los medianos y pequeños propietarios, está llena de quejas en el sentido de que los monopolios destruyen la competencia y que hay que resolver el problema restableciendo condiciones de competencia al estilo anterior.

La verdad es que el monopolio no destruye la competencia, no la elimina sino que la transforma; en lugar de ser competencia en un mercado anónimo, en un mercado en donde los productores son semejantes con productos homogéneos, se transforma en competencia de gigantes, que están en constante lucha por apropiarse del máximo posible de plusvalía en sus países y en los del exterior; que están en constante lucha por influir sobre el Estado y sobre el gobierno y obtener las mejores posiciones en él; que luchan encarnizadamente por llevarse los mejores contratos de guerra, de equipo militar,

por contratos de construcción de grandes obras, o están en competencia por lograr que la política económica interior y exterior del gobierno de su país se incline en favor de sus intereses; que los intereses financieros han logrado una serie de medidas (antaño y aún ahora) en favor de sus intereses; que los intereses petroleros han hecho lo mismo. Hay, pues, una fuerte competencia de esos grandes rivales que el Estado tiene que estar tomando en cuenta en su política, pero desde luego cuidando el aspecto central, que es el de mantener el fortalecimiento del sistema capitalista como tal.

3) *Monopolios e inversión extranjera*

La inversión extranjera no viene a ser sino una manifestación de este proceso de expansión monopolista, la misma expansión que tiene lugar dentro de los propios países metropolitanos, aunque a veces con métodos recrudescidos, en virtud de que cuando van al exterior, al menos en épocas pasadas, se encontraban con condiciones más favorables que dentro de su país: gobiernos débiles, desocupación, salarios muy bajos, condiciones éstas que les podrían favorecer más para acentuar su conducta expansionista y de dominio. Pero en esencia viene a ser una situación semejante a la que guarda su desarrollo monopolista interno, dentro de su propio país. Junto con esto podría decir que, si las condiciones en el exterior cambian y se tornan más desfavorables que en el interior, los monopolios ajustarán su conducta a las condiciones que establezcan los países huéspedes.

¿A qué vienen las inversiones extranjeras a nuestros países? La respuesta es muy clara: el *móvil de lucro* es el que las impulsa; tratan de integrar sus sistemas de la mejor forma posible para tener dotaciones seguras y ba-

ratas de materias primas y mercados para vender sus productos. Así se manifiesta el proceso de competencia de los gigantes: si una gran empresa establece una negociación en un país *X*, ese es motivo suficiente para que otras establezcan frente a aquélla su propia filial, para competir y no quedarse rezagadas, aunque de momento la utilidad que vayan a derivar no sea muy alta. Las grandes empresas monopolistas operan para obtener la utilidad máxima, pero no a corto sino a mediano o largo plazo.

Respecto a los países huéspedes y a las consecuencias que estas inversiones extranjeras tienen con sus inversiones internacionales, podríamos señalar que la inversión internacional es una inversión monopolista movida por el mismo impulso de obtener utilidades más altas y que la conducta es semejante a la que siguen dentro de sus propios países. En este sentido podemos ver que las inversiones extranjeras, que son ramificaciones de esas grandes empresas monopolistas, vienen a nuestros territorios a absorber empresas medianas y pequeñas en su proceso de expansión; vienen a tratar de influir sobre los gobiernos y determinar su política; vienen a elevar los precios al nivel que el mercado permita, al más alto nivel posible.

Esto significa que las decisiones que se toman en lo económico las toman las matrices y convierten a los territorios en donde hacen esas inversiones en apéndices, ramificaciones, prolongaciones o enclaves. Vienen a aprovechar los capitales locales que sea posible aprovechar, dentro de condiciones económicas favorables, a efecto de que el riesgo de la inversión real efectiva que realicen sea el mínimo posible; retardan y deforman el desarrollo económico de estos países y, una cosa que es ne-

cesario señalar, aparte de la extracción de utilidades, de la succión de una parte del excedente económico, es que a través de la inversión extranjera el capitalismo monopolista, ahora en su forma de capitalismo monopolista de Estado, ayuda al mantenimiento del sistema capitalista en los países en donde se realiza y a evitar o a dificultar cualquier cambio de rumbo de éstos hacia el socialismo, o hacia un tipo de democracia popular.

¿Qué papel juega el gobierno metropolitano en estas inversiones? En esta etapa de capitalismo monopolista de Estado el gobierno apoya a través de mil formas al capital privado para que logre sus objetivos. Refuerza su dominio a través de *créditos atados* que fomentan las exportaciones de los grandes monopolios, créditos que se establecen o se otorgan más bien sobre la base de condiciones de que la política del país huésped se oriente en tal o cual dirección; dan *seguros* para el caso de nacionalizaciones; establecen *cuotas* y un *sistema fiscal* favorable que conviene a los intereses monopolistas, para la importación de sus productos al país matriz —o dificultarlas si no conviene a sus intereses—, y finalmente intervienen mediante amenazas que, a veces, llegan a hechos reales de intervención militar.

Creo que puede quedar claro con esta exposición que nuestros países, ante el problema de la inversión extranjera tal y como la hemos enfocado, se encuentran materialmente dentro de una apretada red que los aprisiona, una red formada por los gigantes monopolistas que tienen grandes influencias en sus países de origen y en los gobiernos de otros países. Esto quiere decir que el problema de la inversión extranjera no es un problema financiero o técnico, sino que por su esencia es el problema del imperialismo que explota, domina y subyuga. En-

frentarse a ella a fondo significa luchar contra el imperialismo. Enfocar el problema de otra manera es esquivar el problema real y es usar paliativos para un problema que es de tipo estructural, que forma parte de la dinámica misma del capitalismo monopolista de Estado.

¿Cuáles serían las perspectivas que a mi juicio se nos pueden presentar para un próximo futuro? Los monopolios están muy fuertes, los grupos financieros tienen ramificaciones enormes; si un gobierno quiere sujetar a cierto control a un negocio, para su sorpresa se encuentra con que ese negocio está vinculado a otro y a otro y a otro y saca un hilo y de ese hilo sale una madeja y además, tiene que enfrentarse a un gobierno extranjero que, en el caso que nos ocupa, yo creo que podemos referirlo concretamente al de los Estados Unidos. Por ejemplo, si surgiera un problema con la Coca Cola que es parte de un grupo financiero, el grupo Morgan —que está formado por un enjambre de gigantes, como la General Electric y una serie de otras grandes corporaciones industriales y bancarias— le daría su apoyo, con lo que dificultaría a un gobierno como el de México, Perú, o el presidido por Allende en Chile, el aplicar una determinada política, ya que la Coca Cola no solamente es parte de un sistema capitalista y como capitalista podría contar con la solidaridad de su clase, sino que la Coca Cola —como dijimos— es parte integrante de un poderoso grupo financiero.

Podría decirse, pues, que nos enfrentamos a un problema en donde nos encontramos dentro de una red de intereses muy poderosos. Sin embargo, si por esto concluyéramos que las perspectivas son muy precarias, que nos iremos atando cada vez más, yo creo que comete-

ríamos un grave error. Si enfocamos el problema desde el punto de vista que esta tarde estamos abordando, es decir, el punto de vista de que la inversión extranjera no es más que una manifestación en el proceso de desarrollo del capitalismo con todas sus consecuencias, tenemos que reconocer que el capitalismo se hunde como sistema, se debilita y que frente a él, el socialismo se ha fortalecido y está aquí, en este mundo, *para quedarse*; de la Segunda Guerra Mundial, no sólo salió victorioso un país como la Unión Soviética, sino salió todo un enjambre de países socialistas.

El movimiento de nacionalismo en el «Tercer Mundo» es cada vez más intenso. Las contradicciones dentro del mismo capitalismo, la contradicción general, se ahondan: el proceso de socialización de la producción por una técnica más seleccionada en virtud de la gran acumulación de capital frente a una apropiación privada monopolista, en que la apropiación de esos grandes monopolios crece en proporción, es decir, se intensifica la relación de la plusvalía que se apropian. Aumentan las contradicciones entre los distintos países capitalistas; esto se ve en forma muy clara en la crisis comercial y la crisis cambiaria internacional: el dólar, moneda del poderoso país del Norte, se ha devaluado dos veces desde 1971, pero esa devaluación se ha hecho en condiciones que acentúan cada vez más las fricciones que existen entre los Estados Unidos, Japón y Alemania Occidental, principalmente.

La antítesis entre los países capitalistas y los países del «Tercer Mundo» que se ha agravado por la vigencia de la ley del desarrollo desigual, hace que más y más aumente la resistencia de los países superexplotados y que más y más busquen caminos distintos, a través de la solidaridad y las alianzas entre ellos y aún con los países

socialistas. En vista de todos estos elementos, yo creo que visto el problema de manera global y en perspectiva histórica, tenemos que sacudirnos el dominio que ha ejercido el sistema capitalista sobre nosotros y uno de cuyos instrumentos importantes es la inversión extranjera.

LA INVERSION EXTRANJERA Y EL DESARROLLO DEL IMPERIALISMO

JORGE CARRION

La exposición de José Luis Ceceña, con ser como él lo advirtió necesariamente esquemática, deja ver con claridad y precisión las fases recorridas por el capitalismo mundial, el influjo de la ley del desarrollo desigual sobre las distintas sociedades y los diversos países, y puntualiza —en su brevedad— las peculiaridades resultantes no solamente de aquel desarrollo desigual, sino de los variables contextos nacionales e históricos en que el capitalismo se desenvuelve. Aunque sabido, siempre resulta útil recordar —como una gimnástica para evitar el anquilosamiento en criterios que transforman el marxismo-leninismo en rígido cartabón— que la particularidad de los fenómenos sociales es mucho más rica que la generalidad de las leyes que los aprehenden y abstraen; que esta particularidad exigente siempre del estudio de la realidad objetiva ofrecida por cada campo, zona o región a los que se aplican las ciencias sociales, enriquece y verifica lo expresado por lo general, y que, no obstante una y otra aseveración, lo particular no deroga las leyes generales ni es antagónico, como no sea apariencialmente, de la esencia de ellas. El orden lógico

de la exposición de Ceceña, permite seguir el hilo rojo de la creciente concentración y centralización del capital, inherente al proceso de acumulación del capitalismo, desde su nuclear y por ello germinal etapa de ovillo subyacente en las contradicciones de la etapa de libre concurrencia o premonopolista, pasando por la monopolista, hasta convertirse en la red del capitalismo monopolista de Estado de hoy. Lo que por supuesto no quiere decir que imperialismo y colonialismo sean fenómenos iguales, sino sucesivas fases del desenvolvimiento del capitalismo. Justamente Lenin puntualiza cómo la consolidación del monopolio señala el punto de inflexión de la economía de concurrencia a la monopolista —lo que, como dice Ceceña, significa que la concurrencia se transforma llevando la competencia a otros planos tanto en el interior de los países desarrollados como en los del exterior—, y al mismo tiempo el momento de irrupción del imperialismo ya evidente y dotado de sus leyes específicas, de la dinámica que lo hará, con fluctuaciones y variantes, crecer y estructurarse mundialmente. Como lo precisa O'Connor al refutar las críticas a las tesis leninistas:

Lenin tenía conciencia de la continuidad del expansionismo europeo pero sostenía que el desarrollo del capitalismo monopolista conducía al quiebre de esa continuidad. En principio Lenin tenía bien asentados los pies en la tierra, porque la generación de ahorro de las empresas y su absorción por nuevas inversiones estaban gobernadas por diferentes leyes en una sociedad capitalista competitiva y en una que está ya bajo el monopolio del capitalismo. Pero eso no quiere decir que en la práctica Lenin no estuviera en lo cierto cuando afirmaba que a principios del siglo xx los monopolios habían

adquirido la completa supremacía en los países avanzados.¹

Sin hacer de la analogía un método, ni derivar de algunas semejanzas morfológicas entre fenómenos sociales su identidad, se podría decir que del mismo modo que en el proceso del capitalismo impera la creciente concentración y centralización de la producción y el capital, así también esa tendencia domina en la evolución del imperialismo en un plano a la vez superior y extendido a todo el mundo. El desarrollo del imperialismo —desde el punto en que Lenin hace coincidir su aparición con la consolidación del monopolio que es la esencia de aquél, hasta esta fase actual de capitalismo monopolista de Estado y gigantescas empresas transnacionales—, sigue esquemáticamente los grandes trazos del desarrollo del capitalismo; salta barreras nacionales, integra países enteros en su estructura, tropieza con las dificultades entrañadas en los antagonismos dados en su propio seno (luchas de unas potencias desarrolladas, imperialistas, contra otras; guerras interimperialistas para consumir el reparto de territorios coloniales y neocoloniales, desarrollo desigual de los países imperialistas como de los subdesarrollados; elevación del nivel de conciencia del proletariado y conquistas de éste que arrebatan a la burguesía «concesiones» y fortalecen las luchas populares; fluctuaciones y estancamientos).

Por último, pero no lo último, el sistema sufre las crisis que le son inherentes, y aunque las metrópolis cuentan con el colchón neumático en la propia estructura general de los países dependientes que son una de las condicio-

¹ James O'Connor, "The meaning of economic imperialism", *Imperialism and underdevelopment: a reader*, Monthly Review, New York and London, 1970, p. 112.

nes de su sobrevivencia, esas crisis afectan a la estructura general e influyen en los desplazamientos de la hegemonía dentro de ella, demostrados a plenitud por la línea histórica del imperialismo y sus avatares. Todavía ahora, no obstante la indiscutible predominancia del imperialismo de los EUA en el «mundo libre», ella sufre las contradicciones de la competencia capitalista europea y japonesa, y hay ya países imperialistas de segundo orden, dependientes en cierta forma de los de primera, si no es que de los EUA exclusivamente. A ello se agrega la contradicción principal en el plano de las relaciones internacionales: la existencia del mundo socialista [ese al que Fernando Carmona con agudo sentido de la simetría llama «segundo mundo»]. Y entre ambos, estimulada en gran parte por el «segundo» y como reacción de los pueblos explotados por el «primero», las luchas de liberación de las masas de los países del «tercer mundo». Sin que se haya descartado la lucha de clases engendrada por la apropiación de los medios de producción en manos privadas y la intensa socialización del trabajo productivo —contradicción fundamental— ésta se proyecta internacionalmente como contradicción entre socialismo y capitalismo —contradicción principal. Las inversiones extranjeras en los países dependientes, reflejan todas esas contradicciones. Son parte de la estructura global del imperialismo, y no pueden por eso ser objeto de una política aislada —legislativa, jurídica o normativa. Por eso resulta por lo menos confuso agrupar a los gobiernos de México, Perú y Chile, como lo hace José Luis Ceceña, para explicar que en caso de que aplicaran una determinada política en un conflicto con la Coca Cola, tendrían que enfrentarse a esa empresa no sólo como parte del sistema capitalista sino como “parte integrante de un poderoso grupo financiero”. México y Perú, sus burguesías y sus oligar-

quías, su Estado capitalista y monopolista en que se entrelazan los intereses de las tres instancias a favor del capitalismo, con todas las contradicciones menores que tengan con la burguesía imperialista que casi siempre se resuelven en el nivel del regateo y el oportunismo y se expresan en estentóreo nacionalismo burgués, son parte de la estructura del imperialismo. Eso es lo que impide a sus gobiernos luchar contra la Coca Cola. No es propiamente la fuerza del grupo Morgan, sino el propio capitalismo del subdesarrollo y la dependencia estructural, en que esos gobiernos se inscriben y en el que se sostienen ya sea mediante políticas desarrollistas o neodesarrollistas. En cuanto a Chile, la amenaza al gobierno de Allende podrá venir, esa sí, no tanto de poderosos grupos financieros sino de la lucha entre capitalismo y socialismo, del temor de los EUA por la expansión inevitable e histórica de esta última formación económico-social, que en el país sudamericano se trata de alcanzar por la vía pacífica. Una amenaza de orden exterior, conjugada con fuerzas internas reaccionarias, muy distinta de lo que para México y Perú representa el peso del capitalismo del subdesarrollo y su carácter estructural interno y externo. [El golpe de estado de los gorilas pinochetistas así lo confirmaría pocos meses después de efectuada la sesión del seminario. Todos los datos y estudios ulteriores demostraron la activa participación de los EUA, en el nivel de aparatos estatales, en el asesinato de Allende y la imposición de un régimen dictatorial militar, grotesco y sangriento remedo, a ras del subdesarrollo, del fascismo, pero no propiamente éste que al parecer exige las condiciones de extremación del capitalismo desarrollado].

Por exigencias de la brevedad, en su ponencia Ceceña dejó implícita una etapa de transición entre la monopolista y la tercera o última: la de capitalismo de Estado,

en ocasiones imbricada en la premonopolista, que conviene señalar pues muchas de las discusiones acerca de la existencia o no del capitalismo monopolista de Estado en algunos países de América Latina y concretamente en México, giran en torno del inadecuado deslinde de esas dos etapas o subetapas si se quiere.

En México el capitalismo de Estado se consolida en el periodo extendido entre 1929 y los finales de la Segunda Guerra Mundial. Precisar lo así no sólo es conveniente para el entendimiento de las etapas del capitalismo en el país, sino para penetrar un poco en la complejidad de una época nacionalista, por algunos calificada incluso de socialista (la del cardenismo), caracterizada justamente por una reducción de las inversiones extranjeras dada simultáneamente con el impulso a la reforma agraria, la expropiación y nacionalización del petróleo, y la nacionalización de los ferrocarriles. Fenómenos todos que permitirían durante los años de la guerra mayor actividad del capital nacional y una independencia relativa debida a que "las grandes potencias beligerantes aflojan el dominio que ejercen en sus mercados tradicionales".²

Todo lo cual, y me limito a señalarlo, no permite calificar a ese periodo como uno en que el nacionalismo burgués, y ni siquiera el pequeño burgués predominante en la conducción del Estado, extravasara el subdesarrollo

² Alonso Aguilar, "La fase actual del capitalismo en México", *Estrategia*, México, marzo/abril de 1975, núm. 2, p. 5. Aguilar añade en la nota 5 de la misma página: "Para no confundir el capitalismo de Estado con el capitalismo monopolista de Estado conviene recordar que en tanto éste [...] es la última fase de la etapa imperialista, aquél surgió en algunos países incluso en la etapa premonopolista y en muchos otros cuando el imperialismo apenas empezaba a desenvolverse [...] es probable que, en nuestros días, el capitalismo de Estado sea ya, en muchos países subdesarrollados del llamado «tercer mundo» un capitalismo monopolista de Estado."

capitalista y la dependencia impuestos por la inserción de México en la estructura del imperialismo. Los años de la posguerra serían de progresiva consolidación del capitalismo monopolista de Estado; el capital monopolista norteamericano se expande vertiginosamente, penetra cuantitativa y sobre todo cualitativamente en México, haciendo de la economía de éste una estructura de índole monopolista en todos sus sectores: capital nacional, extranjero y del Estado, y aun tiñendo con el color deformante del monopolismo sectores económicos formalmente no monopolistas.

La necesidad de puntualizar esos aspectos, sin que aquí se pretenda ahondarlos ni estudiarlos ampliamente, se enlaza con la de precisar: 1) hasta qué punto es posible históricamente hablar de una burguesía nacionalista capaz de abrir una vía de desarrollo independiente dentro de un sistema capitalista insertado en la estructura del imperialismo; 2) si el colonialismo, la dependencia fluctuante del periodo extendido desde 1821 hasta la época del porfirismo, aparte del obstáculo de una estructura económica deformada en la que se internaliza el mercado internacional, permitió o no la creación y desarrollo de una conciencia burguesa nacional como la que en otras condiciones se desenvolvió en los países en que el capitalismo se desarrolla autónomamente, y 3) hasta dónde los ejemplos aducidos con frecuencia —el ya frustráneo, como los hechos lo comprueban, del México de la época de Cárdenas, o los de manera abusiva e imprecisa calificados de «nacionalistas», «populistas», «modernizadores», etcétera, en distintas épocas de Brasil, Argentina, Bolivia, Chile y Perú, para reducir la enumeración a los de América Latina³—

³ Véase, por ejemplo, el artículo de Darcy Ribeiro "Tipología política latinoamericana", *Nueva Política*, núm. 1, 1976.

comprueban que aun los intentos más emocionalmente nacionalistas (algunos inclusive radicalizados por la ideología pequeño burguesa) dados sin romper el huevo del capitalismo en que se engendran, conducen inexorablemente al capitalismo monopolista de Estado, y a la categoría de capitalismo del subdesarrollo estructuralmente insertado en el imperialismo.⁴ Si la anterior afirmación fuera correcta permitiría decir que el nacionalismo burgués, y muy particularmente el de países como México cuyo capitalismo se consolida en el momento en que el imperialismo es ya una realidad histórica expandida por todo el mundo, adquiere *ad ovo* irreversiblemente las limitaciones que le impone su inserción en aquella estructura internacional y el carácter insuperable *estructural* de capitalismo del subdesarrollo y dependiente. *Subdesarrollo* que, pese al incremento económico indudable de países como México, es por lo anterior invencible mediante lineales carreras entre el Aquiles del desarrollo y la tortuga del subdesarrollo... corridas en la pista del sistema capitalista.

Al mismo tiempo, el hecho mismo de que en ciertas coyunturas se produzca, sea por algunas razones internas aunadas a condiciones externas propicias, como la política de Cárdenas citada, o bien por el aflojamiento del dominio que las metrópolis imponen en sus mercados tradicionales, una relativa importancia e independencia del capital nativo respecto del extranjero, demuestra que el imperialismo no puede entenderse únicamente como un fenómeno cuantificable por la cuantificación e incluso la calificación del capital extranjero, de las inversiones directas o indirectas, realizadas en las regiones dependen-

⁴ Ver al respecto la nota 53 del ensayo de Fernando Carmo-
na en este mismo libro.

tes. Para que lo anterior no quede en el nivel de Perogrullo: las inversiones en el exterior de los países altamente desarrollados —imperialistas—, son movidas no únicamente por el afán de obtener mayores tasas de ganancia y contrarrestar la tendencia descendente de éstas en el capitalismo de los países desarrollados, sino también por la necesidad de paliar las contradicciones engendradas en esos países a causa de la formidable concentración y centralización de la producción y del capital y de las crisis inherentes a ese proceso. El imperialismo así, es un todo no reductible a uno de sus factores, aunque sea tan importante como lo son las inversiones, al mismo tiempo que no lo es a otros cuáles los aspectos políticos, militares, ideológicos, culturales o del comercio desigual que conforman a aquel todo. Lo que explica también el diverso carácter que adoptan las inversiones extranjeras en los países subdesarrollados tanto en el devenir histórico como en su aplicación práctica a las condiciones y peculiaridad de esos países. La inversión de capitales y con ella de tecnología —que en puridad es una venta— y la extracción a través del retorno al país inversor de capitales por medio de precios monopolísticos, «servicios», tales como *royalties* y elevadas retribuciones a los altos jefes extranjeros de las empresas y a sus técnicos, es parte de la mecánica por medio de la cual el capitalismo salta las fronteras nacionales después de haber hecho lo mismo dentro de ellas saltando los límites entre industrias, ramas industriales, etcétera, en su interminable necesidad de expandirse y dentro del proceso de concentración y centralización de la producción y el capital propio del sistema. O como lo dice Ceceña, al ubicar el tránsito de la etapa premonopolista a la de capitalismo monopolista, en la que afirma que surge la inversión internacional, “para lograr su objetivo de influir sobre estos los elementos [el

precio y el costo] y maximizar su utilidad, el capitalista se ve en la imperiosa necesidad de crecer, de expandirse”.

Las inversiones extranjeras son el pivote del mecanismo económico aplicado como torniquete a los países subdesarrollados para exprimir a sus pueblos y aumentar la acumulación capitalista en escala mundial, y por ello también el de la acentuación hasta límites extremos de la explotación del trabajo. A la vez, implican la formación de un increíble ejército de reserva en el llamado «tercer mundo», con todas sus consecuencias de intensa exacción de plusvalía, llamada ahora eufemísticamente aumento de productividad, desempleo, subocupación y miseria de las masas no marginadas sino inherentes en todo el sistema. La expansión capitalista exige no sólo la inversión de excedentes que en el país de origen se acumulan, sino la expansión del sistema para explotar con mayor intensidad y eficacia, para producir plusvalía en los pueblos dominados y en la medida de las características que el desarrollo desigual haya impreso en ellos. Las inversiones mismas no se hacen mecánicamente, obedecen a un proceso: el pivote se modifica a sí mismo tanto cuanto transforma las modalidades del proceso de consolidación del capitalismo monopolista de Estado. Su desarrollo mismo no es lineal ni está exento de fluctuaciones y contradicciones. A su vez, en parte por el dinamismo propio del sistema capitalista y las contradicciones (de las cuales la fundamental es la dada entre apropiación privada y producción social), y en parte a causa del sucesivo reacomodo de las grandes potencias en el proceso de posesión de territorios dependientes, sus mercados, materias primas y fuerza de trabajo —proceso generador de guerras interimperialistas, como también de guerras de sustitución colonial cual la de Vietnam—, el imperialismo no nace armado de todas sus armas, ni todas éstas son definitivas y las mismas, sino

variables y cambiantes. Esta incubación y crecimiento del imperialismo, desde la etapa en que Lenin atribuye a los monopolios un estado embrionario, hasta aquella en que "el capitalismo se ha transformado en imperialismo", produce profundas modificaciones, adaptaciones y deformaciones económicas, sociales y culturales, en los países que pasan del sistema colonial al imperialismo.

En el caso de México que no logra su independencia económica al parejo de la política obtenida con la Independencia y tras un lapso en que los vientos del colonialismo inglés y el francés, principalmente, sacuden la rama del fruto aún no maduro para el potencial imperialismo con los consiguientes trastornos internos y la añadidura a los propios y de origen (el largo drenaje hacia la metrópoli que impidió la formación de un excedente nutricional de la burguesía mexicana que posibilitara su desarrollo vigoroso e independiente)⁵ de los obstáculos levantados por la disputa de las potencias,⁶ ese fruto pasa a la condi-

⁵ Alonso Aguilar, después de demostrar que "al advenimiento de la nueva estructura económica [la capitalista en la época de la Reforma] hay un excedente apreciable", escribe: "...hay múltiples hechos que parecen demostrar que no fue la persistencia de un feudalismo rígido e improductivo lo que esencialmente condicionó el proceso de acumulación de capital y de desarrollo, sino más bien la gestación de un capitalismo dependiente que, a lo largo de siglos, dio lugar a la constante succión y al desperdicio interno del potencial de inversión." *Dialéctica de la economía mexicana*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 2a. edición, 1972, p. 104.

⁶ "Todo el periodo que abarca esta primera época [de la vida independiente del país] se encuentra dominado por la lucha de las grandes potencias por extender su dominio sobre la naciente República... lucha que se manifestó no solamente en una acción intervencionista, sino que tuvo una serie de contradicciones que correspondían a los intereses antagónicos de dichas grandes potencias y, en ocasiones, reflejaron también ciertas alianzas de

ción de parte estrechamente integrada en la estructura del imperialismo y su condición de capitalismo del subdesarrollo, dependiente y en cuyo ámbito entero sólo es posible la categoría de una burguesía dominante-dominada.

Todo lo anterior se ha inscrito en lo que la palabra comentario significa de acuerdo con el mamotreto llamado Diccionario de la *Real* Academia Española de la Lengua. Una explanación de lo que la tesis presentada por el ponente ya de suyo ilumina y pone ante nuestros ojos, como lo hace el texto de José Luis Ceceña. Pero hay más en esta ponencia. En ella se encuentran las vías de numerosas maneras de penetrar en el fenómeno del imperialismo. No sólo a través de su eje de inversiones y sus modalidades, sino de lo que aquél globalmente implica. Hay la incitación para enlazar el problema de las inversiones extranjeras con lo que ellas y el imperialismo en general significan en la estructuración de las clases sociales en el país huésped, por ejemplo. Cómo, si el imperialismo deforma por su «internalización» a la vez que por la internacionalización de los mercados de las naciones dependientes, también deforma y determina la peculiar estructura de las clases sociales en esas dependencias, que, sin abolir la tendencia del capitalismo hacia la polarización de ellas, implícita y expresa en la contradicción fundamental, abre el abanico de los sectores y estratos sociales, intrincando su espectro y haciendo más compleja su trabazón e influjo sobre las características económicas, sociales, políticas y culturales de los países subdesarrollados. En estas cuestiones, sugeridas por el trabajo de Ceceña, no se puede ahondar en gracia a la brevedad y los

algunas de ellas para evitar el dominio de sus rivales". José Luis Ceceña, *México en la órbita imperial*, Ediciones El Caballito, México, 1970, p. 12.

límites a los cuales se ciñe el tema de este seminario. Mas, ¿cómo el formar parte de la estructura del imperialismo determina la peculiar estratificación de las clases en México y en general en América Latina? ¿Cómo la secuencia cumplida desde el colonialismo hasta la conducente a la dependencia estructural, es de tal naturaleza que no sólo en el terreno económico-social sino asimismo en el ideológico, en el de las superestructuras, realiza el barbecho necesario para la reproducción material e ideológica de las condiciones de mantenimiento del capitalismo? [A estas fechas Fernando Carmona ha publicado cuatro ensayos sobre las clases sociales en México en que, entre otros supuestos teóricos, parte de la base de que:

...el imperialismo es un sistema global, cuya esencia, la creciente *monopolización* de la economía, se manifiesta tanto en los países desarrollados que constituyen su centro como en los subdesarrollados de la periferia, de acuerdo con las condiciones creadas por la división del trabajo a partir de un proceso histórico en el que, desde sus inicios como lo señalaran los autores del «Manifiesto Comunista», se «establece» un intercambio universal y aumenta la «interdependencia universal de las naciones».

Esta internacionalización, añade Carmona:

...no es sólo respecto al papel del comercio exterior y la inversión extranjera en las orientaciones de la producción, el financiamiento de la misma, las transferencias de tecnologías, el impacto del capital trasnacional y el conglomerado o la constitución de uniones aduaneras, zonas de libre comercio o «mercomunes». También comprende grandes desplazamientos de asalariados

de unos a otros países: de Grecia, España y Portugal a Francia y Alemania Federal, de México y Puerto Rico a los EUA...⁷

Ahora bien, lo que interesaría destacar por último es el modo como el proceso de «internalización» de la economía de países como México, de acuerdo con el criterio de estructura global del imperialismo, se da parejamente aunque en niveles distintos con la «internalización» de la ideología y aun de la cultura de esos países. Lo que no quiere decir ni mucho menos que ideología y cultura se trasladen mecánicamente como si se tratara de una inversión de capitales. Esta misma influye en la penetración ideológica y cultural. Pero el terreno que la recibe la transforma. No es pues la ideología y la cultura norteamericanas (como las industrias dominadas por el capital norteamericano no son idénticas a las de la metrópoli) lo que prospera sino una interrelación degradatoria entre la ideología de la clase dominante-dominada mexicana y la foránea. Sería interesante, pero sólo de paso hay que señalarlo aquí, indagar hasta qué punto en el dificultoso proceso de desarrollo del capitalismo mexicano ha influido el hecho de que la ideología burguesa nacional, la formación de una conciencia burguesa de la clase dominante no ha sido nunca autónoma. No lo fue, por el rápido paso a la dictadura porfirista, ni en los momentos en que con Juárez a la cabeza el nacionalismo victorioso en la defensa del territorio, pudo haber estimulado una conciencia burguesa nacionalista independiente. De ahí que escasamente se pueda compartir el optimismo de José Luis

⁷ "Monopolización y estructura de clases", *Estrategia*, núm. 4, julio/agosto de 1975, pp. 27 y 28. Véase también en la misma revista los números 5, 6 y 7 en los que Carmona desarrolla el tema de la estructura de clases en el país.

Ceceña acerca de la posibilidad de que el Estado, su gobierno, separado así del conjunto de la burguesía, y más aún de la oligarquía, pueda emprender el camino que libere a México no sólo de la deformación que le imponen las inversiones, la transferencia de tecnología y todo lo que aquéllas requieren y exigen en los países dependientes. A la imposibilidad histórica, remachada por la evidencia de que México vive ya en el nivel de la dependencia, y a plenitud en la etapa del capitalismo monopolista de Estado, se añade un proceso histórico que ha condicionado férreamente a la conciencia burguesa, deformada también y dependiente, con las consecuencias ideológicas y culturales respectivas. Ambos fenómenos que cancelaron para la burguesía mexicana la necesidad histórica presente en otras de otros tiempos, de desarrollarse con autonomía en los planos económicos como en los ideológicos, le niegan a la burguesía mexicana cualquier otro camino que no sea el del nacionalismo verbal y el oportunismo ante el sistema imperialista, ante la metrópoli. El único camino lo emprenderán las masas cuando su acción militante, su conciencia de clase, su organización y su independencia ideológica las empuje a recorrerlo para instaurar el socialismo.



LOS CAMBIOS EN LA POLITICA DE INVERSION EXTRANJERA

BENJAMIN RETCHKIMAN K.

En alguna medida, varios estudiosos de la realidad mexicana coinciden en que fue durante el sexenio que gobernó Lázaro Cárdenas que la inversión extranjera directa y el endeudamiento externo alcanzaron sus más bajos niveles; independientemente de que un análisis del por qué de esta situación está fuera del tema y de que no se dispone del tiempo que requeriría su tratamiento, es evidente que en ese sexenio fue cuando mayores posibilidades tuvieron los grupos empresariales del país para consolidar su posición como líderes del desarrollo industrial y que esta posibilidad no fue aprovechada por la burguesía mexicana.

Al término del gobierno cardenista en 1941 y con la entrada de Estados Unidos a la guerra que le dio el sello de mundial, se produjeron fenómenos de sumo interés para México: en primer término, con la presidencia de Manuel Avila Camacho se inició un proceso revisionista de la obra de Cárdenas que continuó en las administraciones sucesivas hasta la liquidación de ésta, y que tuvo su expresión más importante en el deterioro de las fuerzas populares —sectores obrero y campesino, princi-

palmente—, lo cual se reflejó de modo principal en la política económica del país y sobre todo en la proyección de ésta hacia la inversión extranjera; en segundo lugar, el grueso de la inversión extranjera, que hasta 1939 se concentraba en los servicios públicos y en la industria extractiva, gradualmente fue concentrándose en la industria de transformación y el comercio. En 1939 el 63% de la inversión extranjera correspondía a servicios públicos, un 27% a industrias extractivas y actividades primarias (minería, petróleo y carbón, agricultura y ganadería) y solamente el 6% en la industria manufacturera. En 1970 el 75% de la inversión foránea estaba colocada en la industria de transformación y casi un 16% en el comercio; en tercer lugar, debido al esfuerzo bélico EUA, no podía satisfacer a México y a otros países de América Latina de productos manufacturados, lo que motivó que se iniciara la sustitución de importaciones en México y que aun se propiciara un monto de exportaciones de cierta importancia a naciones hermanas del continente; en cuarto lugar, los gastos de infraestructura que, con la reforma agraria y la creación de instituciones básicas (crediticias, monetarias, bancos de fomento y otras), iniciaron la llamada obra constructiva de la Revolución Mexicana, llegaron a su máxima expresión en el sexenio de Cárdenas; estos gastos, a mi entender, se hicieron con el beneplácito de la clase empresarial porque se canalizaron en su provecho los excedentes obtenidos del sector exportador y de los asalariados de la ciudad y del campo; también favoreció a la iniciativa privada en materia de ingresos tributarios, pues tocante a éstos hasta la fecha nada importante se ha realizado por el movimiento social que se inició en 1910; en quinto y último término, los países industriales —y las metrópolis coloniales en su mayoría— intuyeron que el coloniaje como expresión de he-

gemonía económica y política llegaría a su fin y con él, el enclave primario —exportador— de los llamados países independientes, además de que las condiciones de desarrollo incipiente trasladaban las utilidades de las explotaciones minero-agrícola-ganaderas, hacia la industria manufacturera que se podía manejar y administrar con menos obviedad y menor alboroto político.

Ya en la administración de Manuel Avila Camacho, se amplían en forma muy generosa las concesiones fiscales y los subsidios de todo tipo a las empresas nuevas y a las que se consideran necesarias.

El «talón de Aquiles» de todo esto, es que en ningún momento se tomaron medidas reales para que el desarrollo capitalista fuera autónomo, es decir realizado por y en beneficio de la burguesía empresarial nativa.

México, durante la Guerra Mundial II, tuvo la posibilidad de impulsar su desarrollo industrial con capitales mexicanos. Las condiciones eran propicias: el imperia-lismo se había debilitado temporalmente y existían ahorros para promover dicha industrialización.

Para alcanzar semejante propósito eran necesarias ciertas reformas nada revolucionarias: control de divisas y creación de un aparato encargado de evitar que las divisas ahorradas se gastaran en mercancías superfluas y/o suntuarias, sino que se canalizaran, dadas las tremendas facilidades otorgadas y la coyuntura histórica tan favorable, a la inversión productiva; la política fiscal y sobre todo la tributaria debió haber realizado el cambio de gravamen cedular sobre la renta al de impuesto al ingreso personal, no tanto por el aumento de las percepciones gubernamentales —lo cual tampoco debía olvidarse— sino por la posibilidad de controlar la riqueza existente y a quienes eran sus poseedores, así como para determinar adónde iban los ingresos que

tales capitales producían; esta medida conjugada con la eliminación de las acciones al portador y su reemplazo por las nominativas, hubiera impedido la proliferación de los «prestanombres» y hecho más difícil la multiplicación de sociedades anónimas totalmente extranjeras, que además obtenían los beneficios de las leyes de fomento industrial, las cuales debieron haber sido más discriminatorias. Por último, se debió restringir la entrada de capital extranjero a la industria manufacturera y a la de maquinaria y equipo, con el propósito de preservar dicho campo para el empresario nativo cuando éste adquiriera la capacidad y la condición del *innovador*, aun cuando ello significara un ritmo más lento de industrialización.

Claro, la penetración imperialista tiene a su alcance múltiples recursos, técnicas —y mañas—, que le han permitido entrar en campos más «minados» y desbrozar caminos más difíciles en otras regiones; sin embargo, las medidas arriba propuestas hubieran significado al menos una manifestación específica de la decisión del país de forjar su propio destino y en vías de hecho, se hubieran formado grupos o partidos políticos netamente populares y nacionalistas, que seguramente hubieran presionado a la burguesía nacional hacia rumbos más claros —en el sentido nacional— de los que tiene ahora. Reconozco que nuestro planteamiento es optimista y no ignoro que José Luis Ceceña y Alonso Aguilar —ambos presentes— manifestaron que los monopolios y las inversiones extranjeras —¿qué no será lo mismo?— significan una camisa de fuerza que impide todo movimiento hacia un desarrollo autónomo. Incluso Aguilar subraya que esperar la independencia económica de una burguesía dependiente es como dejar la iglesia en manos de Lutero.

Debe dejarse sentado que lo anterior, aparentemente

tan obvio, no lo parece tanto a la burguesía mexicana y a los grupos que gobiernan el país, según lo aclaran dos investigadores alemanes, Borisch y König, quienes señalan que:

Las instituciones nacionales [de América Latina] han llegado a la conclusión de que el capital extranjero privado puede constituir una aportación valiosa a la industrialización de los países en desarrollo. Ejemplo de ello son, por un lado, las encuestas realizadas en varias grandes ciudades de América Latina sobre la posición que se asume frente a las empresas extranjeras, y por otro, las declaraciones de destacados funcionarios [Antonio Carrillo Flores, Gilberto Loyo, Raúl Prebisch, Carlos Quintana], y las publicaciones de la Comisión Económica para América Latina y la Resolución 1710 (xvi) de la Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo.¹

También es importante considerar que una parte de la burguesía nacional y de representantes del sector público, en diferentes contextos han manifestado su gran preocupación por la inversión extranjera y sus repercusiones en la economía y la política mexicanas; no deja de ser sorprendente que quien propiciara la segunda conquista de México, Porfirio Díaz (en 1911 las inversiones extranjeras alcanzaban más de 2 000 millones de dólares y significaban el 70% de las inversiones totales, excluidas la agricultura y la artesanía; al mismo tiempo, 29 millones de hectáreas, o sea la séptima parte del territorio nacional, estaba en manos foráneas), tuviera un

¹ "La política mexicana de inversiones extranjeras", *Jornadas*, núm. 62, El Colegio de México, 1968.

ministro, por cierto el más conspicuo —José Ives Limantour—, que en 1906 hacía notar el entonces ya intolerable poder de la inversión extranjera y la necesidad de que los mexicanos tomaran en sus manos empresas industriales estratégicas.

La actitud nacionalista se acentuó con la lucha armada iniciada en 1910 y tuvo su expresión más acabada en el Artículo 27 de la Constitución de 1917 que devolvía a la nación la propiedad originaria de tierras, aguas, subsuelo, mares y espacio aéreo. Sin embargo, se permitió la explotación del subsuelo, sobre todo la minería y el petróleo, y se reivindicó este último sólo hasta 1938 con Lázaro Cárdenas.

El desacuerdo entre la legislación y la realidad, se ha constituido en un *modus operandi* en toda la región latinoamericana y naturalmente en México. Aun la expropiación petrolera presentó sus retrocesos cuando se autorizaron, en la administración de Miguel Alemán, contratos de exploración que limitaban la propiedad originaria de la nación imponiendo modalidades que, para ser eliminadas, requirieron de recursos de gran cuantía que tuvo que erogar el pueblo mexicano; esta actitud de emitir leyes para contradecirlas completamente en la práctica, continúa hasta nuestros días, como se verá más adelante, cuando se analice la ley para regular la inversión extranjera de marzo de 1973.

Probablemente, la multicitada discrepancia entre los mandatos expresados en la legislación o en los ideales que la misma representa y su aplicación en la realidad —que además parece común a todo el *spectrum* del aparato jurídico, político y administrativo de los países latinoamericanos y, tal vez, de todas las naciones subdesarrolladas— ha hecho exclamar a un jurista que “resulta incomprensible que [el país] haya permanecido indiferente ante los graves y múl-

tiples problemas que provoca el trato legal a la inversión extranjera". Era usual —y en verdad lo sigue siendo— que cuando el gobierno del país se refería a la inversión foránea, lo hacía en el contexto de que sería admitida siempre y cuando se ajustara estrictamente a las leyes que rigen la materia, *que eran inexistentes*, pues además —añade el jurista:

...[de] algunas disposiciones dispersas en leyes reglamentarias de la Carta Magna y en otra legislación secundaria, la mayor parte de las normas que actualmente [hasta mayo de 1973] se aplican provienen de la esfera administrativa. Existe el temor de que al legislarse en torno a estos problemas, el gobierno de la República perdería la discreción que actualmente ejerce, discreción *que le permite resolver en forma casuística* los problemas que cotidianamente plantea el influjo de las inversiones de afuera.²

Lo anterior implica que hasta 1973 la inversión extranjera fue gobernada y controlada por preceptos constitucionales muy generales (artículo 27) y por disposiciones administrativas que se aplicaban a actividades económicas específicas; bajo esta fórmula (y tomando en cuenta el capital foráneo) las actividades económicas podrían agruparse en cinco grandes capítulos: actividades controladas totalmente por el Estado (industria petrolera, electricidad, petroquímica básica, transporte ferroviario, comunicaciones telegráficas y radiotelegráficas); actividades y empresas reservadas a mexicanos con cláusula de exclusión de extranjeros (instituciones de crédito y

² José Luis Siqueiros. "Aspectos jurídicos en materia de inversiones extranjeras", sobretiro de *El Foro*, núm. 6, abril-junio. México, 1967.

organismos auxiliares, instituciones de seguros y de finanzas, sociedades de inversión, radio y televisión, transporte automotriz en carreteras federales, distribución de gas y explotación forestal); actividades con intervención del capital extranjero, pero en las que los mexicanos deberían de tener *más* de 51% de las acciones (petroquímica secundaria, entre otras); actividades en las que existe capital mixto —nacional y foráneo— pero con un *mínimo* de 51% para el mexicano; actividades sin restricciones para los extranjeros, sujetándose a los mismos requisitos (derechos y obligaciones) que los inversionistas mexicanos.

En realidad y como ya fuera señalado, los antecedentes de prohibiciones —si es que las hubo— sobre las posibilidades que tenían los extranjeros de obrar en plena libertad en México, provienen del Artículo 27 constitucional que se refiere al subsuelo, a las aguas y tierras adyacentes, a los mares y a la prohibición expresa del dominio directo sobre tierras y aguas dentro de una faja de 100 kilómetros a lo largo de las fronteras y 50 en las playas (que por cierto tiene sus antecedentes en las leyes de 11 de marzo de 1842 y 1º de febrero de 1856), artículo este que se encuentra dentro de la Constitución que se promulgó en febrero de 1917, aunque hubo que esperar hasta 1944 y el estado de guerra que existía entre México y las potencias del Eje, la situación extraordinaria que tal hecho implicaba, para que el entonces presidente Avila Camacho, ante la suspensión de garantías, promulgara un decreto (junio de 1944) por el que se

exigía a los extranjeros y a las sociedades mexicanas que pudieron tenerlos como socios que, durante el tiempo que permaciesa en vigor la citada suspensión de

garantías obtuvieran permiso para adquirir negociaciones (o el control sobre ellas) dedicadas a actividades industriales, agrícolas, ganaderas, forestales, de compra-venta o explotación de bienes inmuebles rústicos o urbanos, fraccionamiento y urbanización de los mismos,

extendiéndose estos permisos, que por cierto manejaba la Secretaría de Relaciones Exteriores, a la adquisición de bienes inmuebles, concesiones de minas, aguas y combustibles en general.

Por cierto que el decreto estaba destinado, mientras duraba la emergencia y el estado de guerra, a controlar las propiedades e intereses del entonces enemigo extranjero y de ninguna manera a la inversión extranjera «amiga»; el hecho es que, eliminada la situación de guerra, se restablecieron las garantías individuales y quedaron sin efecto los decretos dictados durante el tiempo de la suspensión, menos el que se refiere al control de los ciudadanos de otros países (de junio de 1944) que siguió en vigor porque la Secretaría de Relaciones Exteriores determinó que la inversión extranjera afectaba la «vida económica del país» por lo cual siguió ejerciendo las facultades que le otorgaba dicho decreto.³

Por acuerdo presidencial de 23 de junio de 1947, se creó una Comisión Intersecretarial para «coordinar la aplicación de las disposiciones legales aplicables a la inversión de capitales nacionales y extranjeros»;⁴ este acuerdo, que nunca fue derogado, determinó el funcionamiento de la susodicha comisión, la que emitió doce normas ge-

³ «Disposiciones legales que afectan a la inversión extranjera en México» (decreto de 29 de junio de 1944), *El Mercado de Valores*, Nacional Financiera, núm. 23. México, 1961.

⁴ Acuerdo presidencial del 29 de mayo de 1947, *Diario Oficial*, 23 de junio de 1947.

nerales en sus irregulares reuniones, que se extendieron de septiembre de 1947 a octubre de 1953.

A partir de finales de la década de los cincuenta y principios de los sesenta y con motivo de algunas impugnaciones que llegaron hasta la Suprema Corte, la Secretaría de Relaciones se vio obligada a recurrir a la Ley de Secretarías y Departamentos de Estado para continuar con la política estatuida en el multicitado decreto de junio de 1944, el cual establecía la necesidad de una autorización expresa para la creación de cualquier sociedad, ya fuera anónima o de otro tipo, y cualesquiera que fueran sus fines, lucrativos o no.

Dentro de este marco jurídico se desarrollaron las actividades de las empresas extranjeras y sus inversiones durante los años más críticos para el desarrollo de México. De hecho este esquema legal sólo sirvió de referencia, pues la industria hulera, la química básica, la conservación y empaque de productos alimenticios, la petroquímica secundaria, la publicidad y propaganda, las grandes cadenas de tiendas, entre otras muchas empresas manufactureras y de servicios, son conspicuas demostraciones de que las leyes y decretos se eludieron fácilmente y que en la realidad la inversión extranjera se movió en forma irrestricta en la economía mexicana.

Como ya fuera subrayado, la aplicación casuística por el gobierno del país de las leyes y decretos para cada empresa en forma *sui generis*, la existencia de los «pres-tanombres», y los desarrollos que se produjeron a partir de 1965 en que “la Secretaría de Relaciones Exteriores sigue una tendencia liberal [*sic*] en esta materia, permitiendo el fideicomiso en favor de extranjeros en zonas prohibidas [y por extensión, en empresas vedadas también] cuando la institución fiduciaria comprueba que ha excluido de su capital social [?] a entidades finan-

cieras del exterior”.⁵ Las anteriores fórmulas aunadas a otras lagunas de las leyes y decretos, a la corrupción administrativa, que por supuesto no es privativa del país, determinaron que en el fondo de esta cuestión de las inversiones extranjeras no se consiguiera ninguno de los objetivos que, damos por sentado (sin demostrarlo), existía en las esferas gubernamentales para tratar que la industrialización —y la comercialización de los productos así obtenidos— no fuera dependiente del exterior. Como muestra basta referirse a la importancia de la inversión extranjera en las manufacturas y sobre todo su cambio de la minería y los servicios públicos a la industria de transformación.

Al presentarse, en 1972, el proyecto a las Cámaras legisladoras de la “Ley para promover la inversión mexicana y regular la inversión extranjera” se desató una euforia nacionalista en los medios oficiales y «oficialistas» para ensalzar la importancia del nuevo proyecto y faltaron palabras que sirvieran de referencia a tan «magno acontecimiento», pues ya se veía venir la solución a la dependencia del país ya que su desarrollo —de ahora en adelante— sería autónomo y paulatinamente se iría eliminando la inversión extranjera, o por lo menos se dirigiría a aquellos campos en que no hiciera competencia a los empresarios nacionales transformándose en complementaria de los mismos. Como representante de este aluvión de palabrería alrededor de la susodicha ley, debe considerarse al entonces embajador norteamericano en nuestro país, Robert H. McBride, quien el 12 de

⁵ “Reformas y adiciones a la Ley General de Instituciones de Crédito y Organizaciones Auxiliares”, *Diario Oficial*, 30 de diciembre de 1965. (Comentario de José Luis Siqueiros, *op. cit.*, p. 92).

octubre de 1972, además de señalar que su país estaba restringiendo las posibilidades de inversión de sus nacionales en el extranjero y de indicar el efecto multiplicador de las mismas en todas partes donde se realizan, preguntó si se iban a cambiar las reglas del juego, y la respuesta rotunda del Subsecretario de Industria de que sí se iban a cambiar y que se plasmarían en el anteproyecto sobre regulación de la inversión extranjera, que estudiaba entonces el Poder Legislativo mexicano.

La verdad es que McBride fue lo bastante listo para canalizar con toda precisión los intereses de los inversionistas extranjeros —principalmente norteamericanos— en el sentido de que las reglas del juego en una economía capitalista deben permanecer lo más estable posible, pues sólo en un clima tal se puede entender y justificar la ampliación de la planta productiva; pero las reglas del juego que él, McBride, quería que se mantuvieran como antes, eran las *reales*, las que servían diariamente para resolver los problemas que se le presentan al que realiza inversiones foráneas: la posibilidad del fideicomiso, el uso de la casuística para estudiar cada caso por separado y todas las libertades concedidas hasta ahora por las autoridades del país.

Por cierto que en la revista *Comercio Exterior* de octubre de 1972 se presentan cuatro presuntas respuestas a «nuestro amigo» McBride, que acaban por no analizar el fondo del problema —las reglas *reales* del juego— y responden al señor embajador con disquisiciones de alto nivel técnico pero que, como ya se dijo, no entran al meollo de la cuestión; inclusive uno de los autores «contestantes» hace desesperados esfuerzos —dignos de mejor suerte— para que no se le tome como a algún «radical», situación que resulta por demás obvia, puesto que tan «grave» confusión no podría producirse nunca.

La "Ley para Promover la Inversión Mexicana y Controlar la Inversión Extranjera"⁶ resulta ser un intento fallido —uno más— en el largo camino recorrido por el país —todavía infructuoso— para llegar a un desarrollo autónomo y sobre todo para controlar su gran dependencia del vecino del Norte; no se necesita ser un jurisperito para darse cuenta de que la nueva ley es una copia —más clara— de los artículos constitucionales y decretos que la antecedieron y que no cambia ni un ápice la realidad económica y política en que tales inversiones se llevan a cabo, que son de una libertad irrestricta.

La prueba plena de que el exembajador McBride puede estar totalmente tranquilo, puesto que «las reglas del juego» se mantuvieron, se obtiene de la entrevista «histórica» que concediera nuestro embajador en Norteamérica, señor Juan de Olloqui, en relación con esta debatida cuestión del capital foráneo de la que se extraen los siguientes párrafos ilustrativos:

La nueva política mexicana sobre inversiones extranjeras, muestra que la opinión pública de este país, está en contra de la propiedad total extranjera en las nuevas empresas mexicanas, pero eso no quiere decir que el gobierno mexicano insistirá [es de llamar la atención el crudo realismo de esta afirmación] en que los empresarios mexicanos sean propietarios o accionistas mayoritarios en todos los negocios mexicano-estadounidenses.

No hay razón para el pánico de los inversionistas, *que con el documento sobre inversiones extranjeras se han eliminado incertidumbres* [el subrayado es mío] y

⁶ *Diario Oficial*, 9 de marzo de 1973.

que la Comisión de Inversiones Extranjeras [que se formó de acuerdo con la nueva Ley y que tiene un *raro* parecido con la Comisión Intersecretarial que funcionó hasta octubre de 1953] examinará las propuestas sobre inversión en una base de caso por caso.

La comisión tiene mucha flexibilidad para hacer excepciones, a tal grado que concedería permiso para que en lugar de un 49% de las acciones, en algunos casos se tuviera el 99% [¡más claro, ni el agua!].

Nosotros damos la bienvenida a la inversión extranjera bajo una política revisada [¿cuál?]. Una fábrica sería bienvenida si se estableciera en una zona de depresión, pero indeseable en otra. Los nuevos negocios en una zona deprimida ameritan otro tratamiento aunque se aparte de la regla del 49% de la propiedad.

Las evidencias que pueden extraerse de esta diáfana entrevista, hace que cualquier comentario sea completamente superfluo. En el fondo de la cuestión encontramos que no es fácil cambiar «las reglas del juego» cuando se trata de relaciones económicas entre países subdesarrollados y dependientes y las naciones industriales que hacen las veces de metrópolis o de núcleos centrales.

IV

EL NACIONALISMO Y ESTADO BURGUESES Y LA LEY DE INVERSIONES EXTRANJERAS

ALONSO AGUILAR M.

El tema de la inversión extranjera es complejo. Para evaluar críticamente la política mexicana en la materia y avanzar en el trazo de una estrategia alternativa a la propiamente burguesa, es menester empezar por deslindar ciertas cuestiones fundamentales. De no hacerlo se corre el riesgo de dar por supuestas situaciones irreales y de no apreciar en forma adecuada la magnitud de los obstáculos a superar. Quisiera iniciar esta intervención refiriéndome, entre tales cuestiones, a tres que, por cierto, están íntimamente relacionadas entre sí y, desde luego, con el problema de la inversión extranjera. Se trata del nacionalismo mexicano y su alcance, del carácter del Estado y del contexto estructural en que ambos se desenvuelven.

1) *En torno al nacionalismo burgués*

Como era de esperarse se ha hecho alusión aquí al nacionalismo. Ello es explicable. El nacionalismo ha sido, a lo largo de los últimos siglos del desarrollo capitalista, un

factor siempre presente que sin duda influyó en lo que fueron y son hoy cada uno de los países del sistema. El nacionalismo impulsó al capitalismo inglés, francés, norteamericano, alemán y japonés. A su amparo se agredió más de una vez a otras naciones e incluso trató de legitimarse el colonialismo, se desataron guerras de rapiña y, especialmente en los años más cruentos de la guerra fría, se pretendió racionalizar el más burdo y reaccionario anti-comunismo, so pretexto de que el socialismo pone en peligro la paz, la soberanía nacional y aun la integridad territorial, concretamente, de los países latinoamericanos. —Y frente al nacionalismo opresor y arrogante de las grandes potencias imperialistas, los pueblos atrasados y débiles y sus clases dominantes apelan a su vez con frecuencia a un nacionalismo defensivo que, supuestamente, hará posible su liberación. —Bastaría esta breve referencia para demostrar que el nacionalismo es un fenómeno histórico cuyo alcance no es fácil precisar, sobre todo cuando, con fines en buena parte demagógicos, unos y otros apelan a él y lo usan como arma en favor de su causa.

Lo primero por aclarar es que el nacionalismo no es un concepto abstracto, meramente formal, cuyo significado haya sido el mismo a lo largo de la historia, o siquiera lo sea hoy, en una sociedad como la nuestra. Se trata de una noción cambiante cuyo alcance ha variado de una época a otra y según los intereses de clase que expresaba. El nacionalismo que acompaña al advenimiento del capitalismo clásico cuando se lucha contra el feudalismo es muy distinto al de la actual etapa imperialista, en que se le utiliza para preservar el orden de cosas existentes y cerrar el paso a cualquier cambio profundo y revolucionario. El nacionalismo democrático-liberal de los fundadores de la Unión Norteamericana —de Washington, Jefferson y Madison— es muy diferente del chovinismo de

Truman, Eisenhower o Nixon. Del mismo modo que el humanismo burgués del Renacimiento o del Siglo de las Luces, el humanismo de Leonardo, Shakespeare, Erasmo, Voltaire y Rousseau, el de la clase emergente y audaz que descubría nuevos mundos, derribaba tiranías y prejuicios medievales y abría otros horizontes al desarrollo de la sociedad, ese humanismo nada tiene que ver con el pseudohumanismo de quienes, en defensa de la «civilización occidental» y de sus más «altos valores» alientan la discriminación racial, pisotean la soberanía de los pueblos, fomentan la represión y lanzan una invasión mercenaria contra Cuba y una guerra genocida contra el heroico Vietnam.

Y si el nacionalismo burgués tiene significados tan distintos, mayor es la diferencia que lo separa, especialmente en nuestros días, de lo que podríamos considerar un nacionalismo proletario, o sea genuinamente revolucionario.

Los ideólogos de la burguesía mexicana ostentan siempre un nacionalismo en el que identifican los intereses de la clase dominante con los de la nación misma y, desde luego, con los de la Revolución de 1910. Según ellos el nacionalismo es el antídoto de la dependencia, la condición para que nuestro país progrese y logre su plena emancipación. Naturalmente nunca explican por qué, pese a esa tradición nacionalista y aun a las importantes luchas libradas contra el imperialismo, México sigue siendo un país dependiente, en muchos aspectos incluso más que hace cincuenta o cien años. Nunca explican por qué, en particular, la política de industrialización y desarrollo de los últimos treinta o cuarenta años, en vez de asegurarnos la independencia prometida, que exigía y supuestamente incluso justificaba los mayores sacrificios de las masas, derivó en una subordinación inquietante al capital extranjero, sobre todo en la industria y ciertos servicios,

y en el escandaloso enriquecimiento de una oligarquía nacional incapaz de comprender siquiera lo que la independencia significa.

La industrialización sustitutiva de importaciones, si bien hizo posible producir dentro de nuestro territorio muchos artículos que antes se traían de fuera, no liberó al país de las importaciones, las que incluso crecieron más de prisa que antes, ni sustituyó —lo que por otra parte nunca se propuso tampoco hacer— el dominio del capital monopolista extranjero. Lo ocurrido fue más bien que el enorme grado de socialización de la producción y de concentración de la misma y del capital resultante de la explotación de trabajo asalariado, hizo posible y aun necesario y conveniente para los grandes consorcios internacionales relocalizar la actividad económica al nivel de todo el sistema y modificar los patrones de división internacional del trabajo existentes hasta entonces. Y así como en etapas anteriores el capital extranjero se interesó en penetrar en campos nuevos —principalmente en actividades primarias que le aseguraran abastecimientos básicos y en servicios sin los cuales esa producción y la que las metrópolis exportaran no podría llegar a su destino— ahora centró su atención en las industrias más dinámicas, la actividad comercial y los servicios que le permitieran mejorar sus tasas de ganancia: la industria petroquímica secundaria, la química básica, la químico-farmacéutica, las industrias mecánicas y en particular la automotriz y la de construcción de maquinaria e implementos para diversas actividades, la de artefactos eléctricos y electrónicos, la textil de fibras sintéticas y ciertos sectores de la industria alimenticia y del comercio y los servicios ligados a esas propias ramas industriales y a la nueva estructura de relaciones internacionales o al turismo especialmente extranjero.

El «modelo» de industrialización sustitutiva ha llegado

a tal extremo que en años recientes buena parte del incremento del capital extranjero ha correspondido a las llamadas empresas maquiladoras, que en una alta proporción operan a lo largo de la frontera norte y que, interesadas fundamentalmente en reducir sus costos a fin de fortalecer su posición competitiva internacional y de aumentar sus ganancias, han instalado en México aquellos procesos que requieren mayor empleo de mano de obra, sobre todo femenina, que en nuestro país se obtiene a precios especialmente bajos dada la sobreoferta de trabajadores, el desempleo, la falta de organización sindical y la libertad de que disponen los nuevos patrones extranjeros para explotar esa fuerza de trabajo en las condiciones que les resulten más ventajosas.

Con frecuencia se incurre en el error, al hacer referencia al nacionalismo mexicano, de adoptar una actitud convencional, simplista y apologética que lo vuelve algo decisivo, absoluto e inexpugnable, o bien dejar de advertirlo, negarle toda significación, desdeñarlo y aun ignorar su existencia. Lo cierto es que el nacionalismo juega y ha jugado históricamente un papel importante, aunque condicionado por factores que a la postre hicieron del capitalismo mexicano lo que es. Esto es lo que explica que incluso en aquellos casos en que ciertas posiciones nacionalistas han cobrado gran relieve y aun contribuido a modificar situaciones previas —como ocurrió, por ejemplo, con la expropiación y nacionalización de las empresas petroleras— lejos de asegurarse la independencia económica anhelada sólo cambiara el régimen de dependencia y, por tanto, las relaciones con el capital extranjero, el papel de éste en el desarrollo nacional y la posición de la economía mexicana dentro del mercado mundial capitalista.

El capitalismo mexicano no se ha desenvuelto —como

a menudo suele decirse bajo la influencia de ciertas posiciones simplistas que la CEPAL y otros organismos contribuyeron a difundir—, como un proceso que recorra una primera fase de desarrollo hacia afuera y una subsiguiente de desarrollo hacia dentro; tampoco es cierto —como otros sugieren— que hasta fines de los años cuarenta o principios de los cincuenta haya lográndose una creciente independencia, y que a partir de ahí la industrialización sustitutiva de importaciones haya cerrado, súbitamente, la posibilidad de tal desarrollo. La dependencia estuvo siempre presente en el capitalismo mexicano y, en general, latinoamericano, incluso desde antes de que éste se volviera el modo de producción dominante. A partir de su advenimiento, en vísperas de iniciarse la fase imperialista, fueron cambiando y haciéndose más complejos los patrones de la dependencia.—El nacionalismo pequeñoburgués de la época de la revolución mexicana devino un nacionalismo cada vez más definidamente burgués que cristalizó en la política de “unidad nacional” y una alianza de clases supuestamente populares. Pero lejos de que tal unidad ampliara las posibilidades de un desarrollo autónomo, llevó a la conciliación primero con la burguesía y después con el propio capital monopolista extranjero, y al debilitamiento y la división de la única clase capaz de abrir el cauce a ese desarrollo, o sea el proletariado.¹ Se creyó que la llamada «economía mixta», esto es, cierta intervención del Estado en la esfera económica bastaría para asegurar la independencia; se olvidó que el capitalismo de Estado no escapa a las leyes que rigen el desarrollo de la acumulación de capital y del capitalismo en su conjunto y que, en la fase actual del sistema, en vez de convertirse en la antítesis del capital extranjero y en general del capital monopolista, el Estado se ligaría en forma cada vez más estrecha a él. Se olvidó, sobre todo —o acaso nunca se

reparó siquiera— en que bajo el imperialismo tiene que haber dominación y dependencia, desarrollo desigual, y que sólo a partir de una ruptura revolucionaria con el sistema mismo —como lo muestra la experiencia cubana— es posible una genuina independencia. Lo que de paso comprueba que entre el nacionalismo burgués —en más de un aspecto reaccionario y anticomunista, aun en sus versiones más sofisticadas y que en la práctica desenlaza siempre en contradicciones menores que no excluyen una u otra forma de acuerdo con el capital imperialista— y el nacionalismo revolucionario, que no sólo excluye sino que supone el internacionalismo proletario y el apoyo de los países socialistas, hay una diferencia inzanjable, antagónica, de clase, una diferencia no menor a la que hay entre la burguesía y los trabajadores o entre el reformismo y la lucha revolucionaria.

El nacionalismo burgués —vale la pena enfatizarlo— es una manifestación, sobre todo en el plano ideológico, del marco histórico en que en un país como el nuestro, nace, se desenvuelve y ejerce el poder la clase dominante; la expresión de una dependencia que no sólo no es capaz de superar, a la manera en que lo hizo, digamos, el capitalismo clásico, sino que aquí habrá de afirmarse como un rasgo estructural, como una manera de ser y de funcionar del sistema. Frecuentemente se reitera, sobre todo en círculos oficiales, la ilusión de que una burguesía patriótica, emprendedora, audaz y celosa de su autonomía tome las riendas del proceso y abra el camino de un desarrollo nacional independiente. En rigor se trata solamente de una ilusión, de un buen deseo al que la realidad no ofrece apoyo alguno. Porque ¿de dónde, en una fase tan avanzada del imperialismo como es el capitalismo monopolista de Estado, saldrá esa burguesía audaz, esclarescida e independiente? ¿Estaremos frente al caso insólito

de que, como el ave fénix, emerja de sus propias cenizas? ¿Con base en qué hemos de esperar que la misma clase que ni siquiera en los momentos más propicios a su desarrollo pudo conquistar la independencia, lo haga ahora, cuando el peso de la dominación es más grande y aplastante que nunca?

En nuestro tiempo el nacionalismo burgués es, incluso, la negación dialéctica de la independencia. De un lado significa dominación y del otro subordinación; una subordinación, en nuestro caso, que no sólo se aprecia en la ideología dominante sino en el comportamiento todo de la clase en el poder, en la estructura del sistema, en la estrategia política interna y en el patrón de relaciones internacionales que el capitalismo impone, concretamente en la época del imperialismo.

En cambio, el nacionalismo proletario, el explicable anhelo nacionalista de las masas de los países sometidos, si bien no equivale a la independencia, es un aporte a la lucha ant imperialista, un avance en el proceso de toma de conciencia, y como recientemente lo hemos visto en Cuba, en Vietnam y otros pueblos, un atributo de la lucha revolucionaria, esta sí indispensable para superar la dependencia y el atraso en el «tercer mundo».

Lo que debiera quedarnos claro es que no será el nacionalismo, y menos aún, el nacionalismo burgués, lo que haga posible la liberación de nuestros pueblos. Ni siquiera permitirá la integración nacional de que la burguesía gusta hablar apologeticamente. A partir de él no emergerá una nación coherente, articulada, unitaria y armoniosa sino el país desgajado y aun dramáticamente desgarrado que es hoy el nuestro, un país en que de mil maneras se expresan los antagonismos de clase y las contradicciones cada vez más graves del capitalismo del subdesarrollo. El nacionalismo de la burguesía es el signo de la dependencia

que ella misma ha sufrido —y a la vez forjado— desde siempre y que jamás podrá superar. A ello obedece que la burguesía mexicana no se haya desenvuelto como clase en la forma que sugería Benjamín Retchkiman en su intervención. Y aunque con otras palabras, y acaso planteando el problema desde otra perspectiva, me pareció que Retchkiman nos recordaba la imposibilidad de que economías como las nuestras se desenvuelvan a la manera en que lo hizo el capitalismo clásico, que en otros países y otros tiempos fue capaz de crear situaciones históricas hoy irrepetibles y definitivamente superadas.

La idea de que si se consigue la afluencia masiva de capital extranjero nuestros países podrán superar los obstáculos a su desenvolvimiento y desarrollarse conforme al «modelo» clásico es tan especulativa e infundada como la inversa, es decir, como pensar que si logramos librar-nos de la influencia nociva del capital del exterior podremos desarrollarnos espontáneamente y sin mayores interferencias al impulso de las leyes del mercado, bajo la dirección de una clase empresarial frugal y de espíritu schumpeteriano en el marco de una democracia representativa que exalte todas las libertades, incluida desde luego la de competir en la explotación del trabajo ajeno.

Todo esto nos remite a una cuestión en la que vale la pena que nos detengamos un momento. Con frecuencia se sugiere que el imperialismo, sobre todo cuando se piensa en él como algo externo, está impidiendo o al menos obstruyendo el desarrollo capitalista. Pero ésta no es la mejor manera de plantear el problema. Aun en aquellos casos en que el imperialismo impulsa el desarrollo capitalista, en un sentido histórico más amplio y profundo, es indudable que desvía y aun frena el progreso de la humanidad. Y ello es así porque, como es sabido, llega un momento en que las relaciones de producción cada vez más

definidamente capitalistas chocan con la socialización creciente de las fuerzas productivas, que a su vez es necesaria para enriquecer y liberar la capacidad creadora del hombre. Pero ni el imperialismo, con toda su enorme capacidad de desperdicio y dilapidación de la riqueza, puede invalidar las leyes de la historia hasta el extremo de reducir a la sociedad al estancamiento. —

Lo que sucede más bien es que el imperialismo impone al capitalismo en su conjunto, y en particular al capitalismo del subdesarrollo, los caracteres que le corresponden en la presente etapa histórica, los únicos posibles, los que derivan de las leyes que rigen su desarrollo y de las contradicciones más graves en que ese desarrollo se expresa. Los otros sólo son los que las utopías burguesas y pequeño-burguesas atribuyen gratuitamente al sistema. Si el capitalismo mexicano tuviese los caracteres que le asignan algunos empresarios privados y no pocos funcionarios estatales, si realmente pudiera asegurar un desarrollo acelerado, independiente y con justicia social, lo que no tendría sentido sería hablar de la necesidad del socialismo. Pero frente a las palabras se imponen siempre los hechos, y el hecho es que, después de un siglo de desarrollo capitalista, el nuestro sigue siendo un país atrasado, dependiente y cuya población vive en su mayoría en condiciones deplorables.

Lo que riñe con el imperialismo no es, pues, el desarrollo capitalista sino más bien un desarrollo independiente. O en otras palabras, bajo el imperialismo se generalizan las relaciones de producción capitalista tanto en los países dominantes como en los dominados del sistema, pero, especialmente en estos últimos, el predominio del modo de producción capitalista no basta para lograr un adecuado y medianamente racional crecimiento de las fuerzas productivas.

Relacionado con este tema, José Luis Ceceña nos ha planteado interrogativamente otra cuestión que conviene también considerar ya que nos ayuda a comprender el papel de la inversión extranjera. ¿Hasta dónde podría decirse que el imperialismo, y concretamente el capital monopolista extranjero, está sosteniendo al capitalismo en nuestros países? En parte, indudablemente, ello es así. Sin el apoyo de ese capital, seguramente muchas de las burguesías de los países atrasados habrían sido desde hace tiempo derrocadas. La creciente dependencia y el alto precio pagado por ella les ha permitido gozar de la precaria estabilidad de que disfrutaban. Pero esa no es sino la mitad de la verdad. La otra, en la que se advierte en toda su fuerza la dialéctica de la historia, consiste en que al mismo tiempo que el imperialismo es un factor de cierta estabilidad para las clases dominantes, es también un acelerador de las contradicciones del sistema, que objetiva e irreversiblemente está creando las condiciones materiales para el tránsito al socialismo. Como lo postula la teoría leninista, el imperialismo es una fase histórica de transición, y el capitalismo monopolista de Estado es la última etapa de esa fase, aquélla en que se agudizan al máximo las contradicciones más graves y se ahonda la crisis que anuncia el cambio estructural. Pero por mucho que esas contradicciones se agraven, la crisis por sí sola, no prepara ni menos resuelve el advenimiento de la nueva sociedad. Lo que decide el curso del proceso histórico y convierte los cambios de cantidad en cambios de calidad es la lucha revolucionaria. Sólo ésta puede convertir una crisis en una gesta política triunfante que culmine en la toma del poder por el pueblo y en la posibilidad de que éste, bajo otro régimen social, resuelva los problemas que la burguesía es incapaz de resolver.

2) *El Estado mexicano, un Estado burgués*

Lo anterior, me parece, puede ayudarnos a situar con mayor objetividad el papel del Estado en la fase actual del capitalismo mexicano, cuestión sin duda decisiva para comprender el alcance y las contradicciones de la política sobre inversiones extranjeras.

En relación con el Estado y su papel en el proceso económico capitalista suelen advertirse posiciones diversas. En México, concretamente, de una manera burda podría decirse que en el seno de la clase dominante y de las capas medias más subordinadas a ella —y aun en amplios grupos de trabajadores— se reitera con frecuencia la tesis de que el Estado es una entidad neutra, independiente, desprovista de un contenido de clase, representativa de los intereses generales y, gracias a todo ello, capaz de regular imparcialmente las relaciones sociales y, en caso de conflicto, de actuar como árbitro y restablecer el orden jurídico amenazado o vulnerado. Según tal posición, que con ciertas variantes corresponde a una de las versiones más generalizadas de la teoría burguesa del Estado, entre éste y el Derecho existe una estrecha relación y aun interdependencia que se expresa en lo que suele llamarse un Estado de Derecho, es decir un régimen en el que el Estado se sustenta en una organización jurídica que emana de la voluntad popular, y la vigencia de esa organización descansa a su vez en la vigilancia del Estado y su capacidad para hacer respetar la ley.¹

Como podrá observarse, caracteriza a tal posición entre otros rasgos cierto formalismo legalista que confunde la realidad social con lo que acerca de ella se dice en los

¹ Sobre el papel del Estado y el Derecho, véase el artículo del autor publicado en *Estrategia*, núm. 7, México, enero-febrero de 1976.

códigos. Según su normativismo positivista elemental, la política sobre inversiones extranjeras no debiera plantear mayores problemas. Los capitales del exterior debieran ser complementarios, no competir inequitativamente con el capital nacional, promover el desarrollo económico de nuestro país, respetar las leyes en vigor y, en caso de controversia las decisiones de los tribunales mexicanos. Y de no haber tales leyes, el Estado debiera expedirlas para garantizar que el capital nacional y extranjero se desenvuelvan armoniosamente. Parecería que conforme a esta posición, obviamente conservadora, la política frente al capital extranjero debiera limitarse a cuidar que se observen las reglas del juego y a evitar o corregir ciertos abusos o excesos dentro de un régimen social y jurídico que acepta a dicho capital como necesario para impulsar el desarrollo, y que en todo caso resiente ciertas formas de comportamiento de los grandes consorcios transnacionales.

A la derecha y a la izquierda de la posición antes bosquejada se observa lo que podrían considerarse ciertas variantes extremas. Frente a quienes admiten que la inversión extranjera es complemento necesario de la nacional, no faltan quienes, a veces por reconocimiento abierto y más a menudo soslayado para no exhibir descaradamente su entreguismo, postulan que, sobre todo en un país subdesarrollado, el capital extranjero debe ser, por su capacidad financiera, tecnológica y comercial reconocido como el motor del proceso económico, como el agente capaz de dinamizar el desarrollo y librar a un país como el nuestro del atraso.

Y con cierto *élan* izquierdizante, acaso porque más que típicamente burguesa esta posición se advierte sobre todo en organizaciones y personas ganadas por una ideología pequeñoburguesa a veces no exenta de cierto radicalismo; en círculos ligados al Estado y al partido oficial se

concibe a la sociedad mexicana como exponente de un nuevo «modelo» histórico surgido de la Revolución Mexicana, como un régimen diferente del capitalismo y del socialismo, cuya filosofía política se resume en un «nacionalismo revolucionario» y cuyas modalidades varían flexiblemente en razón de la posición de quien se ocupe del tema. Conforme a esta concepción típicamente reformista, si bien el capital privado nacional y extranjero juega un papel importante en el proceso de desarrollo, el elemento central es el Estado, un Estado democrático, progresista, nacionalista, de claro origen revolucionario, dirigido, según unos, por una clase no burguesa, y según otros, por una burocracia política que ni siquiera constituye una clase y que se sustenta en una alianza de fuerzas populares. Según esta peculiar concepción, que en sus versiones más «audaces» admite que en México hay un capitalismo y una burguesía dominantes que han logrado imponerse económica *pero no políticamente* y mucho menos sometido al Estado a sus intereses, éste es precisamente el vehículo que hará posible el desarrollo nacional independiente y aun la transición hacia una nueva sociedad.

En mayor medida incluso que en las posiciones keynesianas y en general reformistas europeas, en la que como sabemos se supone al Estado como *deus ex machina* a cuyo alcance está resolver los más graves problemas. Si la acción del capital extranjero es lesiva para nuestro país, si atenta contra la soberanía, afecta el proceso de acumulación o implica transgresiones a la ley o interferencias que obstruyan la política económica o social, el Estado debe nacionalizarlo. Si se producen situaciones menos graves pero que entrañen violaciones legales o prácticas inaceptables, el capital extranjero debe ser sometido al orden legal que le es aplicable. Y aun sin haber situaciones

irregulares o graves conflictos el Estado debe dirigir, coordinar, promover, encauzar, regular, dar garantías, supervisar, y cuando ello sea preciso, tomar directamente la responsabilidad en todos aquellos campos en que la empresa privada no cumpla adecuadamente su función.

La base en que descansa tal concepción difícilmente podría ser más apologética. El capitalismo, al que arbitraria y cómodamente se asocia o identifica con el capital privado sobre todo extranjero y no con el carácter de las relaciones de producción en su conjunto, está presente de un modo u otro en una sociedad como la nuestra. Si lo está, hay la posibilidad de desajustes, de desperdicio de recursos, altibajos en la actividad económica, crisis, desigualdad social interna y dependencia respecto al exterior. Pero lejos de que sea el sistema el que condicione la acción del Estado, es éste —de nuevo aflora un estatismo absolutista— el que puede y debe conformar a aquél.

El Estado tiene a su disposición cuantiosos recursos, amplios poderes, influencias, facultades para actuar en los más diversos campos. De ahí que el conflicto entre el interés privado que las empresas representan y el interés social que el Estado «defiende» pueda y deba resolverse en favor de la Nación. ¿Por qué? Precisamente porque el Estado es una entidad soberana que representa al pueblo, a la mayoría, a la nación en su conjunto; porque los altos funcionarios constituyen una clase dirigente autónoma y, según algunos incluso, como antes recordamos, una burocracia política poderosa y sólo comprometida con las masas. O en otras palabras, mientras la burguesía empresarial —y sobre todo la extranjera y la que está a su servicio— se beneficia del trabajo ajeno, la burguesía «nacionalista» y el Estado aliado a ella y a los trabajadores defienden los intereses de éstos en el marco de una

estrategia de desarrollo no capitalista, que aspira a consolidar la independencia económica y política de la Nación y a elevar las condiciones de vida de todos sus habitantes a partir del aprovechamiento racional de los recursos. Todo lo cual constituye nada menos que una nueva versión mexicana de *Alicia en el País de las Maravillas*.

Sin duda, dentro de tal esquema es posible resolver los problemas más graves, incluyendo desde luego el de la inversión extranjera; pero resolverlos de palabra, en el papel, demagógicamente y al precio de divorciarse totalmente de la realidad.

3) *Estado y capital monopolista*

El Estado en un país capitalista como el nuestro no es lo que suponen sus defensores. No es un cuerpo neutro, independiente, ni menos una entidad que represente y salvaguarde los intereses populares. Es un Estado de clase que fundamentalmente expresa y defiende los intereses de la burguesía y, especialmente de la oligarquía, cuya misión histórica es preservar y reproducir —de ningún modo liquidar o siquiera debilitar— las relaciones capitalistas de producción. Y el que algunos altos funcionarios no sean ellos mismos capitalistas o al menos capitalistas conspicuos no cambia lo anterior ni significa que el Estado al que sirven no sea capitalista. Quiere decir solamente que así como en las grandes empresas privadas la socialización de la producción ha impuesto nuevas formas de división del trabajo y concretamente separado la administración del control, en el aparato estatal, cuya dimensión es mucho más vasta, sería incluso inimaginable pensar que cada puesto de cierta importancia estuviese cubierto por un burgués prominente.

Todavía más, en la etapa actual del desarrollo capita-

lista el carácter de clase del Estado se acentúa y su relación con el capital monopolista nacional y extranjero se vuelve cada vez más estrecha. Ya se ha recordado aquí, por otros compañeros, que el capitalismo recorre la fase imperialista. Pero quizá convenga subrayar que desde hace tiempo vivimos en la etapa del capitalismo monopolista de Estado, y yo diría no sólo en las naciones capitalistas de mayor desarrollo industrial sino incluso en países como el nuestro.

Bajo el capitalismo premonopolista el peso de las grandes empresas, el papel del Estado y las relaciones entre las unas y el otro son diferentes. El desarrollo del proceso de acumulación, que como se sabe implica una creciente concentración y centralización del capital que a su vez culmina en el monopolio, descansa y a la vez se expresa en una cada vez mayor socialización de la producción y en una agudización de la contradicción fundamental del sistema, o sea la existente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

No quisiera repetir lo que, de manera inicial y tentativa he planteado en recientes estudios acerca de la fase actual del capitalismo en nuestro país.² Me limitaré a reiterar la convicción de que en México vivimos ya también bajo el capitalismo monopolista de Estado lo que, desde luego, no significa que sus características y funcionamiento sean idénticos a los de otros países. Reparar en ello y no sólo en un capitalismo, digamos abstracto, es necesario para comprender el contexto histórico específico en que se desenvuelven los problemas que examina-

² Véase, en particular, el capítulo 3 del ensayo "La oligarquía", en *La burguesía, la oligarquía y el Estado* (con Jorge Carrión), Ed. Nuestro Tiempo; 3a. edición, así como los artículos publicados con posterioridad a esta intervención, en los núms. 2, 3, 4 y 7 de la revista *Estrategia*.

mos, y concretamente para explicar las relaciones y contradicciones entre el Estado y el capital monopolista, en este caso, extranjero.

El Estado mexicano y el capital extranjero no son como algunos pretenden dos entidades excluyentes o siquiera antagónicas, en el sentido de expresar intereses de clase irreconciliables. En la medida en que la política estatal favorece más y más a la oligarquía y la gran burguesía mexicana y aquélla, sobre todo, se relaciona más estrechamente con el capital monopolista extranjero; en la medida en que la estrategia de la industrialización subordinada se lleva adelante; en que la crisis general y cíclica del sistema se intensifica; en la medida, en fin, en que el proceso de acumulación se desenvuelve no ya solamente bajo la influencia de la empresa privada sino también de la explotación directa por parte del Estado, el que sin mengua de sus funciones reguladoras se convierte en patrón que explota directamente a centenares de miles de trabajadores, y además complementa, protege, estimula y refuerza al capital privado, cambian sin duda la composición del capital financiero y las condiciones en que se desenvuelve el proceso de acumulación y, por tanto, en que se desarrolla el capitalismo monopolista. Y lo que antes fueran dos fuerzas diferentes, es decir el Estado y los monopolios, ahora deviene lo que Lenin llama un «mecanismo único» —el capital monopolista de Estado—, que en adelante será la fuerza económica y política de la que depende la acumulación de capital e incluso la suerte del sistema, y comprueba la tesis leninista de que “el imperialismo es la época de la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado.”

Lo que por otra parte no quiere decir que, como se sugiere en algunos esquemas simplistas y dogmáticos, el

Estado pierda toda autonomía y pase a ser un instrumento pasivo y ciego al servicio de los monopolios. El Estado conserva cierta autonomía *relativa*, que en parte le confieren los vastos recursos a su disposición y las amplias funciones a su cargo, y sin la cual, paradójicamente, carecería de la flexibilidad necesaria para defender, en condiciones cambiantes y a veces difíciles y en el marco de una incesante lucha de clases, los intereses de la burguesía y en particular de la oligarquía monopolista; pues como es bien sabido la misión del Estado no es defender a tal o cual monopolio sino a la clase dominante en su conjunto y principalmente a sus fracciones más poderosas.

4) *La ley sobre inversiones extranjeras*

Esclarecidas al menos en parte las tres cuestiones mencionadas al principio de esta intervención, o sea el alcance del nacionalismo burgués, el papel del Estado y el hecho de que el contexto específico en que éste y el capital extranjero se desenvuelvan es el capitalismo monopolista de Estado, podemos en mi opinión comprender mejor el carácter, las limitaciones insuperables y las más graves contradicciones de la política mexicana sobre inversiones extranjeras, y en particular la ley recientemente expedida en esta materia. Y como ya se han examinado en esta sesión algunos aspectos de dicha política, me limitaré a intentar unas breves reflexiones sobre el alcance de la ley recientemente expedida, pues el propio gobierno ha señalado que en ella se sintetiza la nueva posición oficial en la materia.

Empecemos por la *Exposición de Motivos*. A riesgo de omitir alguna consideración interesante en un resumen tan apretado, podría decirse que los propósitos del nuevo ordenamiento son los siguientes:

- Complementar, precisar y enriquecer el régimen jurídico aplicable a las inversiones extranjeras;
- Alejarse de actitudes «extrañas», “reveladoras... de posiciones ideológicas”, así como de “actitudes aislacionistas [que] sólo encubren el propósito inconfesado de propiciar un mero traslado a otra esfera de dependencia”;
- Lograr que las relaciones económicas internacionales “sean regidas por normas de cooperación y de justicia” y que la inversión extranjera, en particular, se ajuste cabalmente a las leyes mexicanas y a la política económica del país, como condición para impulsar sanamente un desarrollo “justo y equilibrador”;
- Regular la inversión extranjera mediante una política que al propio tiempo fomente y estimule la inversión nacional;
- Tratar de que el capital del exterior “no incurra en prácticas monopolísticas o limite la posibilidad de superar la dependencia tecnológica”;
- No conceder ventajas “especiales” al capital extranjero y evitar que su crecimiento “mengüe nuestra capacidad de decisión soberana”;
- Detener el proceso de “desmexicanización” y la compra, por inversionistas extranjeros, de empresas nacionales en operación;
- Asegurar la “plena autonomía” del país frente “a los centros de decisión económica del exterior”. A este respecto, sin duda fundamental, la Exposición de Motivos que comentamos expresa inclusive que “Las normas e instituciones que esta iniciativa propone establecer significan, en criterio del Ejecutivo,

bases firmes para impulsar nuestro desarrollo y garantizar su autonomía”.³

¿Cómo se aspira a «garantizar» esa autonomía? A través de una ley que supuestamente entraña un régimen jurídico preciso y coherente en el que toma cuerpo la nueva estrategia del desarrollo mexicano. ¿Cuáles son los medios fundamentales de que la Ley se vale para asegurar al país un desarrollo independiente? Para responder a esta cuestión es preciso recordar sus aspectos principales.

La primera medida consiste en “reservar de manera exclusiva al Estado ciertas actividades”. La ley señala siete y deja abierta la posibilidad de que disposiciones posteriores las amplíen. Algunas de las ya reservadas son, sin duda, importantes. Pero su rescate en favor del Estado no es nuevo ni tiene que ver, concretamente, con la expedición de la ley sobre inversiones extranjeras. El petróleo, por ejemplo, se expropia como es sabido en 1938 y se nacionaliza en 1939; la petroquímica básica, cuyo desarrollo resulta de la evolución tecnológica misma de la industria petrolera, debió haber sido desde entonces patrimonio también del Estado; pero como hacia fines de los años treinta carecía de importancia y después surgieron dudas acerca de su *status* legal, fue hasta 1958 cuando se decretó el control por el Estado. La reserva en lo que hace a minerales radiactivos y a generación de energía nuclear corresponde, también, a la segunda mitad de los años cincuenta. La generación de energía eléctrica para servicio al público y el control de ciertas actividades mineras data, a su vez, de los años sesenta, cuando los consorcios extran-

³ Véase la “Iniciativa de Ley para Promover la Inversión Mexicana y Regular la Inversión Extranjera”. *El Gobierno Mexicano*, Separata núm. 7, diciembre de 1972, pp. 61 y ss.

jeros no querían ya seguir operando en esa rama. La nacionalización de los ferrocarriles se remonta, fundamentalmente, al gobierno de Cárdenas y la de las comunicaciones telegráficas viene de años atrás. Lo que quiere decir que la ley que examinamos no agrega ninguna actividad a aquellas que, desde hace mucho tiempo, están bajo el control del Estado. Y lo mismo podría decirse de las que se reservan a mexicanos o a sociedades mexicanas "con cláusula de exclusión de extranjeros", es decir, radio y televisión, ciertas formas de transporte automotor, transportes aéreos y marítimos nacionales, explotación forestal y distribución de gas.

La primera duda que suscita el examen de la ley es la siguiente:

¿Bastan las actividades reservadas hasta ahora al Estado para lograr la "plena autonomía" de que tan eufórica —para no decir demagógicamente— se habla en aquélla? Como puede observarse se trata de unas cuantas cuyas características parecen ser éstas: son actividades de «infraestructura», es decir, auxiliares de otras directamente productivas; son en general muy costosas y de aquellas que, como los ferrocarriles, el telégrafo y la electricidad, los propios capitalistas privados prefieren hoy día que maneje el Estado; en general están sujetas a tarifas, restricciones y controles relativamente rígidos que las vuelven poco o nada rentables, algunas son muy riesgosas y todas, prácticamente, son actividades primarias o servicios que en nuestros días se consideran públicos.

Y aun aquellas que como el petróleo podrían dejar cuantiosas utilidades, en México se han operado con el criterio de alentar a los empresarios privados con una política de precios bajos, a costa de graves desajustes financieros y aún pérdidas innecesarias. En fin, resulta muy revelador de lo que es el Estado en la etapa actual del

desarrollo capitalista el que la selección de actividades sea, por una parte tan limitada, y por la otra tan fragmentaria. Aun en el caso, por ejemplo, del petróleo, se deja a los particulares la distribución. En la minería sólo se controlan actividades aisladas hasta ahora de escasa significación; en los transportes la acción estatal se limita a los ferrocarriles y el control también es muy parcial en las comunicaciones. Pero quizá lo más notorio es la ausencia de actividades agrícolas, industriales, comerciales y financieras que, por su importancia económica y aun estratégica en una política seria de desarrollo —producción y beneficio de ciertos artículos, algunas ramas básicas de la industria, la banca, etcétera— debieran reservarse al Estado.

Dudas y reflexiones análogas sugiere la lista de actividades que la ley reserva a mexicanos y sociedades mexicanas. ¿Por qué no dejar siquiera algunas de ellas al control estatal? ¿Por qué no incluir muchas otras de aquéllas en que se permite la participación del capital extranjero? ¿Por qué limitarse a lo hecho por otras administraciones, sin agregar nada especialmente nuevo, pese al énfasis con que se reitera el propósito de lograr un desarrollo independiente? En el fondo todo ello obedece a que, en rigor, no estamos frente a una nueva política y menos aún una nueva estrategia del desarrollo, sino frente a un modesto intento reglamentario de la inversión extranjera que en ningún sentido pretende afectarse. Y esto se comprueba en el artículo 5o., que establece las proporciones en que puede admitirse dicha inversión en diversas actividades, y en general en todos los preceptos de la ley. Veamos.

Según dicho artículo, por ahora solamente en tres casos —explotación de reservas minerales nacionales, petroquímica y fabricación de componentes de vehículos au-

tomotores— se limita la participación extranjera a 34% en el primero de ellos y a 40% en los dos restantes. En los demás se establece, como regla general, que tal participación podrá alcanzar hasta 49%, aunque la Comisión Nacional de Inversiones Extranjeras modificará ese porcentaje “cuando a su juicio sea conveniente para la economía del país...”⁴

Si bien el generalizar lo que hasta ahora fue un régimen aplicable a ciertas ramas parece un avance en la política del Estado, el sistema de la nueva ley tiene implicaciones muy distintas a las que, a primera vista, pudieran advertirse. Según el artículo 2o. se considera inversión extranjera la que se realice por personas físicas o morales extranjeras, por unidades económicas también extranjeras que carezcan de personalidad jurídica, y por empresas mexicanas “en las que participe mayoritariamente capital extranjero o en las que los extranjeros tengan, por cualquier título, la facultad de determinar el manejo de la empresa”.

Claramente se infiere de lo anterior que si tal participación no es mayoritaria ni otorga a los extranjeros la facultad de dirigir la empresa, no se considera extranjera sino nacional. Y como el principio de limitar la participación extranjera a 49% se convierte a partir de ahora en una norma general, de ello deriva la paradoja de que la nueva ley no es aplicable al grueso de los negocios en que hay capital extranjero, sino sólo a aquellas en que éste ejerce *formalmente* el control. A lo que habría que añadir que el artículo 6o. dispone, además, que “para los efectos de esta ley se equipara a la inver-

⁴ Poco tiempo después de hacerse estos comentarios, dicha comisión resolvió que en las maquiladoras el capital extranjero puede ser del 100%, dado el propósito de impulsar la exportación mediante tales empresas.

sión mexicana la que efectúan los extranjeros residentes en el país con calidad de inmigrados salvo cuando, por razón de su actividad, se encuentran vinculados con centros de decisión económica del exterior”.

En ambos casos, en realidad, se exhibe un formalismo legalista cuyas limitaciones son fáciles de advertir. Si bien la ley da la impresión de que por fin se somete a las empresas extranjeras a un régimen general y no sólo a disposiciones aisladas y de fácil evasión, lo cierto es que se abren nuevas y acaso más amplias posibilidades de que los intereses extranjeros se muevan como mejor les convenga. En efecto, si se tiene presente que la ley no se aplica, como es obvio, a las empresas en que se prohíbe la participación extranjera, y tampoco rige en aquellas en las que tal participación no excede del 49%, resulta entonces que sólo es aplicable a los tres casos previstos y ya señalados del artículo 50, así como a otros similares que se definan en el futuro, aunque, como antes vimos, las empresas maquiladoras, que son totalmente extranjeras, ya han sido excluidas del nuevo régimen.

Ahora bien, aun cuando el criterio legal es el de que una empresa con capital nacional mayoritario debe considerarse mexicana, lo que la experiencia comprueba —y por cierto no sólo en México sino en prácticamente todas partes— es que, no digamos con un 49%, sino a menudo con el 40%, con el 30%, el 25% y aun el 20% y menos, un gran consorcio internacional, como los muchos que operan en México asociados con capital doméstico, puede controlar y de hecho controla las empresas en que interviene, pues a su participación minoritaria en el capital añade una posición financiera, tecnológica y comercial que le permite imponerse a cualquier socio: vastos recursos, influencia política, un nivel de organización y un grado de monopolio o integración internacio-

nal que, para decir lo menos, vuelve muy ingenuo pensar que el tope del 49% signifique *en la práctica* un límite infranqueable que garantice de tal modo el predominio nacional para que esas empresas deban considerarse mexicanas.

El hecho de que la administración sea mexicana no modifica las cosas. Hasta podría decirse que en casos como el antes señalado las refuerza en favor del capital extranjero, ya que éste ha aprendido que una administración formal y exteriormente mexicanizada, pero en el fondo dócil y subordinada a sus intereses, lejos de ser una limitación o un obstáculo es una ventaja más para que el capital extranjero *demuestre* su disposición a aceptar las condiciones que el país receptor de la inversión establezca, y aproveche, en consécuencia, todos los estímulos que el Estado promueve en favor del capital nacional.

El problema es tanto más grave toda vez que, salvo el breve texto ya mencionado, la ley no considera en ninguno de sus preceptos la posibilidad de que, cumpliéndose formalmente lo establecido en el artículo 2º en la práctica, una empresa con capital nacional y administración mexicana mayoritaria sea *de hecho* una empresa controlada por capital extranjero.

Hasta aquí sólo hemos tomado en cuenta la primera y al parecer principal parte del artículo antes citado, es decir, que se considera extranjera la inversión de tal tipo que participe mayoritariamente en el capital de una empresa; pero en la segunda parte del precepto se añade: "...o en las que los extranjeros tengan, por cualquier título, la facultad de determinar el manejo de la empresa."

Con base en este agregado podría objetarse nuestra argumentación anterior. Parecería que, al definir la inversión extranjera, el legislador ha previsto también los ca-

sos en que, siendo ésta minoritaria, permita “por cualquier título, la facultad...” de dirigir la empresa. Pero aún esta prevención suscita explicables dudas, pues el problema no es tanto el de si los extranjeros tienen o no esa «facultad», basada en cualquier título legal y entendida como un poder o atribución que la autoridad legítima y vigila estrechamente, sino si tiene o no la posibilidad práctica de hacerlo, compadézcase o no con lo que establezca la ley o determinen las autoridades, en este caso la Comisión de Inversiones Extranjeras.

Y tan parece insuficiente el sistema de la nueva ley que el artículo 8º se limita de hecho a repetir lo establecido en el 2º, agregando tan sólo el requisito de la autorización, al decir: “También deberán someterse a autorización los actos por medio de los cuales la administración de una empresa recaiga en inversionistas extranjeros o por los que la inversión extranjera tenga, por cualquier título,... la facultad de dirigir la empresa”. Desde el punto de vista técnico la ley parece inobjetable, al sujetar la administración o manejo de una empresa, por parte de extranjeros, a un régimen de autorización previa. Para legalizar tal situación es pues necesario obtener el permiso correspondiente, y si éste no se obtiene así, la gestión carece de toda validez jurídica. La ley lo dispone escuetamente: “Los actos que se realicen sin esa autorización”... “serán nulos”. Sí, serán nulos y adolecerán de todos los vicios legales que se quiera, pero serán reales, y es esta realidad ilegal —y si se quiere incluso formalmente imposible— la que cuenta en la práctica y la que permite a los monopolios extranjeros ejercer un control que, en la medida en que escapa a la acción de la ley, es tanto más peligroso y difícil de regular. El problema, pues, radica inclusive en que precisamente por tratarse de formas de control no previstas le-

galmente, quienes ya las ejercen o aspiran a hacerlo en el futuro no pedirán autorización legal a nadie. Y aquí es en donde el "... deberán someterse a autorización los actos..." tales y cuales, resulta una norma de fácil violación.

Podría pensarse que la garantía de cumplimiento de la ley consiste en la severidad de las sanciones. Mas lo cierto es que las multas y aun la amenaza de prisión suelen hacerse efectivas rara vez, y que incluso cuando se recurre a ellas en algún caso aislado no parecen tener la ejemplaridad ni la eficacia que se les atribuye, aunque lo más frecuente es que, en un sistema de compleja integración monopolista y de habilidosos trucos de expertos abogados y complicados registros contables, ni siquiera sea fácil descubrir quién y cómo ejerce el control. Y no se piense que la laxitud de la ley la corrige y supera el reglamento. Lo cierto es que éste no ofrece tampoco —ni podría en rigor hacerlo fácilmente porque la cuestión de que nos ocupamos no es susceptible de una solución reglamentaria—, un mecanismo que en forma eficaz pudiera impedir el control ilegal de las empresas. La formalidad del registro y el desahogo de ciertos cuestionarios no bastan para el caso. Y todo hace pensar que, en la práctica, el sistema de que el registro comunique a la Secretaría interesada las posibles violaciones para que ésta proceda a la aplicación de las sanciones o en su caso a la denuncia correspondiente, será en la práctica —y al respecto hay una amplia experiencia— burocrático, lento e ineficiente. A menos que —y ojalá así fuese— nosotros estemos equivocados.

En resumen, el problema del control y los intentos de rescatarlo en beneficio de los capitalistas nacionales, parecen más bien exhibir una situación en la que éstos y los extranjeros manejan un valor entendido que podría

sintetizarse en esta forma: admite tú, inversionista extranjero, que como regla general establecida en la ley yo quede como socio mayoritario. De este modo me ayudas a afirmar mi prestigio y mi calidad de clase dominante en mi propio país. A cambio de ello yo acepto que, de hecho, seas tú el que retenga el control que te permiten tus condiciones privilegiadas y tu poder. Pero no nos adelantemos a los hechos. Muy pronto veremos si a las violaciones legales se responde con drásticas sanciones o embolsando jugosas *gratificaciones*.

Al opinar así, no me mueve la pasión ni el prurito de estar en desacuerdo con el gobierno, tampoco olvido la confianza del Poder Ejecutivo en cuanto a que la nueva ley siente "bases firmes para impulsar nuestro desarrollo y garantizar su autonomía". Mis discrepancias, en todo caso, son de fondo y proceden de la convicción de que el capitalismo mexicano no fue en el pasado, no es hoy ni lo será en el lapso —que espero corto— de vida que le quede, un sistema capaz de garantizar un desarrollo autónomo. Pero aun si estuviese en juego una divergencia menos profunda no podría aceptar que la nueva ley sobre inversiones extranjeras sea un medio realmente eficaz para avanzar en la dirección de un desarrollo menos subordinado. La idea, reiterada tan a menudo en círculos oficiales, de que la Constitución de 1917 abre el camino de la independencia, es a estas horas una ilusión que no se compadece con la realidad. Los hechos, los duros hechos se han impuesto implacablemente a doctrinas y normas jurídicas a lo largo de varios decenios como expresión de leyes históricas irreversibles y son ellos lo que cuenta. Y ante esos hechos y esas leyes poco puede hacer un «interés nacional» tan ambiguo y desdibujado como el que subyace y se expresa en los criterios que a partir de aquí normarán la actividad de la Comisión de

Inversiones Extranjeras; poco puede hacer el que se reiteren viejos y justos principios como los contenidos en las *Cláusulas Calvo y Drago*, que por lo demás ha hecho suyos desde hace mucho tiempo la legislación mexicana, poco puede hacer un nuevo registro que amplíe y enriquezca la información al alcance del Estado, y poco también el que, tras una lamentable y reveladora experiencia tocante a la aplicación de sanciones a quienes incumplan la ley, éstas se vuelvan más severas como condición de que, ahora sí, se respete rigurosamente aquélla. Será interesante ver —insisto— si se castiga a los infractores de la ley o si, como ha acontecido hasta ahora, los inversionistas, los traficantes, los *coyotes* y prestanombres siguen, del brazo y por la calle, haciendo negocios ilícitos sin que nadie los moleste.

La ambigüedad que, en verdad, exhibe esa ley, y las limitaciones de su modesto alcance, destacan en su artículo 13 que establece los criterios conforme a los cuales la Comisión autorizará nuevas inversiones y determinará los porcentajes que les correspondan. ¿Cuáles son esos criterios? Conviene considerar al menos los principales:

I. “Ser complementaria de la nacional”. ¿En qué consiste esto? En realidad nadie lo sabe, tampoco la ley ni su reglamento. Algunos sugieren que la complementariedad consiste en que, en conjunto, el capital extranjero sea minoritario respecto al nacional; otros que debe ser auxiliar; otros más que se limite a ciertos campos. Lo cierto es que la mayor duda surge en torno a que, en la fase actual del desarrollo capitalista y cuando el capital monopolista se ha internacionalizado como nunca antes, es difícil y aun imposible pensar que los poderosos consorcios trasnacionales se limiten a “complementar” a las peque-

ñas y generalmente débiles inversiones nacionales de un país atrasado y dependiente.

II. El segundo criterio es el de “no desplazar a empresas nacionales que estén operando satisfactoriamente ni dirigirse a campos adecuadamente cubiertos por ellas”. Este precepto complementa y aclara el alcance del anterior. La experiencia recogida hasta ahora ha sido la de que el capital extranjero sí desplaza al nacional. Pero no porque sea extranjero sino porque es monopolista —y el que opera en nuestro país es en gran medida eso— y así desplaza y aun elimina y lleva a la quiebra a quienes compiten con él. Ahora bien, aun suponiendo sin conceder, que de ahora en adelante las cosas fueren distintas, tendríamos que preguntarnos: ¿Se justifica que las empresas nacionales sean desplazadas por el capital extranjero cuando no operen satisfactoriamente o no cubran sus campos en forma adecuada? Evidentemente no, pese a que la nueva Ley parece aceptarlo.

III. “Sus efectos positivos sobre la balanza de pagos y, en particular, sobre el incremento de las exportaciones”. Aquí, el criterio de la ley se antoja demasiado convencional, mercantilista y pragmático. Supongamos una inversión extranjera que ayuda a aumentar la exportación. ¿Bastaría tal posibilidad para aceptarla, sin siquiera plantearse el problema de qué va a producirse, por quién, con cuáles técnicas, con qué destino, a qué precio para el país y contribuyendo en qué medida a acentuar o reducir la dependencia, concretamente respecto al exterior? De nuevo la ley nada dice sobre todo ello. Más bien parece que, de la aceptación indiscriminada de la sustitución de importaciones se pasa ahora al fomento, también indiscriminado, de la exportación.

IV. "Sus efectos sobre el empleo, atendiendo al nivel de ocupación que genera y la remuneración de la mano de obra". En este criterio, aparte de pragmatismo, hay a nuestro juicio una errónea y débil postura neoclásica que consiste en que, como la mano de obra es abundante en nuestro país, el logro de un mayor nivel de empleo se hace prevalecer sobre cuestiones de mayor envergadura, como por ejemplo su impacto sobre el excedente, sobre el proceso de acumulación o sobre el ingreso, no obstante que en gran parte es de estas variables —y sobre todo de las dos primeras— de las que depende el nivel de ocupación, y no a la inversa. Conforme a tal criterio sería bien recibida una inversión extranjera de baja eficiencia e incluso de escasa importancia, en tanto absorba mano de obra y ofrezca remuneraciones superiores a las otorgadas por otros empresarios. Y tan es así que ello ha contribuido a abrir las puertas a las empresas maquiladoras en la frontera norte y otras regiones del país.

V. "La ocupación y capacitación de técnicas y personal administrativo de nacionalidad mexicana". En principio este objetivo parecería inobjetable. ¿Quién podría oponerse a que se emplee y prepare personal técnico y administrativo mexicano? Seguramente nadie. Pero si se examina más de cerca la cuestión resulta que el precepto es impreciso y en cierto modo ingenuo. Impreciso porque no define el tipo de personal de que se trata ni la proporción y los niveles en que deba capacitársele, e ingenuo porque se "presiona" al capital extranjero para hacer lo que es no sólo conveniente sino indispensable para operar en condiciones más ventajosas.

VI. Viene después "la incorporación de insumos y com-

ponentes nacionales en la elaboración de sus productos". De nuevo el precepto se antoja insuficiente porque no define los términos y proporciones de tal incorporación, no repara en que tales insumos y componentes «nacionales» proceden a menudo de otras empresas extranjeras radicadas en el país y no toma en cuenta el papel que esos productos juegan en los vastos y complejos procesos de integración monopolista en que se desenvuelven las grandes empresas trasnacionales.

VII. "La medida en que financien sus operaciones con recursos del exterior". Se supone que si tal financiamiento se realiza con base en recursos propiamente externos la inversión es más deseable. Pero ¿de qué financiamiento se trata? ¿Del de las inversiones iniciales, principalmente en activos fijos?, ¿del financiamiento corriente? digamos, ¿de capital de trabajo, una vez que la nueva planta está en operación?, ¿del financiamiento bruto o de la afluencia neta de recursos del exterior? Una empresa extranjera, como se sabe, puede empezar invirtiendo, de sus propios recursos o al menos de fondos que proceden de su país de origen, una suma de dinero determinada. Pero apenas inicia sus operaciones comienza a financiarse con recursos internos de nuestro país y pronto empieza, además, a succionar fondos y a provocar un verdadero drenaje que sustrae parte del excedente invertible y frena el crecimiento de las fuerzas productivas. El hecho, sin embargo, es que ni en éste ni en otros pasajes se ocupa la ley del grave problema de que la inversión extranjera directa —y en particular la monopolista— cualquiera que sea su monto viene a nuestro país en busca de altas ganancias, de beneficios y dividendos que al no reinvertirse a menudo en una alta proporción, limitan

las posibilidades de financiamiento y generan profundos desequilibrios. Lo que, de paso, no significa que cuando sí se reinvierten no provoquen otros serios problemas.

O sea que la ley no toma en cuenta el efecto *divisor* de la inversión extranjera; y pese a que las salidas de fondos que genera restringen gradualmente el potencial de ahorro y limitan por tanto la capacidad de inversión, el régimen de libertad de cambios, convertido prácticamente en principio inviolable, queda intocado como una garantía más para el capital extranjero.

VIII. "La diversificación de las fuentes de inversión y la necesidad de impulsar la integración regional y sub-regional en el área latinoamericana". Una vez más la ley se queda corta y no aclara suficientemente lo que se propone. En cuanto al primer punto resulta difícil saber a qué diversificación se refiere: si geográfica, tecnológica, económica o en particular comercial o financiera, o si alude más bien a que la inversión no sea monopolista. Y por lo que hace al apoyo a la integración regional tampoco es fácil comprender el alcance del precepto, pues ya hay una rica y aleccionadora experiencia que muestra que el esquema de la integración latinoamericana ha sido hábilmente aprovechado para reforzar la integración regional del capital monopolista extranjero, lo que obstruye y vuelve más difícil el avance hacia una genuina integración económica de nuestros países.

IX. El siguiente criterio tampoco parece convincente y sí, en cambio, demasiado simplista. El subrayar la "contribución al desenvolvimiento de las zonas o regiones de menor desarrollo económico relativo", deja la impresión de que si el capital extranjero se dirige hacia ellas será acogido con especial interés. Pero, ¿es correcta y aun

viable tal estrategia? ¿No se corre el riesgo de dispersar y adelgazar la capa de inversión hasta volverla poco significativa, si en un momento dado se estimula el desarrollo de zonas muy atrasadas, que precisamente por ello no están en condiciones de producir frutos satisfactorios? ¿No sería preferible, en tales casos, y dado que siempre hay faltantes de inversión considerables, proyectar dicho capital hacia zonas mediana y aun altamente desarrolladas, en las que su incorporación trajera consigo cambios más rápidos que impulsen sensiblemente la dinámica del desarrollo? Probablemente sí; pero el legislador parece optar por fórmulas equilibradoras más o menos convencionales y que en general no se compadecen con la realidad ni las posibilidades del desarrollo capitalista.

X. Pero veamos el criterio siguiente, cuyo enunciado es “no ocupar posiciones monopolísticas en el mercado nacional”. Para comprender mejor su alcance conviene recordar que la *Exposición de Motivos* señala claramente que no es deseable “que el capital foráneo incurra en prácticas monopolísticas o limite nuestra posibilidad de superar la dependencia tecnológica”. Tanto el precepto legal como esta consideración serían más atendibles si el criterio rector fuese, digamos, el de no aceptar inversiones monopolistas. Pero siendo más bien lo contrario, o sea que en la práctica el grueso de las principales empresas extranjeras son precisamente monopolios —lo que desde luego no quiere decir monopolios «puros»— el texto de la ley y el criterio en que ésta descansa se vuelven en gran parte meras ilusiones sin fundamento ni viabilidad. Porque ¿acaso es realista pedir a un monopolio en esta etapa del imperialismo que no recurra a prácticas monopolísticas, o siquiera que no lo haga, concretamente, en nuestro país?

En fin, los criterios restantes sugieren reflexiones análogas. El *XIII*, por ejemplo, se refiere a los efectos del capital extranjero sobre el nivel de precios. Todos sabemos que los monopolios no contribuyen a la formación de precios *razonables* sino de precios de monopolio, que exceden con mucho a sus correspondientes valores, que ocultan cuantiosas ganancias y descansan en altas tasas de explotación. Y así como aquí parece insinuarse que la influencia del capital extranjero sobre el nivel de precios puede ser favorable, en mayor medida parece confiarse en que dicho capital, lejos de entrar en conflicto con los intereses fundamentales de un país como el nuestro debe contribuir a reforzarlos. Tan es así que el criterio señalado en el inciso *XIV* se refiere a la medida en que la inversión del exterior ayude a “preservar los valores sociales y culturales del país”, y el *XVI* a la “identificación del inversionista extranjero...” con tales intereses.

¿Creerá realmente el gobierno mexicano que a estas alturas del desarrollo capitalista, es decir, en la fase final de un imperialismo agresivo, decadente y parasitario, que como dramáticamente hemos visto en Guatemala, Puerto Rico, Bolivia, Chile, Cuba y Vietnam —pero también en Corea, Argelia, Indonesia, Laos y tantos otros sitios— se opone abiertamente a los más genuinos intereses de los pueblos, contribuya a “preservar” nuestros más profundos valores sociales y culturales?

¿Es que no somos capaces de advertir que la «cultura» del imperialismo, su ideología y su política en los más diversos frentes atenta contra nuestras más valiosas tradiciones, contra nuestra soberanía y nuestra independencia? ¿Cómo, entonces, aspirar a que tras casi un siglo de depredación y sistemática destrucción de esos valores, en un acto inusitado de contrición y arrepentimiento se identifique el capital extranjero con ellos y se apreste a

preservarlos? ¿No cae aquí la ley en la vertiente superficial y conformista de oponer a la historia real del imperialismo y a las leyes que la condicionan, las frágiles recomendaciones de un código moral de buen comportamiento al que, supuestamente, debieran someterse los grandes consorcios trasnacionales?

Más fácil parece lograr que el capital extranjero “coadyuve al logro de los objetivos y se apegue a la política de desarrollo nacional”. Como hemos visto, al menos en lo que concierne a la materia que estudiamos, no hay nada en la política mexicana de desarrollo que se oponga o riña seriamente con los intereses monopolistas extranjeros. El objetivo principal de tal política es llevar adelante un desarrollo capitalista desigual, deforme, dependiente, basado en la explotación cada vez mayor de los trabajadores y asociado, en condiciones desventajosas, al capital imperialista. ¿Por qué, entonces, habría éste de oponerse a la política del «arriba y adelante», que incluso trata como empresas nacionales a aquellas en que el 49% del capital —y por ello en la práctica a menudo el control— está en poder de fuertes consorcios extranjeros?

Nos hemos detenido a examinar los criterios anteriores tanto porque la nueva ley no agrega nada especialmente importante a disposiciones que estuvieron en vigor durante decenios, como porque tales criterios parecen constituir el centro de la política oficial en la materia. En efecto, al decir del artículo 16, “las secretarías y departamentos de Estado, dentro de su esfera de competencia, resolverán los casos concretos conforme a los criterios generales que establezca la Comisión Nacional de Inversiones Extranjeras y a las disposiciones de esta Ley”. Y como hemos visto también, dicha Comisión ha empezado por eximir a las empresas maquiladoras del cum-

plimiento de ciertos requisitos respecto a la distribución del capital, y la ley ha encontrado un subterfugio para que, a través de fideicomisos, y a su vencimiento de otras operaciones, los extranjeros puedan disponer de bienes inmuebles en las fajas fronterizas y costeras en que la Constitución prohíbe su dominio.

¿Podremos así, como la *Exposición de Motivos* de la ley comentada nos lo promete, “garantizar, mediante normas más precisas y políticas más racionales, que la absorción de capital extranjero no mengüe nuestra capacidad de decisión soberana”? ¿Podremos lograr tan ambiciosa meta cuando lo grave del nuevo régimen no sólo consiste en la ambigüedad y la falta de realismo con que trata ciertas cuestiones, sino en la ausencia de otras que, pese a su importancia, quedan totalmente al margen de él e incluso de la política sobre inversiones?

¿A qué atribuir, en efecto, que nada se diga respecto a cómo evitar que la inversión extranjera succione buena parte del excedente, agudice el desequilibrio interno y externo, malutilice los recursos y en particular las divisas disponibles, fomente la inflación y el desempleo, eleve el grado de monopolización y ahonde la dependencia estructural? ¿Cómo lograr que, con base en los criterios señalados, las inversiones del exterior contribuyan realmente a elevar la tasa de acumulación y a acelerar el desarrollo, en vez de ejercer el efecto inverso? Lo cierto es que la política sobre tales inversiones no las objeta en ningún aspecto fundamental. Expresa más bien el propósito de conseguir una relación más estrecha y una mayor cooperación entre el capital nacional y el extranjero. Las palabras del presidente Echeverría en su discurso de toma de posesión son significativas:

La inversión extranjera no debe desplazar el capital mexicano, sino complementarlo, asociándose con él cuando sea útil, y el capital mexicano, en todo caso, dirigir el encuentro con sagacidad, señorío y patriotismo, y encauzarlo para modernizar las empresas...⁵ (*Comercio Exterior*, México, octubre de 1972, p. 939).

¿No es excesivo hacer depender el debido encauzamiento del desarrollo de la “sagacidad, señorío y patriotismo” de los capitalistas mexicanos? Evidentemente, la política de que hablamos idealiza tanto la inversión nacional como la extranjera.

Las inversiones extranjeras directas —señala en otro discurso el presidente Echeverría—... en el pasado no eran sino una prolongación de los intereses de los países en que se originaban. Ahora se entienden como un componente de la cooperación económica internacional. Deben, por tanto, ajustarse a las políticas internas de los países que las reciben. Eso es, en síntesis, lo que entendemos nosotros por mexicanización.⁶

Para el gobierno, el concepto de complementariedad es bien angosto. Consiste al parecer, esencialmente, en no competir en ciertos campos con el capital nacional. Ya antes de la expedición de la ley, el secretario de Industria y Comercio, señor Campillo Sáinz, presentaba ante la *American Management Association*, como uno de los criterios principales a que debían sujetarse las inversiones extranjeras, el “ser complementaria del capital nacional y, en consecuencia, no desplazarlo o dirigirse a campos

⁵ *Comercio Exterior*, México, octubre de 1972, p. 939.

⁶ *Ibid.*, p. 940.

que están siendo adecuadamente cubiertos por las empresas nacionales". Y agregaba:

Esto no quiere decir que no aceptamos al capital extranjero en aquellos campos que nuestra Ley permite. Lo aceptamos de buen grado, pero equitativamente asociado con nosotros. Queremos que los mexicanos sean socios, no empleados del capital foráneo, copartícipes y amigos, no subordinados. Y esto no sólo porque así conviene mejor a nuestros deseos de ser más independientes..., sino porque la experiencia demuestra que es también más conveniente para el país y aun para el propio inversionista extranjero.

La política de mexicanización evita las tensiones que la inversión extranjera puede provocar, cuando la opinión pública siente que se están tomando fuera del país decisiones que pueden afectarlo de manera importante en su vida económica.

...La experiencia ha revelado, como antes digo, que la asociación entre capitales nacionales y extranjeros es conveniente para ambas partes...

...Están, pues, perfectamente definidas las normas y los principios de la inversión extranjera en México y no hay alteración en las circunstancias que han hecho atractivo nuestro país tanto a los inversionistas nacionales como a los de fuera...

...Los inversionistas de los países avanzados tienen respecto de los menos desarrollados, una función que no se agota en la mera obtención de beneficios, sino que trasciende a un deber de solidaridad humana para contribuir a un mundo más justo y generoso para todos...⁷

⁷ *Ibid.*, pp. 942 y 943.

Creo que las autorizadas opiniones antes transcritas aclaran la cuestión que examinamos y aun hacen innecesarios prolijos comentarios. La nueva política del Estado, en el contexto de una realidad nacional e internacional cambiante, busca el reacomodo, el mejor ajuste posible, la revisión y actualización de las reglas del juego entre el capital mexicano y el extranjero. En los campos en que los capitalistas domésticos han logrado consolidar su posición, las empresas extranjeras no deben desplazarlos sino asociarse con ellos. En donde los capitales mexicanos, en cambio, carecen todavía de posibilidades de desarrollo o no tienen interés especial en participar, el control por parte del capital extranjero es bienvenido, y los empresarios nacionales no resienten el desplazamiento. En eso consiste en esencia la «mexicanización», en un eufemismo con el que, en rigor, se soslayan la internacionalización del capital y la desnacionalización de nuestra economía.

Lo que está en juego, no es enfrentarse o no al imperialismo en busca de nuestra plena independencia. Lo que se debate es el alcance y las modalidades de la dependencia, que pese a su parloteo independentista la burguesía mexicana sabe necesaria y hasta inevitable para preservar la estabilidad y mantenerse en el poder sin grandes peligros. La ley no enfrenta los intereses de México, de los trabajadores, de las grandes masas rurales y urbanas al capital monopolista extranjero. La contradicción cada vez más profunda entre los mexicanos explotados por el capital monopolista extranjero ni siquiera se insinúa, y aun se adopta frente a ella la posición de considerar «positivo» el que se explote, en la mayor medida posible, esa mano de obra.

Pero ello no significa que la política mexicana sobre inversiones extranjeras no exhiba contradicciones. A menudo deja verlas con toda claridad, como ocurre por ejem-

plo en tratándose del problema de la complementariedad y de los campos a los que puede o no afluir el capital extranjero. Mas estas contradicciones, aun siendo reales y erróneo, por consiguiente, ignorarlas, son de otro orden y otra dimensión; son contradicciones y desacuerdos menores, secundarios, interburgueses o, en el mejor de los casos, que acusan expresiones de descontento y a la vez buena dosis de ilusiones pequeñoburguesas frente a la subordinación creciente al capital monopolista extranjero. Tan son contradicciones secundarias las que hay entre el capital nacional y el extranjero, que en buena parte se resuelven a través de un mero regateo en torno a las ganancias, ajustes convencionales, una política que al amparo de la «mexicanización» asocia más estrechamente al capital nacional y extranjero y vuelve a éste objeto de mayor protección y estímulo. Por ello, el Estado no sólo espera que bajo el sistema capitalista se consolide nuestra independencia y se resuelvan nuestros más graves problemas sino que, como hemos visto en las palabras de un alto funcionario del gobierno, apela a los consorcios imperialistas para que no se conformen con obtener ganancias, sino que, haciendo gala de un nuevo espíritu de solidaridad, contribuyan a crear un mundo “más justo y generoso para todos...”

¿Cuál es el alcance de ese nuevo mundo? El secretario de Industria y Comercio vuelve a dar una respuesta que no deja lugar a dudas acerca del alcance demagógico y pseudohumanista de la política de la burguesía mexicana.

Se ha dicho que hay quienes están preocupados por que México está cambiando las reglas del juego. Y yo les contesto con absoluto énfasis: ¡sí, señores, estamos cambiando las reglas del juego para ajustarlas a las necesidades y a las aspiraciones de nuestros días...!

Queremos que se reconozca dentro del sistema que deseamos crear, que la producción debe estar al servicio de los valores morales, culturales y espirituales. Queremos fortalecer estos valores y decimos a ustedes que tan cerca están del materialismo quienes piensan que estos valores son los supremos para obtener utilidades, como quienes figuran en el mundo que llamamos marxista...⁸

Tras de estas palabras en verdad elocuentes, elocuentes por su inconfundible carácter reaccionario, por su sentimentalismo ahistórico y convencional, por su incapacidad para situar los grandes problemas de nuestro tiempo y concretamente las relaciones, y por tanto las contradicciones de un pueblo como el nuestro con la principal potencia imperialista, nadie puede legítimamente llamarse a engaño. Una vez más, la burguesía mexicana demuestra que si en el pasado fue incapaz de ofrecer la alternativa de un desarrollo capitalista independiente, ahora lo es más que nunca. Su misión histórica es ir a la zaga del capital extranjero, servirlo, protegerlo, estimularlo, pero haciéndole sentir que tal supeditación tiene un precio, un precio «razonable» que el capital extranjero puede pagar sin que se afecten gravemente sus también «razonables» ganancias. Y aunque la expedición de la nueva ley sobre inversiones extranjeras ha suscitado ciertas preocupaciones e inquietudes, todo hace pensar que, tras las explicables dudas y aun los pequeños temores que una cuestión semejante hace a menudo aflorar, los capitalistas mexicanos y los grandes consorcios extranjeros parecen haberse puesto básicamente de acuerdo en torno al nuevo precio a pagar para que su asociación sea duradera y mutuamente ventajosa.

⁸ *Ibid.*, pp. 943 y 944.

V

EL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO Y LA POLITICA DE INVERSION EXTRANJERA

FERNANDO CARMONA*

En mi calidad de miembro del Seminario y de director del instituto estimo que aquél lleva tan buen camino que en ninguna de las sesiones realizadas hasta hoy han faltado ponentes con autoridad, ganada en años de trabajo, que presentan los temas que sus organizadores han seleccionado para cada ciclo de discusiones. Como lo explicó el maestro Ceceña convinimos que él presentaría algunos aspectos pertinentes del panorama general del capitalismo contemporáneo, cuyo más destacado actor es el monopolio, como un marco de referencia indispensable para comprender el problema de los movimientos internacionales de capital y más concretamente el de la inversión extran-

* Debido al retardo en la publicación de los materiales de la sesión del seminario en que se presentaron las ideas aquí contenidas, se han añadido, a pie de página o entre corchetes, algunas informaciones y breves comentarios apoyados en hechos más recientes, cuando a juicio del autor éstos permiten aclarar o reforzar el hilo del argumento principal. Revisé este texto en marzo de 1976.

jera, para que después yo intentara en forma específica y apoyándome en el marco de referencia ofrecido por el primer ponente y los comentaristas, una explicación sobre el tema central de la sesión del seminario de este día, o sea la política de inversión extranjera ahora vigente en México.

1) *Algo más sobre los cambios en el marco internacional*

Estoy convencido de antemano que un tema complejo como éste sería más fructíferamente abordado por nosotros si el seminario le asignara un ciclo de varias sesiones, aunque seguramente Alonso Aguilar y los demás promotores prevén ocuparse de distintos aspectos en futuros ciclos. Es de tal manera grande el peso de los fenómenos que inciden en la conformación del capitalismo monopolista y más específicamente, de la fase actual del capitalismo monopolista de Estado que transitan todos los países desarrollados y muchos subdesarrollados, en el marco de la crisis general de este sistema, como nos ha recordado Ceceña, que el asunto requiere dilucidaciones que por sí solas reclamarían al menos una sesión íntegra dedicada al análisis de las tendencias de los movimientos del capital considerados como expresiones de las vicisitudes cíclicas y estructurales del proceso mundial de acumulación; los cambios en la división internacional de trabajo y en general del sistema imperialista durante las últimas décadas, por virtud de la consolidación del socialismo en una docena de Estados (dos de ellos, la URSS y China, enormes y multinacionales); la fusión y conglomeración, por múltiples vías, de las empresas monopolistas; las luchas de liberación nacional que han modificado profunda-

mente la geografía política del mundo; la revolución científico-técnica en marcha y otros fenómenos de amplísimo espectro.

Aunque procuro no perder de vista los hechos anteriores, debo hacer la advertencia de que en mi intervención me limitaré a destacar los aspectos que tienen implicaciones más directas con el tema de nuestra sesión, algunos de los cuales no están todavía suficientemente considerados.

A) *Concentración y centralización del capital.* En los años de la llamada postguerra, se observan hechos de gran importancia cuantitativa y cualitativa, de innegables consecuencias para el desarrollo capitalista mundial. Uno de los más sobresalientes es la aceleración del proceso de fusión (*y conglomeración*) del capital monopolístico que mencionó José Luis Ceceña, o sea, los cambios que en las formas jurídicas y administrativas asume el proceso de centralización y concentración del capital en los países metropolitanos, a la cabeza de ellos Norteamérica, que resultan de la ampliación de las bases del control monopolista de la producción, proceso que a su vez permite y aun obliga a intensificar la concentración y centralización en una escala nacional e internacionalmente más amplia:

Ha habido anteriormente —escribía la revista *Fortune* en febrero de 1969— movimientos de fusión en los Estados Unidos. Uno comenzó en la década 1890, y otro por 1920; cada uno duró alrededor de un decenio. Pero el actual movimiento está *durando más y es inmensamente mayor*.¹

¹ Citado por Paul M. Sweezy y Harry Magdoff, *Dinámica del capitalismo norteamericano*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1972, p. 77. Cursivas mías.

Puede decirse que este proceso de fusión de empresas monopolistas ha continuado en los primeros años de la presente década. Más aún, puede afirmarse que si en el pasado, en la fase de auge del ciclo económico, el proceso normal de acumulación favorece la absorción de los capitales más pequeños por los monopolistas, en la actual crisis cíclica y estructural de la economía norteamericana y capitalista mundial hay abundantes ejemplos de que el proceso de fusión monopolista de empresas tiende a acelerarse. Haciendo abstracción por ahora del papel del Estado y de otros aspectos de este proceso, para formarse una idea más correcta de su significado contemporáneo para la economía imperialista global, tiene que considerarse, como afirman Magdoff y Sweezy, que:

...las fusiones (en la terminología marxista: centralización del capital), no son el único factor operativo. Además está lo que Marx denominó la concentración del capital, que tiene lugar gracias al movimiento de las compañías, aisladamente, más que a través de su combinación. Ambas fuerzas —centralización y concentración— *operan y se refuerzan simultánea y mutuamente.*²

B) *Reorientación geográfica de la inversión directa*
Considero que en este contexto se pueden comprender mejor fenómenos como el crecimiento expansivo de la inversión extranjera directa de las potencias capitalistas y en especial de los Estados Unidos, que en la llamada postguerra, en particular desde 1950, ha cobrado un ritmo verdaderamente inusitado, en un proceso global en el que sobresalen hechos que merecerían analizarse en nues-

² *Ibidem.* Cursivas mías.

tro seminario, como el de que el grueso de las nuevas inversiones originadas en los Estados Unidos se orienten a un ritmo más rápido hacia los propios países industriales del sistema capitalista, que cuentan con mercados internos y externos mucho más amplios y niveles de integración económica y técnica más elevadas, principalmente hacia los agrupados en el Mercomún Europeo y la Gran Bretaña (la cual hasta hace poco estuvo fuera de esta organización), así como el Japón, que al conjunto de los países subdesarrollados. Convendría asimismo considerar la circunstancia de que la inversión acumulada en un país como Canadá por los consorcios norteamericanos, supera con amplitud al total radicado en América Latina, y que una de las naciones latinoamericanas en que ha crecido más de prisa la inversión estadounidense directa es México. Veamos rápidamente estos hechos:

- Respecto al crecimiento de la inversión extranjera directa, se calcula que en 1971 la realizada por los Estados Unidos, Japón, Canadá, Gran Bretaña, Francia, Alemania Federal y otros cinco países europeos, alcanzaba un total de casi 158 000 millones de dólares. El total norteamericano en 1971 era de 86 000 millones de dólares (el 54% de la suma anterior de once países capitalistas industriales); pero en 1950 apenas era de algo menos de 11 800 millones, o sea que en poco más de dos décadas creció 7.3 veces (a precios corrientes).³

³ Datos de la ONU, *Las corporaciones multinacionales y la economía mundial*, Nueva York, 1973; Departamento de Estado, *Survey of Current Business*, Washington, diversos números; *Comercio Exterior*, varios números, y José Luis Ceceña, *El imperio del dólar*, Ediciones El Caballito, México, 1972, pp. 160 y ss.

- El 70% de la inversión extranjera de los monopolios estadounidenses en 1971 correspondía a Canadá, los países capitalistas de Europa, Japón y Australia, con un total de 60 221 millones de dólares; en 1950 el total invertido en estos *países industriales* ascendía a 5 822 millones de dólares: *un aumento de 10.4 veces*. La inversión en Canadá creció de 3 579 millones de dólares en 1950 a 24 030 millones en 1971 (6.7 veces); en Europa Occidental subió de 1 733 a 27 621 millones (15.9 veces), en Japón de 309 a 4 866 millones (15.7 veces) y en Australia de 201 a 3 704 (18.4 veces). En los países del «*Tercer Mundo*» el total aumentó de 5 919 millones en 1950 a 26 328 millones en 1971 (4.4 veces), y en *América Latina* de 4 445 a 12 978 millones en igual periodo (2.9 veces). Obsérvese que la inversión estadounidense en Canadá, 24 030 millones de dólares en 1971, era casi el doble que el total latinoamericano en ese año (12 978 millones), en tanto que en 1950, con 3 579 millones, era inferior en casi 20% al total invertido en Latinoamérica (4 445 millones).⁴
- Según las fuentes oficiales norteamericanas, la inversión monopolista de los EUA en *México* subió de 286 millones de dólares en 1943 a 1 786 millones en 1970 y 1 993 millones en 1972, o sea un incremento de 6.2 veces en 1943-70, 7 veces en 1943-72 y quizá unas 8 o más veces hasta 1975; el total invertido en América Latina en 1943-71 se incrementó sólo 4.8 veces.⁵

⁴ *Ibidem*, con excepción del trabajo publicado por la ONU.

⁵ *Ibidem*. Véase también *Multinational corporations. Brasil and Mexico: Sources of economic and noneconomic power*, Richard S. Newfarmer and Willard F. Mueller, University of Wisconsin Report of the Subcommittee on Multinational Corporation of the

C) *Expansión de la inversión directa.* Aún más grande es el crecimiento de las deudas externas, en este caso especialmente en los países *subdesarrollados*. De acuerdo con el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, las deudas *públicas* externas pendientes de pago, a mediano y largo plazo, de 92 países del llamado «Tercer Mundo», subieron verticalmente, de 9.7 mil millones de dólares en 1956 a 41.5 mil millones en 1967. [Diversas informaciones señalan que el total pasó a 160 mil millones de dólares en 1975, o sea un espectacular incremento de más de 16 veces en 19 años.] En cambio, las deudas de los países industriales en 1956-1967 sólo subieron de 14.2 a 16.6 mil millones de dólares.⁶

Concretamente en América Latina, los datos de la Comisión Económica para América Latina y del propio BIRF, permiten observar que las deudas públicas no pagadas ascendieron alrededor de 12 veces en las últimas dos décadas: a 1 741 millones de dólares en 1950 a 5 535 millones en 1961⁷ y 21 458 millones en 1972;⁸ casi dos tercios más que toda la inversión norteamericana directa

Committee on Foreign Relations, United States Senate, U.S. Government Printing Office, Washington, agosto de 1975, pp. 45 y ss., así como Alma Chapoy Bonifaz, *Empresas multinacionales (instrumento del imperialismo)*, Ediciones El Caballito, México, 1975, pp. 26 y ss.

⁶ Harry Magdoff, *La era del imperialismo. Política económica internacional de Estados Unidos*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1969, p. 178. Datos de un estudio del BIRF.

⁷ Tomado de F. Carmona, *El drama de América Latina. El caso de México*, Cuadernos Americanos, México, 1964, p. 84. Datos de la CEPAL: *El financiamiento externo en el desarrollo económico de América Latina*, 1963.

⁸ Informe del BIRF correspondiente a su ejercicio 1973-1974. Tomado de *Comercio Exterior*, México, vol. xxiv, núm. 12, diciembre de 1974, p. 1 272. El dato se refiere sólo a la deuda «desembolsada»; incluyendo lo no dispuesto a esta fecha el total es de 29 575 millones.

acumulada en 1971 [Se calcula que en 1975 la deuda latinoamericana subió a más de 40 000 millones de dólares]. Todavía tendrían que considerarse las deudas externas *privadas* pendientes de pago, información que es menos accesible y conocida y que incluye compromisos de las propias empresas monopolistas trasnacionales. Desde luego, Brasil, México, Argentina, Chile y otros países concentran la mayor parte del endeudamiento latinoamericano. El crecimiento de la deuda pública exterior mexicana no pagada ha sido vertiginoso [de unos 200 millones de dólares en 1945 a 1 200 millones en 1961⁹ y tal vez unos 10 000 u 11 000 millones en 1975 —50 o más veces en 30 años—, estimándose que la deuda privada puede ser de otro tanto¹⁰ y que entre 1950 y 1972, en promedio alrededor de un 30% de esta última corresponde a monopolios norteamericanos instalados en México.]¹¹

La expansión de las inversiones indirectas recibidas por el sector estatal están vinculadas generalmente con los programas de desarrollo de los países atrasados y dependientes, los que sin embargo concentran el grueso de estos recursos en la ampliación de su infraestructura, hecho que favorece a las empresas trasnacionales no menos —y a veces más— que a las nacionales, y la deuda exterior privada se conecta estrechamente con la inversión extranjera. Y en un contexto en el que se observa la creciente

⁹ F. Carmona, *op. cit.*, p. 85.

¹⁰ Entrevista de prensa de José López Portillo, entonces secretario de Hacienda y Crédito Público. Véase "Aspectos fundamentales de la economía y perspectivas a corto y mediano plazos", *Comercio Exterior*, Col. 25, núm. 6, junio de 1975, pp. 630-631.

¹¹ Según Edmundo Sánchez Aguilar, *México: deuda externa y operación de la banca privada mexicana*, tesis doctoral, Universidad de Harvard, Boston, 1973. Tomado de *Comercio Exterior*, Vol. xxiv, núm. 9, septiembre de 1974, p. 965: nota bibliográfica de J. L. Martínez Hurtado.

declinación de los países subdesarrollados en el comercio mundial, tanto por su menor ritmo relativo de crecimiento económico general como por la sustitución de muchas de sus materias primas de exportación por productos industriales y la perenne tendencia desfavorable de los precios del intercambio comercial, el pago de las deudas estatales y privadas plantea problemas crecientes [Se estima que el servicio de la deuda pública externa del «Tercer Mundo», incluyendo una proporción en aumento de intereses, ha crecido de 3 200 millones de dólares en 1965 a 15 000 millones en 1975.] A la luz de esta experiencia, considero que Harry Magdoff explica claramente la dinámica del endeudamiento exterior de los países semicoloniales y neocoloniales durante los años de la postguerra:

...Este proceso sigue por lo común las líneas siguientes: las fluctuaciones en la demanda, y como consecuencia, en los precios de los productos primarios que exportan los países subdesarrollados, generan *frecuentes déficit*. Los déficit son *financiados mediante préstamos solicitados a los países acreedores*. El servicio de la deuda —pago de intereses y amortización— exige que una porción de las exportaciones futuras se dedique a este propósito y no al pago de importaciones necesarias. Por consiguiente se necesitan nuevos préstamos para pagar las importaciones regulares. Este ciclo de dependencia económico-financiera se torna *más pronunciado*, paradójicamente, *a medida que un país trata de avanzar por la ruta capitalista ya establecida*. Porque entonces el país importa bienes de capital de las mismas naciones acreedoras y multiplica su endeudamiento...¹²

¹² *Op. cit.*, p. 177. Cursivas mías.

D) *Movimientos hacia y desde países socialistas.* En nuestros días de avances hacia la «distensión» internacional también se aprecian fenómenos tan nuevos en torno a los movimientos de capital —que sólo me limitaré a mencionar de pasada—, como la aceptación de algunos países socialistas, en especial Yugoslavia, Rumania, la Unión Soviética y otros de Europa, de ciertos convenios con potencias industriales que incluyen inversiones de grandes monopolios internacionales —europeos, japoneses y en particular norteamericanos— en el propio territorio de estos países, los que de todos modos están fuera de la órbita imperialista. Desde luego esta inversión se da en una escala, en un contexto socioeconómico y político y con consecuencias estructurales totalmente diferentes a los de nuestros países subdesarrollados. Por supuesto, también se presentan los movimientos internacionales de inversión entre los propios países socialistas, principalmente los asociados en el CAME, y de éstos en países del «Tercer Mundo», en gran medida de inversión «indirecta», cuya magnitud ha sido creciente en los últimos lustros y cuyos caracteres cualitativos también son distintos, en aspectos esenciales tales como plazos y formas de pago, tipos de interés y otros, respecto a las transacciones de los países desarrollados entre sí y de éstos con los subdesarrollados en el mundo capitalista.

E) *Movimientos entre países subdesarrollados.* Si bien en la escala modestísima que corresponde al subdesarrollo, en los últimos tiempos se observan movimientos directos de capital latinoamericano (y en menor medida inversiones indirectas) privado y estatal entre los propios países subdesarrollados, a veces vinculados a esquemas de integración regional como la *Asociación Latinoamericana de Libre Comercio* [y el SELA] y otras veces, con-

siderados casi siempre como parte de los propios programas «integracionistas» y naturalmente con una dimensión *mayor* que en el caso anterior, también se aprecian inversiones que las *subsidiarias* de las compañías multinacionales o trasnacionales establecidas en un determinado país subdesarrollado realizan en otro u otros.

Recuerdo que refiriéndose a estos movimientos de capital, expresivos de la creciente internacionalización del proceso acumulativo, hace unos diez años Arturo Bonilla aludía irónicamente al «imperialismo mexicano de bolsillo», cuando comenzaba a divulgarse la noticia de que algunas empresas monopolistas mexicanas iniciaban inversiones en algunos países de Centroamérica, con el propósito de beneficiarse de las medidas integracionistas del istmo centroamericano. Más tarde Ruy Mauro Marini y otros autores han generalizado algunos fenómenos de este tipo en torno al «subimperialismo», fenómeno que relacionan con Brasil y otros países con un nivel apreciable de desarrollo industrial y financiero en el contexto del subdesarrollo, y en general de crecimiento de sus fuerzas productivas internas, imbricados fuertemente con el capital monopolista internacional. Desde luego la escala de las inversiones externas propiamente *nacionales* de unos a otros de los países subdesarrollados son minúsculas en comparación con las de los países capitalistas industriales, como son asimismo relativamente reducidas las realizadas por las sucursales de empresas trasnacionales, asociadas o no con capitales «nativos» de las naciones que usan como base o trampolín proyectado hacia otros países del «Tercer Mundo». Pero, con independencia de que, a mi juicio, la historia mundial demuestra que no hay un «supraimperialismo» en cuya constelación aparecieran algunas islas «subimperialistas», sino más bien muy diversas vicisitudes y expresiones históricas concretas del

sempiterno desarrollo *desigual* del capitalismo, estimo que a la luz de los cambios en el sistema capitalista mundial y en América Latina, en futuras sesiones del seminario se podría avanzar en la discusión de estos conceptos.

F) *Empresas «mixtas» en los países subdesarrollados.* Aunque desde los años veinte y treinta se hicieron algunos intentos, es hasta después de la Segunda Guerra Mundial cuando en el mundo capitalista se han multiplicado las instituciones financieras internacionales, con la participación de numerosos gobiernos y que propiamente son expresivas de la *internacionalización del capitalismo monopolista de Estado*, las cuales impulsan el movimiento de capitales, mercancías o tecnología al través de todas las fronteras. Unas son de carácter más o menos mundial como el *Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento*, el *Fondo Monetario Internacional*, la *Asociación Internacional de Desarrollo* o la *Corporación Financiera Internacional*; otras son de tipo regional, vinculadas a programas de integración económica como los europeos o los latinoamericanos, del tipo del *Banco Interamericano de Desarrollo*; y otras de distintos alcances, más bien especializadas en determinadas operaciones o productos.

Naturalmente, tales instituciones mantienen relaciones políticas diversas con organismos internacionales del tipo de la ONU o de la OEA con sus respectivas ramificaciones, así como relaciones económicas con los grupos bancarios, las bolsas de valores y en general los mercados de capitales de los países dominantes, o dicho más precisamente, con el capital monopolista privado bancario e industrial y, en el caso de ciertas operaciones, con el estatal. La cerrada trama de esta vasta y compleja red financiera y comercial ha llegado a ser un instrumento formidable del capital monopolista internacional, apoyado por sus respectivos

estados, para impulsar el desarrollo de los países atrasados y dependientes con la orientación que más les interesa, para vencer resistencias nacionalistas —populares y burguesas—, conciliar posiciones o suavizar algunas contradicciones. Buena parte de los enormes movimientos de inversión internacional indirecta que antes vimos, se efectúa por intermedio de estas instituciones paraestatales, las que, por supuesto, como indicó Ceceña, también apoyan y aun promueven las inversiones directas de los consorcios privados.

En ese marco se ha configurado con nitidez la estrategia del capital monopolista internacional que consiste en *asociarse* con empresarios privados y/o con el estado de cada país dependiente que lo admite, dispuesto incluso, por lo menos inicialmente, a aceptar que los capitales nacionales tengan mayoría legal en las empresas de que se trate, seguro como está de que esto no es óbice alguno para ejercer su efectiva dominación financiera, tecnológica y comercial, a la vez que así mejoran su posición frente a los gobiernos, las burguesías y aun los trabajadores de las naciones donde se establecen. La *joint venture* o «empresa mixta» ha llegado a ser el ideal de muchos consorcios trasnacionales que invierten en nuestros países subdesarrollados. Y como lo demuestran los ejemplos latinoamericanos de Brasil, Argentina, Venezuela o México —o el Pacto Andino—, esta estrategia ha llegado a ser aceptada por las propias burguesías internas, las cuales llegan incluso a convertirla en pilar importante de una política «nacionalista» que expresa sin duda contradicciones, como decía José Luis Ceceña, pero de carácter secundario y que está lejos de enfrentarse al imperialismo.

F) *Envíos de capital desde los países subdesarrollados.*

Puede decirse que en ningún momento de la etapa imperialista ha cesado la afluencia de capitales de los países atrasados y dependientes receptores de la inversión trasnacional hacia las metrópolis donde residen los inversionistas, tanto en la forma de ganancias de las empresas monopolistas extranjeras en la minería, el petróleo, la industria y otras actividades internas remitidas a sus casas matrices, aparte de lucros adicionales por el intercambio desigual en el comercio exterior, intereses de la deuda exterior, pagos por tecnología y otros conceptos, como en la forma de «fugas» de capitales internos, que conjuntamente constituyen una incontenible, permanente y cada vez mayor sangría.

Los datos más conocidos de los rendimientos de la inversión extranjera directa muestran que en los últimos lustros los dividendos, intereses y regalías enviados a las metrópolis desde el «Tercer Mundo», superan con creces a las nuevas inversiones. Por ejemplo, entre 1950 y 1965 la nueva inversión monopolista norteamericana en Latinoamérica de 3 800 millones de dólares, dio lugar a la remesa de ganancias a sus matrices de 11 300 millones —casi el triple—, además de efectuar reinversiones que afianzan su dominio en distintas ramas de la economía por 2 000 millones más.¹³ Entre 1960 y 1971 los envíos de ganancias monopolistas a los Estados Unidos desde los países de Africa, Asia y América Latina sumaron 30 800 millones de dólares, 3.2 veces el monto de las nuevas inversiones reportadas por el Departamento de Comercio de aquel país, de algo más de 9 600 millones; en América Latina las salidas de capital por este concepto as-

¹³ F. Carmona, "América Latina y el «Tercer Mundo»", *Problemas del Desarrollo*, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, año I, núm. 1, octubre-diciembre de 1969, pp. 42 y ss.

cendieron a 12 375 millones de dólares y los ingresos a 3 907 millones.¹⁴

Vistas en sí mismas las cifras anteriores no parecerían demasiado grandes, en comparación con el producto interno bruto de los países subdesarrollados y aun con el monto de su inversión bruta anual [El promedio de inversión estadounidense en toda la América Latina de 326 millones de dólares en 1960-1971, por ejemplo, es menor que la nueva inversión extranjera recibida en México en 1974 y 1975, y ésta a su vez representa una fracción del orden del 2 ó 3% del total de la inversión territorial bruta.]

Sin embargo, deben tenerse en cuenta las siguientes cuestiones: 1) dichas cifras distan de medir la exacción total que sufren los países atrasados y dependientes: aparte de subvaluaciones y otros defectos, no incluyen las remesas efectuadas por los monopolios europeos y japoneses; 2) tampoco incluyen ganancias adicionales, como ya dije, en el intercambio comercial subordinado y desigual, pagos de empresas nacionales por tecnología, fletes, seguros, etcétera; 3) ni las pérdidas por concepto de «fugas» de capital que comprenden no sólo depósitos en bancos del «Primer Mundo» y compra de títulos y valores de renta fija y variable de distintos plazos, sino incluso inversiones en bienes inmuebles, adquisición de empresas establecidas o creación de nuevas y otras operaciones realizadas por las burguesías dominadas de la periferia en los países del

¹⁴ Alma Chapoy Bonifaz, *op. cit.*, p. 66. Con los datos del *Survey of Current Business* puede calcularse que el promedio anual de la nueva inversión monopolista norteamericana en Latinoamérica subió de 237 millones de dólares en 1950-65 a 326 millones de 1960-71 (en 37%), y las ganancias repatriadas de 706 a 1 031 millones (46%).

centro imperialista,¹⁵ y 4) sobre todo, debe considerarse que el grueso de estos beneficios se concentra en manos de unos cuantos centenares de gigantescas compañías monopolistas, en su mayoría norteamericanas.

Al cerrar esta parte de mi exposición quiero insistir en que en futuras sesiones del seminario será necesario analizarlo desde una perspectiva histórica global, totalizadora, las tendencias contemporáneas del capitalismo mundial, como las mencionadas de manera rápida y esquemática tanto por Ceceña como por otros participantes y el que habla.

Debo también insistir en que sólo he tratado de complementar la presentación del primer ponente con el objeto de que podamos contar con un marco de referencia más completo para nuestra discusión de hoy. Y enfatizar que los hechos planteados por el maestro Ceceña, también esquemáticamente, aun siendo algunos de ellos discutibles —como resultan casi siempre los elementos de todo esquema—, nos permitirán ubicar con objetividad y más correctamente los fundamentos de la política de inversiones extranjeras puesta en vigor por el Estado mexicano, y los cambios que se han producido recientemente en la misma.

Proceder de otra manera aumentaría a mi juicio el peligro de que cayéramos en el «excepcionalismo mexica-

¹⁵ Desde que se realizó la sesión del seminario en 1973 a la fecha, ha ganado notoriedad un hecho sumamente ilustrativo de lo que aquí se afirma: en 1974, de 65 000 millones de dólares obtenidos a virtud de los incrementos extraordinarios del precio del petróleo por los países árabes miembros de la OPEP, sólo 2 000 millones se orientaron al «tercer mundo»; el resto, casi 97% de aquel total, se dirigió de un modo u otro a países como Alemania Federal, Gran Bretaña, Francia, los Estados Unidos y otros del «primer mundo» que se disputan entre sí los «petrodólares», o bien a organismos internacionales controlados por ellos como el BIRF y el FMI.

no», tan común en mucha de nuestra literatura económica y política, al examinar un problema que desde su origen es al mismo tiempo nacional e internacional. Y en un mundo tan internacionalizado e interdependiente como el capitalista contemporáneo, tal excepción podría más bien llevarnos a un verdadero «parroquialismo».

2) *La inversión extranjera y la dependencia estructural de México*

El proceso de monopolización de la economía no se circunscribe a los países desarrollados. El imperialismo es un sistema *global* que comprende *tanto* un centro desarrollado hegemónico integrado por unos cuantos países *cuanto* una enorme periferia subdesarrollada, semicolonial, neocolonial o todavía colonial, subordinada a dicho centro. El proceso de concentración y centralización del capital se presenta simultáneamente en los distintos países, de acuerdo con las vías y peculiaridades que sus respectivos marcos históricos determinan o condicionan, pero con inevitables influencias recíprocas, si bien desde la perspectiva del sistema en su conjunto el proceso de acumulación en el centro hegemónico es el determinante o condicionante principal, el que cumple el papel más dinámico y la parte más activa, y el de la periferia subdesarrollada es un proceso que carece de verdadera autonomía, condicionado o aun determinado desde fuera, tiene límites estructurales más estrechos y en algunos países o ramas de la economía «nacional», o en ciertas etapas, aparece como un proceso reflejo, pasivo.

Por esa causa la inversión extranjera de las metrópolis juega un papel pivotal en el proceso mundial de acumulación capitalista y en consecuencia, en la determinación

del fenómeno de la dependencia como categoría indispensable para explicar la génesis y el desarrollo del subdesarrollo. En la etapa monopolista del capitalismo la dependencia tiene un carácter estructural que no se limita sólo a lo económico sino que se extiende a los demás aspectos de la vida social. Como lo ha resumido Alonso Aguilar Monteverde:

En el caso de Latinoamérica podría hablarse más bien de una dependencia o subordinación *estructural*, es decir, de una dependencia que es económica, tecnológica, cultural, política y aun militar a la vez, que influye grandemente en la fisonomía de toda la estructura socioeconómica y que, en particular, condiciona muchos de los rasgos principales del sistema y del proceso de desarrollo ...las formas que asume se interinfluyen recíprocamente y vuelven más difícil romper el sistema de subordinación.¹⁶

¹⁶ *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, 1967, pp. 103-104. Cursivas del autor. Es conveniente recordar lo que escribimos hace doce años: "...especialmente en nuestros días, ni el concepto «independencia» ni el término «dependiente» tiene una significación absoluta, sino sólo *dominante o fundamental*. Por ejemplo, en los últimos lustros la independencia de algunas viejas naciones imperialistas se ha visto *comprometida* a consecuencia de inversiones, ocupaciones e instalación de bases militares, así como las *inversiones monopolistas del país o los países más fuertes*. Al contrario, en todos los países subordinados, con frecuencia cada vez mayor hay *manifestaciones independientes, por tenues que sean*, apoyadas en corrientes nacionalistas, en las contradicciones anteriores y en las internas entre los trabajadores y la clase imperialista de cada país desarrollado, en las que emanan de la relación entre los países imperialistas y los socialistas, y en la propia y cada vez más profunda contradicción entre los países sometidos y las potencias imperialistas. Y en todos los países dependientes, hasta en aquellos que son aún colonias, crecen por necesidad los movimientos internos por su independencia, como vemos en nuestros días, alentados por todo ese juego internacio-

Habría que considerar, continúo, que siendo la dependencia un fenómeno estructural, orgánico, congénito podría decirse, de las economías subdesarrolladas precisamente, el factor o en todo caso, uno de los factores que por su papel dinámico y profundas consecuencias en la *determinación* de tal fenómeno tendría que singularizarse, es precisamente la inversión extranjera directa e indirecta, realizada en nuestros días principalmente por los grandes monopolios internacionales, «transnacionales» como les llama la moda reciente, o «multinacionales» como les suelen llamar también.

Desde un ángulo escuetamente económico la dependencia tiene facetas financieras, comerciales y tecnológicas interrelacionadas y que mutuamente se condicionan y apoyan entre sí. Pero no es difícil advertir que de esos tres aspectos interrelacionados, el que juega el papel *decisivo y dinámico* por sus inmediatas vinculaciones con el proceso interno de acumulación del capital de las economías subdesarrolladas es el financiero, esto es —como decíamos—, el de la inversión monopolista extranjera directa e indirecta:

- El comercio exterior de nuestros países subdesarrollados no se realiza al margen del capital monopolista internacional que imprime la dirección fundamental de la oferta y la demanda internacionales y es el dominante en la exportación y la importación de nuestros países dependientes, aun sin que, como sucede a menudo, lo lleven al cabo directamente las empresas transnacionales incrustadas en tales países

nal y nacional de contradicciones, y a menudo por los propios países recién emancipados". F. Carmona, *El drama de América Latina. El caso de México*, op. cit., pp. 41-42. Se añadieron cursivas.

y que en consecuencia forman parte de la inversión extranjera radicada en ellos; ni se efectúa al margen de transacciones financieras relacionadas con la producción y la circulación internas.

- La tecnología no es ajena a los grandes consorcios monopolistas que la controlan desde las metrópolis, tiene un carácter de variable dependiente en el proceso de acumulación y sólo se adopta y difunde *efectivamente* en la medida en que las inversiones de capital nacional y trasnacional la incorporan al proceso económico. Con independencia de su calidad y modernidad o de su mayor o menor adecuación para las condiciones nacionales, en nuestros países la tecnología extranjera da lugar a crecientes pagos por «asistencia técnica», suele ampliar la subordinación financiera y comercial aun cuando sean empresas de capital nacional, privadas e incluso estatales las que la empleen, y en ocasiones, obliga a ceder a los monopolios internacionales parte del capital.
- No está de más insistir que hay una indisoluble y estrecha relación entre la inversión extranjera llamada directa y la indirecta, y que en nuestros días una y otra formas emanan del capital monopolista metropolitano y constituyen un poderoso instrumento para extender su dominio en los países subdesarrollados.

Tenía en mente hechos como los anteriores cuando afirmé lo que transcribo a continuación:

La subordinación de nuestra América es comercial, financiera, política, técnica y, en muchos aspectos, cultural. Y puede afirmarse que las inversiones extranje-

ras... son el *principal medio económico creador de la dependencia en casi todas sus formas*. Nuestros países continúan exportando unas cuantas materias primas y alimentos sin elaborar o apenas semielaborados... con escasas posibilidades... en los actuales mercados y sujetos a variaciones imprevisibles y fuera de su control de la demanda y los precios, impuestos desde el extranjero en lo fundamental por un *puñado de grandes monopolios*... El desequilibrio en el desarrollo originado en el exterior es así *inevitable*, agravado todavía más por los anárquicos movimientos de entradas de capitales extranjeros y salidas de dividendos y regalías remitidos a sus matrices por las empresas monopolistas, lo mismo que los servicios de amortización del capital e intereses de préstamos y otros renglones de egresos en divisas.¹⁷

Sabemos también, y en este seminario ha habido buenas ocasiones de precisar aspectos importantes del proceso histórico de los países latinoamericanos y de México, que la monopolización creciente de las economías capitalistas a que aludió Ceceña ha significado, entre otras cosas, que en esta etapa histórica del imperialismo, cuando el mercado y las bases económicas y políticas todas del sistema capitalista llegaron a ser verdaderamente *universales* (y a la vez el sistema empezó a dejar de ser único en el planeta), surge un hecho característico más: el crecimiento de las fuerzas productivas es considerable, en escala mundial mayor que en las etapas anteriores, aunque crecientemente parasitario, pues da lugar a una expansión más que proporcional de toda clase de actividades impro-

¹⁷ F. Carmona, *El drama de América Latina...*, pp. 72-73. Se añadieron cursivas.

ductivas. Como lo señalara quien sistematizó y dio dimensión histórica a la teoría general del imperialismo:

Los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación en vez de la tendencia a la libertad —escribió Lenin—, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de naciones riquísimas o muy fuertes: todo esto ha originado los rasgos distintivos del imperialismo que obligan a caracterizarlo como *capitalismo parasitario o en estado de descomposición*... [pero] sería un error creer que esta tendencia a la descomposición descarta el rápido crecimiento del capitalismo. No; ciertas ramas industriales, ciertos sectores de la burguesía, ciertos países, manifiestan, en la época del imperialismo, con mayor o menor fuerza, ya una, ya otra de estas tendencias. En su conjunto, el capitalismo crece *con una rapidez incomparablemente mayor que antes*... [aunque] este crecimiento... es cada vez más desigual.¹⁸

Está ampliamente demostrado que sobre la base de la universalización del mercado y la ampliación de la producción y del capital *industriales* los monopolios aceleran la evolución mundial hacia el capitalismo, tanto por la expansión del comercio, los transportes y comunicaciones, los movimientos migratorios internacionales y la más amplia y profunda imposición del vasallaje colonial, semi-colonial o neocolonial sobre numerosos países, como —y con importancia decisiva en no pocos casos— por la in-

¹⁸ *El imperialismo, fase superior del capitalismo. (Esbozo popular)*, en V. I. Lenin, *Obras escogidas en dos tomos*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948, tomo I, pp. 1 064-1 065. Cursivas mías.

versión directa e indirecta del capital monopolista metropolitano en los países periféricos. En esta etapa histórica, después de que se ha constituido plenamente el *mercado mundial* y se ha configurado una amplia división internacional del trabajo, es cuando se integran al capitalismo numerosos países del llamado «Tercer Mundo», entre ellos muchos de América Latina. A los países recién incorporados tocó desde el origen la peor parte en la nueva división internacional del trabajo.¹⁹

Por supuesto, el cambio histórico a que me refiero no es en el sentido de que en el pasado los países subdesarrollados estuvieran al margen de la evolución de un sistema que llega a ser mundial, en cuyo desarrollo, concentrado en unas cuantas naciones dominantes, cumplieron un involuntario pero decisivo papel, sino por cuanto a que en la era del imperialismo *internamente* en cada país integrado a dicho sistema el modo de producción capitalista se convirtió —o tendió a convertirse rápidamente— en el dominante o fundamental, si bien dentro de los cauces determinados por el subdesarrollo y la dependencia estructural. De estas circunstancias se deriva, como ha escrito Alonso Aguilar, lo siguiente:

Bajo el capitalismo del subdesarrollo el mercado inter-

¹⁹ Como explicó Marx hace más de un siglo: “Se implanta una nueva división internacional del trabajo ajustada a los centros principales de la industria maquinista, división del trabajo que convierte a una parte del planeta en campo preferente de producción agrícola para las necesidades de otra parte organizada preferentemente como campo de producción industrial...”. *El capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1946, tomo I, vol. I, p. 497. Citado por Alonso Aguilar Monteverde. “El capitalismo del subdesarrollo: un capitalismo sin capital y sin perspectivas”, *Problemas del Desarrollo*, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, Año II, núm. 8, julio-septiembre 1971, p. 71.

no siempre es, además de interno, un mercado internacional... Ello es así por una razón fundamental: porque careciendo los países económicamente atrasados de las industrias estratégicas que en cada etapa del desarrollo del sistema proveen los medios de producción más modernos, y necesitando, a su vez, esas industrias, de materias primas, alimentos, fuerzas de trabajo y mercado de destino para su cada vez mayor producción, el desarrollo económico capitalista sólo podrá darse en adelante... a través de un proceso en el que, al mismo tiempo que el naciente capitalismo en dichos países se abre al movimiento internacional de mercancías y capitales, *el también naciente capital monopolista penetra, como nunca antes, en su economía.* Es decir, mientras el mercado interno se *internacionaliza*, el capital internacional se interna o *internaliza* en el corazón de las economías atrasadas.²⁰

Precisamente al inicio de esta etapa, hace casi un siglo, el capitalismo se vuelve dominante en la formación socioeconómica mexicana. No sólo se conservan todavía fuertes supervivencias precapitalistas que en largos años de penosos cambios no llegaron a ser desterradas —como no lo serían completamente después—, sino que se afirman las condiciones semicolonias del país:

...la combinación de los factores externos e internos —dice Ceceña— dio como resultado que en las tres décadas del gobierno del general Porfirio Díaz se produjera una considerable *expansión de las inversiones monopolistas norteamericanas y europeas*. Con el concurso de estas grandes inversiones, la economía mexi-

²⁰ *Ibid.*, p. 59. Se añadieron y suprimieron cursivas.

cana registró un considerable desarrollo de carácter marcadamente *capitalista y de subordinación al exterior*, como correspondía a la esencia misma de dichas inversiones.²¹

Como vemos, no se puede intentar ninguna explicación valedera del proceso de desarrollo de México en ese periodo sin considerar el fenómeno de la dependencia estructural y más concretamente, el de la dependencia financiera. En consecuencia, el examen de la política de inversión extranjera del Estado mexicano tiene que ocupar un primer plano. Y aunque no podré entrar en detalles, estimo útil recordar brevemente algunos aspectos de esa política que permiten entender que a pesar del indudable crecimiento económico y los cambios estructurales sucedidos después del porfiriato, la estructura económica mexicana conserva una notoria continuidad en torno a esa dependencia estructural característica del capitalismo del subdesarrollo.

El porfirismo, ya en plena era imperialista, pues, es el periodo en que se consolida el capitalismo del subdesarrollo en México y cuando el crecimiento de las fuerzas productivas del país se acelera hasta el punto de que, según los datos oficiales disponibles, la tasa de crecimiento de producto interno bruto *por habitante* en los últimos 15 años de ese periodo —1895-1910— fue de 2.7% anual, o sea muy próxima a la que hemos conocido a partir de 1945, durante los últimos treinta años (aunque, desde luego, la tasa de incremento de la población durante el porfiriato era mucho menor que la actual).²² Y es indu-

²¹ José Luis Ceceña, *México en la órbita imperial*, Ediciones El Caballito, México, 1970, 1a. ed., p. 50. Cursivas mías.

²² Calculado con datos del Banco de México y El Colegio de México publicados en Leopoldo Solís, *La realidad económica me-*

dable que la penetración *directa* del capital monopolista, principalmente norteamericano, e indirecta, sobre todo francesa e inglesa, sin precedente en nuestra economía, y la consiguiente *internalización* del mercado mundial, fueron determinantes en ese resultado.

Si el crecimiento económico llegó a ser el más alto hasta entonces de la historia mexicana «independiente», también aumentaron la miseria popular y la enajenación de la economía nacional, convertida en apéndice semi-colonial de los centros imperialistas, principalmente de los Estados Unidos: en 1910-11 el 80% del capital conjunto de las principales empresas mineras, ferroviarias, eléctricas, agrícolas de exportación, industriales, bancarias y aun comerciales era extranjero y de aquella elevada proporción más de la mitad era capital monopolista estadounidense; la deuda pública exterior había decuplicado la de 1886, aunque en casi 90% fincada en países europeos, y la oligarquía «mexicana», ella misma en gran medida monopolista, estaba integralmente vinculada a los intereses extranjeros dominantes.²³ El comercio exterior de México también se multiplicó, pero si las exportaciones mexicanas a los Estados Unidos antes del porfiriato —en 1872— representaban sólo el 36.1% del total, para 1909 habían alcanzado el 75.7%, mientras que la participación de las importaciones mexicanas provenientes de ese país crecieron del 25.7 al 57.9% en los mismos años.²⁴

xicana: retrovisión y perspectivas, Siglo XXI Editores, México, 1970, 1a. ed., cuadros en pp. 90-93 y 104-105.

²³ José Luis Ceceña, *México en la órbita imperial*, pp. 62-84 y 98-99.

²⁴ Jorge Espinosa de los Reyes, *Relaciones económicas entre México y Estados Unidos. 1870-1910*, Nacional Financiera, México, 1951, pp. 52 y ss. Tomado de F. Carmona, *El drama de América Latina...*, p. 163.

[La penetración del capital imperialista cobró la dimensión que puede resumirse con los datos siguientes:

La inversión total del exterior, *incluyendo la deuda pública*, era aproximadamente de 3 400.8 millones de pesos que, al tipo de cambio de 2.012 pesos por dólar, nos da 1 690.3 millones de dólares de esa fecha, cifra realmente alta para esos años [equivalentes tal vez —agrego— a 7 000 millones o más de dólares actuales y ello cuando el país tenía menos de un tercio de la población de hoy], resultado lógico de la serie de prerrogativas que el gobierno de Díaz otorgó a los capitales extranjeros. Dicha inversión, que estaba fundamentalmente en manos de los EUA (38.0%), Gran Bretaña (27.9%) y Francia (26.7%), se orientaba en su gran mayoría a los ferrocarriles (33.2%), y a las actividades mineras y metalúrgicas (24.0%), correspondiendo a la deuda pública el 14.6% y a los servicios públicos, bienes raíces, bancos, industria, comercio y petróleo el 7.0, 5.7, 5.9, 3.9, 3.6 y 3.1 respectivamente.²⁵]

A la vista de los hechos anteriores, estimo que las siguientes palabras de José Yves Limantour, el indispensable jefe de las finanzas nacionales del porfirismo durante casi dos décadas, condensan adecuadamente las bases y los propósitos de la política mexicana de inversión extranjera durante ese largo periodo:

²⁵ V. M. Bernal Sahagún y otros, *El impacto de las empresas multinacionales en el empleo y los ingresos en México*, IIEC-ORT, inédito. Citado por Ana I. Mariño, *La consolidación del capitalismo del subdesarrollo*, Materiales del Seminario de Teoría del Desarrollo, núm. 3, IIEC, UNAM, México, 1976. (mimeo.). Cursivas mías.

En la conciencia de todo mexicano celoso de la independencia y prosperidad de su país —decía—, debe grabarse esta regla de conducta gubernamental: ensanchar lo más posible nuestras relaciones diplomáticas, como precursores de las *comerciales*... El comercio busca... los efectos que necesita en donde se le venden mejores y más baratos. Para este fin, es *necesario abrirle todas las puertas*... *Igual cosa debe hacerse con los capitales extranjeros*, sin los cuales, preciso es confesarlo, nunca saldremos de nuestra vida inerte y raquítica. Ofrecerles debemos el vastísimo campo que presentan nuestras inexploradas riquezas, y quiera Dios que no tarde mucho el día en que se lo disputen los capitales del exterior, ya sean *americanos, ingleses o franceses*. *No hay que preocuparse; los capitales extranjeros darán trabajo al regnicola y crearán capitales mexicanos.*²⁶

²⁶ Citado por Jesús Silva Herzog, *El pensamiento económico, social y político de México 1810-1964*, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, México, 1967, pp. 312-313. Tomado de F. Carmona, *Dependencia y cambios estructurales*, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, 1971, pp. 201-202. Cursivas nuestras. Aun Justo Sierra, tan ocupado en lo «espiritual», explicaba que para los empresarios estadounidenses México formaba «una región sola con el suroeste de los Estados Unidos», y que «esta ingente necesidad norteamericana podía satisfacerse, o declarando ingobernable e impacificable al país y penetrando en él en son de protección... , o pacífica y normalmente si se llegaba a adquirir la convicción de que existía en México un gobierno con quien tratar y contratar», con lo cual justificaba «la virtud política del gobierno del Presidente Díaz» que comprendió la situación para «dejarnos enganchar por la formidable locomotora *yankee* y partir rumbo al porvenir, ... bajo los auspicios, la vigilancia... y la acción del gobierno mexicano, para que así fuésemos unos asociados libres». *Evolución política del pueblo mexicano*, Fondo de Cultura Económica, México 1950, pp. 290-291.

Desde el ángulo de nuestro tema interesa todavía recordar otras cuestiones. Aun sin pretender, naturalmente, considerar cada aspecto importante de un problema estructural tan complejo tendríamos que mencionar siquiera los principales cambios en la política de inversión extranjera con el proceso que se inicia en la Revolución Mexicana de 1910-17. En el periodo de más de seis décadas que empieza en 1910 —o sea el de una «revolución» que todavía se pretende vigente— por supuesto se plantean distintos quiebres respecto de las tendencias arraigadas durante el porfiriato. La política no ha sido la misma, digamos, bajo el gobierno de Francisco I. Madero, que sucumbe víctima de la intervención del capital monopolista exterior y el gobierno yanqui coaligada con la oligarquía mexicana, o la del gobierno de Carranza que transcurre en plena guerra civil, que con los siguientes.

Incluso por una conjunción de factores externos e internos el monto de la inversión extranjera directa llegó a disminuir notablemente entre 1910 y 1940 y en particular entre 1929 y 1940, en más de 1 000 millones de dólares.²⁷ Entre ellos destacadamente las propias caídas cíclicas de la economía mundial capitalista [por ejemplo, bajo el impacto de la Gran Depresión, según datos oficiales entre 1929 y 1936 la inversión norteamericana directa en América Latina descendió de 3 462 millones de dólares a 2 803 millones —19%—; en México la baja fue de 480 millones: casi 30%]²⁸; pero también están los conflictos con el capital exterior, todos los procesos rei-

²⁷ Según distintas estimaciones la inversión extranjera directa alcanzaba de 1 000 a 1 800 millones de dólares, cuyo total descendió a algo más de 400 millones de dólares en 1940. Véase F. Carmona, *El drama de América Latina...*, op. cit., pp. 136 y ss. De 1935 a 1940, con el cardenismo, el total se redujo en 42%: Ceceña, *México en la órbita imperial*, op. cit., p. 124.

²⁸ Alma Chapoy Bonifaz, op. cit., pp. 28 y ss.

vidicatorios nacionalistas y aun antimperialistas en distintas etapas, y sobre todo el proceso de expropiación y nacionalizaciones que tuvo lugar en México durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, que durante casi dos decenios crearon un «clima desfavorable» para la inversión extranjera.

No es del caso reseñar las vicisitudes y los cambios estructurales que se producen durante la nueva etapa, especialmente a partir de 1917, cuando la Constitución promulgada en Querétaro recoge postulados con directas implicaciones para la política nacional de inversión extranjera, tanto porque en su artículo 27 aquélla proclamaba «el dominio directo de la Nación», «inalienable e imprescriptible», sobre las tierras y aguas, recursos minerales y «el petróleo y todos los carburos de hidrógeno sólidos, líquidos y gaseosos», explotados hasta entonces, como dijimos, fundamentalmente por el capital monopolista extranjero (que también poseía enormes superficies agrícolas y ganaderas), como por las disposiciones que «prohibían» el monopolio —artículo 28—, o imponían limitaciones a la contratación de personal extranjero y condiciones no discriminatorias en favor de los trabajadores mexicanos en empresas extranjeras —artículo 123—, etcétera.

El régimen constitucional de concesiones para explotar ciertos recursos naturales en favor de empresas y particulares mexicanos, y la obligación de los extranjeros que aspiren a las mismas a “considerarse *como nacionales* respecto a dichos bienes y en *no invocar*, por lo mismo, la *protección de sus gobiernos*, por lo que se refiere a aquéllos” (la llamada *doctrina Calvo*); las leyes reglamentarias de tales preceptos constitucionales; las afectaciones agrarias y la aplicación de las facultades expropiatorias; los daños causados a propiedades de extranjeros

durante la lucha revolucionaria armada, todo esto y más enmarca las presiones, amagos y conflictos provocados por el imperialismo norteamericano —y en menor medida europeo— que envuelven la política económica internacional de México durante muchos de esos años conflictivos.

Las maniobras y las denuncias, los enfrentamientos a veces agudos, la presión y las necesidades populares, nada impide a los gobiernos de Obregón y Calles hacer distintas concesiones al imperialismo norteamericano, que surge como centro potencia principal del imperialismo después de la Primera Guerra Mundial. Los límites del «nacionalismo revolucionario» eran en verdad estrechos. Ya desde 1922 se había suscrito el convenio De la Huerta-Lamont que obligó al reconocimiento de una enorme deuda pública exterior, heredada del porfiriato y que incluía la «nacionalización» ferroviaria de 1907, por 1 452 millones de *aquellos* pesos²⁹ (¿cuántos de ahora?, podemos preguntarnos; ¿cuarenta mil millones?, ¿cincuenta mil?). En 1923 los llamados *Tratados de Bucareli* que allanaron el camino al «reconocimiento» del gobierno de Obregón por el de Washington, dieron lugar a que se creara una Comisión de Reclamaciones para canalizar las motivadas por daños a propiedades de ciudadanos estadounidenses durante 1910-1920 (forzada por la presión del mismo gobierno que, por cierto, se había negado a atender las reclamaciones de ciudadanos europeos por los daños recibidos durante la Guerra de Secesión); y lo que es más importante, obligaban al gobierno mexicano a no dar efecto «retroactivo» al artículo 27 constitucional en materia de petróleo y a cubrir indemnizaciones inmediatas, en efectivo y no sobre la base de los valores

²⁹ Ceceña, *México en la órbita imperial*, p. 114.

catastrales, como estipulaba la ley, sino de los valores comerciales, en el caso de expropiaciones agrarias superiores a las 1 750 y tantas hectáreas pertenecientes a norteamericanos.

Durante los años veinte la tensión y los conflictos con los EUA fueron continuos. Menudeaban los ataques contra el gobierno de México, las denuncias sobre el carácter «confiscatorio» de la nueva Constitución y aun las campañas de prensa contra los «bolcheviques» mexicanos. Pero si los forcejeos de nuestros gobernantes también eran incesantes y no se llegó a acceder a pretensiones imperiales todavía más leoninas que las pactadas en 1922 y 1923, sabemos que nunca hubo tales «bolcheviques» en el poder, sino sólo una burguesía en proceso de reacomodo y concesiones ante sí y con el imperialismo, que escamoteaba las reformas radicales por las que las masas campesinas, pequeñoburguesas y obreras se habían lanzado a la lucha. Con lo concedido en Bucareli, escribió un jurista mexicano años después:

...los dos propósitos principales de nuestra Revolución —la justicia social en la distribución de la tierra y la recuperación por el Estado de sus centenarios derechos patrimoniales sobre los hidrocarburos del subsuelo— quedaron convertidos en simple burla por los tratados de 1923.³⁰

³⁰ Antonio Gómez Robledo, *The Bucareli Agreements and international law*, The National University of Mexico Press, México, 1940, p. 204. Añade el autor esta interesante observación: "Tan cierto es que «todos los caminos del panamericanismo conducen a la Doctrina Monroe», que los Tratados de Bucareli entrañan una singular aplicación de la misma, que subyace en lo más profundo y es lo más perdurable en el Mensaje al Congreso de 1823". (p. 185).

El gobierno de Calles habría de hacer nuevas concesiones en materia petrolera y agraria. Y en este propio decenio no sólo los monopolios petroleros internacionales extrajeron su producción *record* del subsuelo mexicano, e incluso México llegó a ser el segundo productor mundial —naturalmente en el nivel productivo de entonces, mucho menor que el actual—, al mismo tiempo que otras empresas extranjeras consolidaron sus posiciones en la minería y diversas actividades, sino que incluso es cuando se incrustan en el país empresas como la Ford Motor y la Coca Cola.

Puede decirse que las orientaciones fundamentales de la política de inversión extranjera no conocen cambios importantes en los años del «Maximato», y más bien responden a las condiciones impuestas por la Gran Depresión y la quiebra del patrón monetario internacional, que, no obstante, permiten algunos avances nacionalistas en cuanto a la mexicanización del sector financiero y el fortalecimiento del capitalismo de Estado. Es hasta el cardenismo que se introducen importantes cambios. La vigorosa acción agraria, la expropiación petrolera —con la consecuente nacionalización de esta industria, como antes de la empresa Ferrocarriles Nacionales —y la fundación de la Comisión Federal de Electricidad son medidas que sepultan en la práctica los acuerdos de Bucareli, a la vez que se impulsan las reivindicaciones obreras y se alienta el desarrollo industrial. Puede decirse que en 1935-40 se llega a la culminación de una etapa que abarca a toda una generación de mexicanos, y que en dicho periodo, en resumen:

...los ferrocarriles, los transportes eléctricos, el petróleo y, a la postre, la electricidad (cuando quedó nacionalizada en 1960, la CFE ya generaba el grueso

del fluido), vinieron a reforzar el sector estatal de la economía; y las tierras de no pocos latifundios, los bancos y otras instituciones financieras, algunas minas y diversas sociedades extranjeras pasaron a manos de mexicanos. En lo sucesivo, otras industrias y servicios «estratégicos» habrían de descansar en la iniciativa estatal y no en inversiones extranjeras, como es todavía el caso de muchos países del «Tercer Mundo» (fertilizantes químicos, acero, petroquímica básica, telégrafos y otros sistemas de telecomunicación nacionales e internacionales y muchos otros). También hubo importantes cambios en el comercio exterior. Y desde luego, *ningún* gobierno revolucionario, de Carranza a Cárdenas, volvió a comprometer al país con empréstitos extranjeros.³¹

Podemos afirmar, pues, que durante los años treinta *algunos* lazos de la vieja dependencia nacional, sobre todo la de tipo financiero, llegaron a *aflojarse*, en una coyuntura de intensas luchas de clases internas canalizadas por el Estado hacia una serie de importantes reformas estructurales (y también institucionales), y en un marco relativamente propicio para la acción nacionalista que proporcionaban las contradicciones internacionales agudizadas en una década continua de depresión económica en las principales metrópolis imperiales —iniciada en 1929—, el enfrentamiento al fascismo europeo y japonés de algunas de ellas, la creciente gravitación política del socialismo triunfante en la URSS y la intensificación de las luchas anticolonialistas y de liberación nacional en la vasta por-

³¹ F. Carmona, "La situación económica", en *El milagro mexicano* (con otros autores), Editorial Nuestro Tiempo, México, 3a. ed., p. 60.

ción del planeta que después habría de motejarse como «Tercer Mundo».

Sin embargo, ni siquiera los profundos cambios logrados por el cardenismo, casi únicos en el mundo colonial y semicolonial de la época, llegarían a suprimir el carácter estructuralmente dependiente de la economía mexicana, objetivo que sólo será posible con la revolución socialista. México continuó cumpliendo el papel que tenía asignado en la división internacional del trabajo desde hacía mucho tiempo —desde antes aún que el mercado mundial quedara constituido—, y que el sistema imperialista le había confirmado (el de exportador de materias primas y alimentos),³² al mismo tiempo que la minería, la electricidad y mucho de la industria y la agricultura continuaron bajo el directo control del capital monopolista internacional. No sólo el sentido y el carácter subordinado del comercio exterior, sino la *operación* misma de las principales exportaciones e importaciones, con todos sus engranajes de créditos, seguros, transportes, cotizaciones y volúmenes movilizadas al través de las fronteras, continuaron como el coto exclusivo de las empresas imperialistas; y pese a los esfuerzos hechos para impulsar la educación superior e incluso la investigación científica y técnica, la tecnología, cuya importancia habría de ser creciente con el mayor desarrollo económico a partir de entonces, también quedó como un poderoso instrumento metropolitano profundizador de la dependencia.

³² Como afirma Aguilar Monteverde: "...el capitalismo mundial, o sea el sistema capitalista, tampoco es posible *sin un mercado verdaderamente mundial*, el que a su vez es un hecho histórico que se produce no en el siglo xvii o el xviii, sino en la *segunda mitad, y particularmente, en el último cuarto del siglo XIX*". "El capitalismo del subdesarrollo: un capitalismo sin capital y sin perspectivas", *op. cit.*, pp. 66-67. Cursivas mías.

Es decir, pese a los cambios estructurales en más de medio siglo de azaroso y difícil desenvolvimiento capitalista recorrido hasta el cardenismo, la dependencia estructural de México, si bien desde luego asume formas cambiantes y el peso de cada uno de los distintos factores que la determinan también va alterándose, se mantuvo como uno de los hechos más característicos del capitalismo del subdesarrollo. Como afirma Alonso Aguilar en un trabajo al parecer harto ignorado todavía, incluso por algunos autores marxistas que recientemente se han ocupado del desarrollo histórico del capitalismo mexicano:

En el marco del *capitalismo del subdesarrollo* se registran continuamente cambios de diversa naturaleza e intensidad: cuando los desequilibrios son demasiado profundos y llegan a provocar graves crisis, el reajuste es a su vez tanto más inmediato e importante... Aun fenómenos de la magnitud de la Revolución Mexicana, que en muchos aspectos modificó la estructura socio-económica nacional, no llegaron, sin embargo, a librar al capitalismo del subdesarrollo de sus fallas más graves.

La Revolución Mexicana no hizo de nuestro país un caso excepcional... En el fondo, a nuestro juicio, lo que ocurre es que *la dependencia de que hemos hablado es cada vez más inflexible...*³³

3) *El capitalismo monopolista de Estado y la política mexicana de inversión extranjera*

A partir de los años cuarenta México prosiguió, en las

³³ *Dialéctica de la economía mexicana*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1968, 1a. ed., pp. 205-206. Cursivas del autor.

nuevas condiciones, con una amplitud mayor y ya sin graves conflictos con el imperialismo, el cauce de la subordinación estructural. La dependencia se volvió más sutil en algunos aspectos y a la vez más profunda. El sentido nacionalista —naturalmente no socialista, burgués, o si se prefiere, pequeñoburgués— que pudo advertirse en la política de inversión extranjera seguida con mayor o menor congruencia por los gobiernos de Venustiano Carranza a Lázaro Cárdenas (para no hablar del *antimperialismo* de esa política en determinados momentos, que con el gobierno de Cárdenas llegó a su cúspide), comenzó a debilitarse al tenor de los cambios en la estructura social, el rápido fortalecimiento de la burguesía interna —que imprime cada vez más su sello de clase al Estado mexicano, y que en el nuevo marco de la «guerra fría» y el incontestable predominio de los Estados Unidos en el mundo capitalista posterior a la Segunda Guerra (predominio que en los años setenta de la presente década se ejerce envuelto en crecientes contradicciones nacionales e internacionales)—, que se reacomoda e integra progresiva y aceleradamente al sistema del imperialismo.

En esta etapa, junto con la creciente participación del Estado en el proceso de acumulación y en la orientación del desarrollo económico nacional, y en el marco de una concentración y centralización crecientes del capital privado interno, tanto las inversiones extranjeras directas como, destacadamente, las indirectas, habrán de jugar el decisivo rol que hemos procurado destacar en la generación y reproducción de la dependencia estructural.

Lo anterior habría de condicionar y aun determinar, necesariamente, los caracteres o módulos básicos del desarrollo económico de México a partir de entonces, signados por hechos que aquí sólo me limitaré a mencionar tales como el crecimiento industrial sustitutivo de im-

portaciones —y ahora, cada vez más, también de exportaciones— que empieza a acelerarse durante la última guerra mundial y especialmente desde el gobierno alemanista, en que las empresas monopolistas norteamericanas y de otros países, y el capital privado y estatal interno asimismo monopolista —con entrelazamientos cada vez más visibles entre sí y con el capital exterior— toman la iniciativa; los déficit cada vez mayores de la balanza comercial; el fomento al turismo y otros renglones de la economía internacional del tipo de las remesas de braceros que no llegan, sin embargo, a impedir que a partir de los años sesenta la balanza en cuenta corriente también se torne progresivamente deficitaria, etcétera, circunstancias éstas que a su vez explican que un requisito indispensable de la política económica del Estado mexicano durante las últimas tres décadas, que no tiende a eliminar sino que, por el contrario, refuerza los fundamentos del capitalismo del subdesarrollo, sea la entrada ascendente al país del capital monopolista internacional.

He dicho que hay una estrecha interrelación entre las inversiones extranjeras directas e indirectas, y entre ambas y los patrones del comercio de exportación e importación, así como de la tecnología incorporada en el proceso productivo. Podemos advertir en seguida que la inversión extranjera *total* no sólo genera dependencia sino que necesariamente incide sobre las relaciones sociales de producción internas y externas —esto es, sobre la base económica— al través del estratégico proceso de acumulación de capital, la ocupación, la distribución del ingreso, la formación del mercado, etcétera, y así, en la reproducción de la dependencia económica. También he recordado ya que existe una conexión inextricable y dialéctica, es decir, contradictoria y cambiante, entre aquellos factores, determinantes de la subordinación económi-

ca, y los fenómenos superestructurales, de manera tal que en el marco histórico del capitalismo del subdesarrollo (y cabe señalar que, como se puede observar más y más claramente en los últimos decenios, acontece algo semejante en no pocos países capitalistas desarrollados), distintos hechos sociales, políticos, jurídicos y culturales complementan y refuerzan la subordinación económica y confieren a la dependencia el carácter estructural de que hablamos.

Desde luego, la interrelación de la base y la superestructura de la sociedad no es mecánica y simple sino dialéctica y compleja, en un proceso de interacciones mutuas y sujetas a realidades históricas concretas, aunque, sobre todo en el largo plazo, como lo sabemos, está fuera de duda el papel determinante que corresponde a lo económico, a lo estructural sobre lo superestructural. El análisis de la política económica se ubicará mejor en este amplio contexto, tanto más cuando ahora tratamos de examinar los aspectos más importantes de la política mexicana de inversiones extranjeras precisamente desde una perspectiva histórica amplia, en la cual no puede omitirse el hecho —si bien no entraré en su estudio—, de que en el capitalismo del subdesarrollo la *estructura de clases* y por lo tanto el *Estado* también revelan el carácter estructuralmente dependiente de la economía y la sociedad en su conjunto.

Más aún, puede afirmarse que la actual estructura de clases mexicana no es sólo la resultante histórica del proceso de acumulación de capital y de desarrollo socioeconómico, la reproducción del subdesarrollo y la afirmación y profundización de la dependencia, sino que, como en todo país con una estructura esencialmente análoga, en verdad aporta los *cimientos* en que se apoya la *estructura social toda, asimismo expresiva de la subordi-*

nación estructural: tanto en la base como en la superestructura. Escuetamente puede afirmarse que si la dependencia dista de ser, como suele considerarse desde posiciones burguesas y pequeñoburguesas, un mero aunque poderoso hecho «externo» que interfiere o aun impide el desarrollo «interno» que de otro modo sería, posiblemente, más rápido y equilibrado, y por el contrario, constituye una característica sobresaliente e intrínseca y esencial de la sociedad subdesarrollada en su totalidad, es justamente porque la *burguesía* (y la *oligarquía* constituida en su seno), aunque no sin los quiebres y contradicciones y reacomodos que conocemos vinculados a la Revolución Mexicana, no ha dejado de ser una clase subordinada al capital monopolista internacional, sobre todo norteamericano, es decir, una clase *dominante-dominada*, como *genéricamente* lo dejara demostrado Aguilar Monteverde en su ponencia presentada a la Tercera Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina, efectuada en 1965 en la UNAM.³⁴

Como me he esforzado por demostrarlo en otras oportunidades, la burguesía mexicana dominante-dominada imprime desde hace décadas su carácter al Estado, al proceso de acumulación y al desarrollo económico todo, a la política económica, a la ideología dominante —también la suya—, a la vida cultural y social toda del país.³⁵

³⁴ *Obstáculos al desarrollo de América Latina*, 1965. Cf. también *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, op. cit., de donde tomo lo que sigue: a diferencia de algunos países de Europa o los EUA, en América Latina "... en vez de mayor independencia, rápidos procesos de integración nacional, un acelerado desarrollo de la industria y la aparición de una nueva y emprendedora burguesía", lo que hemos conocido es una mayor "dependencia, la profunda desigualdad en el desarrollo nacional, la desintegración regional, el estancamiento de la industria y la presencia de una clase dominante-dominada", (p. 101).

³⁵ Apoyo la afirmación anterior en lo que dejé señalado, entre

Considero en consecuencia que cualquier aspecto de la política económica tiene que partir de una concepción científicamente válida del carácter del Estado que la ejecuta, y más concretamente, de su composición social. Y en México la política de inversión extranjera deja ver claramente que, en resumen, el Estado mexicano es el órgano, cada vez más complejo, del poder burgués; que la burguesía es una burguesía dependiente; que si bien los procesos económicos y sociales —como también lo recordara Ceceña— no son lineales, rígidos o armónicos sino todo lo contrario, contradictorios y cambiantes, y aunque el Estado dista de ser monolítico y férreamente homogéneo, sin gradaciones ni diferencias —como no lo es la propia clase dominante-dominada y como no lo son las otras clases sociales—, sí revela que la dependencia está inevitablemente presente en el proceso mismo de la formación de las clases sociales, por lo tanto del Estado y, en consecuencia, de la dirección, alcances, orientación y ritmo de la política económica.

A partir del gobierno de Manuel Avila Camacho, en el

otros estudios, en "La política económica", en *México: riqueza y miseria*, 1967; "Desarrollo y reforma educativa", en *La educación. Historia, obstáculos, perspectivas*, 1967; "Genealogía y actualidad de la represión", en *Tres culturas en agonía*, 1969; "El capitalismo del subdesarrollo y la «apertura educativa»", en *Reforma educativa y «apertura democrática»*, 1972, publicados por la Editorial Nuestro Tiempo. Estimo que diversos ensayos de Jorge Carrión contienen valiosos aportes al estudio de la decisiva influencia de la burguesía en el proceso ideológico y político mexicano contemporáneo considerado en su contexto estructural, entre ellos los contenidos en los libros ya citados *La educación. Historia, obstáculos, perspectivas*, *Tres culturas en agonía* y *El milagro mexicano* (1970), en *La corrupción* (1969) y *La burguesía, la oligarquía y el Estado* (1972), así como el intitulado "México: subdesarrollo, ideología, clases sociales y poder político. Algunas reflexiones" (*Problemas del Desarrollo*, IEC-UNAM, año IV, núm. 15, 1973, pp. 53-80).

marco internacional de la Segunda Guerra, junto con la consolidación y ampliación de la hegemonía burguesa, reforzada por el crecimiento del mercado interno, la economía y las inversiones públicas y privadas, el control del movimiento obrero y campesino al son de la política de «unidad nacional», y la mayor participación estatal en la franca etapa *capitalista de Estado* iniciada décadas antes y que las reformas estructurales e institucionales cardenistas permiten consolidar, se hace patente el propósito de la nueva política económica de descansar en la «iniciativa privada» interna y apoyarse en el capital internacional invertido directa e indirectamente en el país. Como sabemos —y como veremos en seguida—, la inversión monopolista exterior ha crecido desde entonces ininterrumpidamente en sus dos variantes; esta es la mejor comprobación de lo que decimos.

Veamos rápidamente algunas declaraciones de los más conspicuos responsables de la política económica nacional a partir del 10. de diciembre de 1940, sobre el papel de la *deuda externa*. Al concluir su gestión, Eduardo Suárez, quien encabezara la Secretaría de Hacienda durante más de 11 años, en los gobiernos de Cárdenas y Avila Camacho, explicaba lo siguiente:

Desde su iniciación el actual Gobierno se propuso *fortalecer el crédito público*, por considerar que este empeño habría de traer al país los beneficios que significan las facilidades de un crédito abundante y barato que contribuye eficazmente a su desarrollo económico. El total beneficio de esta política no puede esperarse en corto tiempo; se requieren *varios lustros* de constante e invariable cumplimiento de las obligaciones por parte del Estado, para *ganar la confianza de los inversores*. Dicha confianza ya ha sido conquistada en

gran parte en el mercado interior; en cuanto a los *acreedores extranjeros*, fue necesario celebrar arreglos con ellos para llegar a un acuerdo respecto a la forma de *liquidar las deudas exteriores*, de conformidad con la capacidad de pago del país.³⁶

Habían transcurrido ya más de cuatro lustros y «la confianza de los inversores» nacionales y extranjeros de que hablaba Suárez estaba indudablemente consolidada por el Estado burgués mexicano. Ramón Beteta, jefe de las finanzas nacionales del régimen alemanista enjuiciaba en los siguientes reveladores términos la política económica del gobierno de López Mateos, ya en plena etapa de lo que después se bautizaría como «desarrollo estabilizador»:

Afortunadamente el propósito del ministro de Hacienda del régimen actual, del régimen del presidente López Mateos... ha tenido como ideal el de *mantener la estabilidad monetaria*, y ha manejado la economía de acuerdo con ella, con mucho éxito. Claro está que dicen las personas que no le quieren conceder el mérito, *que yo sí le concedo*, que el éxito se ha debido principalmente a los *créditos extranjeros*, los que sí han sido excepcionalmente importantes, los más grandes en la historia de México. Piense usted que durante los seis años del régimen del licenciado Alemán... la dife-

³⁶ Eduardo Suárez, "Política financiera", en *Seis años de actividad nacional*, Secretaría de Gobernación, México, 1946, p. 349. *Cursivas mías. Tales arreglos, iniciados en realidad desde 1937, son los que cristalizan en los convenios con los representantes bancarios de los acreedores de México suscritos en 1942 y 1946, que disminuyeron notablemente la deuda titulada y no titulada, así como la deuda ferroviaria, respecto a los tratados de 1922 y 1923.

rencia entre lo que pagamos y lo que recibimos fueron noventa y siete millones. Según el ministro de Hacienda actual... la Secretaría de Hacienda habría recibido mil quinientos millones en lo que lleva el régimen actual; esto además no toma en cuenta otros préstamos que han recibido directamente de (*sic*) Petróleos o Ferrocarriles o de (*sic*) otras instituciones. Es decir, realmente hay una enorme diferencia.

Yo *me alegro muchísimo de esto*, y creo que *está bien para el país* porque... son créditos que se han tomado para fines productivos...³⁷

Por su parte, precisamente el arquitecto principal del «desarrollo estabilizador», Antonio Ortiz Mena, asimismo secretario de Hacienda durante más de 11 años comprendidos en los gobiernos de Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz, declaraba hacia el fin de su gestión que durante ese periodo:

...la estrategia consistió en actuar sobre los factores económicos que determinan el ahorro y acoplar las medidas de política económica para apresurar el proceso y reubicar el ahorro de donde se genera a donde se utiliza... Para elevar *al máximo la nueva inversión* se decidió *aprovechar* también la *capacidad de endeudamiento externo*, el cual, agregaba, aportaría fondos para el financiamiento parcial de obras necesarias en riego, carreteras, energía eléctrica, ferrocarriles, industrias, etcétera, y *además*, ampliaría la oferta de divisas para *apoyar* la paridad del tipo de cambio.³⁸

³⁷ "Ramón Beteta, político y hacendista", James W. Wilkie y Edna Monzón de Wilkie, *México visto en el siglo XX. Entrevistas de historia oral*, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, México, 1969, p. 50. Cursivas mías.

³⁸ Antonio Ortiz Mena, *Desarrollo estabilizador, una década*

Parecería que poco después se hubieran modificado los criterios básicos de la política de endeudamiento externo que prevalecieron durante tres décadas. Hugo Margáin, el primer secretario de Hacienda de la administración de Luis Echeverría, quien sustituyó a Ortiz Mena en esa posición meses antes de iniciarse el actual gobierno, había declarado desde diciembre de 1970:

*...No podemos aceptar que aumente el ritmo de endeudamiento con el exterior. Debemos esforzarnos por aumentar las exportaciones para nivelar la balanza comercial. No podemos seguir subsidiando a determinados renglones de actividad a costa de endeudar al país... Evitemos que un espejismo de prosperidad, nos conduzca a una creciente dependencia del país respecto al extranjero.*³⁹

Lo cierto es que nada de esto se ha cumplido: el ritmo del endeudamiento externo sigue aumentando; las exportaciones han subido, pero mucho más rápido ha sido el ascenso de las importaciones y de los déficit de la balanza comercial y en cuenta corriente, y continúan los subsidios a la burguesía y sobre todo al sector monopolista —en primer término a la oligarquía—, a costa de una mayor dependencia económica del país, aunque es indudable que con las «adecuaciones» fiscales y crediticias, de los precios de

de estrategia económica en México. Presentado en la reunión anual del BIRF-FMI de septiembre de 1969. "Testimonios y Documentos, Suplemento núm. 30", *El Día*, México, 3 de agosto de 1970, p. 6. Las cursivas son mías.

³⁹ Del texto de la entrevista a la prensa, la radio y la televisión nacionales. *Tiempo*, México, vol. LVIII, núm. 2 425, 28 de diciembre de 1970, pp. 31-32. Tomado de F. Carmona, "18 meses de política económica de Echeverría", en *México: riqueza y miseria*, 1972, 5a. ed., p. 260. Cursivas mías.

garantía y algunas tarifas, y con la crisis económica, financiera y monetaria del mundo capitalista, en los últimos años se han exacerbado algunas contradicciones secundarias de ciertos sectores no monopolistas y de pequeños y medianos empresarios con la política estatal, así como de capas diversas de la burguesía mexicana con el capital monopolista internacional y con la política de los Estados Unidos.

[El siguiente secretario de Hacienda, José López Portillo, pocos meses antes de ser designado candidato presidencial del PRI, tras de considerar que el propósito anterior del régimen proclamado por Margáin, su antecesor, es una "línea de política... válida, deseable en condiciones de *normalidad*" y de explicar las razones por las que se ha perdido dicha normalidad en el escenario económico «mundial» —es decir, capitalista—, justificaría la decisión de incrementar a un ritmo elevado la deuda exterior, especialmente a partir de 1973, con argumentos como éstos:

Lo que teníamos que manejar eran *realidades*, y ¿cuáles comenzaron a ser las alternativas, refiriéndonos al uso de nuestro crédito exterior? ¿No emplear el crédito externo en la *coyuntura inflacionaria*..., o usar con inteligencia, dentro de la capacidad de pago, la disponibilidad de crédito para un país que lo tiene —porque lo *ha cuidado y lo ha cultivado*, como México— y *endeudarnos*... para resolver los problemas de nuestra producción... y los de nuestra alimentación? ...¿No usar el crédito [y] no darle de comer al pueblo, *porque el cielo había sido ingrato* y las cosechas en 1972, en 1973 y hasta 1974 fueron insuficientes?

El ideal "estabilizador" quedó sepultado en el olvido,

pero la tendencia iniciada en 1941 se afirmó como nunca antes:

...La alternativa era *inflación con desarrollo* o inflación con recesión, desempleo y hambre... pero, concluía López Portillo: El uso de nuestro crédito no ha impedido que México mantenga su línea internacional de política, respecto a la autodeterminación de los pueblos...⁴⁰

Por cuanto a la inversión extranjera directa también se conoce un rápido ascenso a partir del gobierno de Avila Camacho, el cual desde la Conferencia de Chapultepec del sistema *panamericano* en 1945 había hecho importantes concesiones políticas, militares y económicas que no estuvieron presentes en la política cardenista y que los gobiernos posteriores habrían de llevar adelante en las conferencias de La Habana en 1947 —éstas de la ONU— y en las interamericanas de Río de Janeiro (1947), donde se suscribió el pacto militar interamericano que se conoce con el nombre de la entonces capital carioca; de Bogotá (1948), cuando se fundó la tristemente célebre OEA ahora en crisis; la de Punta del Este en que se proclamó la «Alianza para el Progreso» (1961); la de Buenos Aires, llamada de los Presidentes de América (1967), etcétera. Al fundarse la OEA en la reunión de Bogotá, donde los gobiernos latinoamericanos aceptaron “una tesis sobre el desarrollo que asignaba un papel muy importante al capital extranjero”,⁴¹ Antonio Carrillo Flo-

⁴⁰ “Aspectos fundamentales de la economía y perspectivas a corto y mediano plazos”, *op. cit.*, cursivas mías.

⁴¹ Alonso Aguilar Monteverde, *El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson*, Cuadernos Americanos, México, 1965, p. 117.

res, secretario de Hacienda del gobierno de Adolfo Ruiz Cortines, condensó en estas palabras un aspecto de la política económica internacional de México que no ha dejado de estar vigente después del cardenismo:

...las inversiones extranjeras, cuando están bien orientadas, pueden constituir un factor de gran importancia para *acelerar el desarrollo*...; también ha habido consenso para declarar que ningún Estado tomará ...una acción *no razonable* ... que lesione los derechos o intereses de nacionales o extranjeros y acerca de que los capitales extranjeros recibirían *tratamiento equitativo*.⁴²

Desde los años cuarenta se comenzaron a incorporar a la legislación y a la práctica mexicanas algunos criterios normativos y, en gran parte, también justificativos de la inversión extranjera directa, algunos de los cuales fueron introducidos en los decretos y leyes correspondientes y durante decenios han sido objeto de frecuente proclamación en los pronunciamientos públicos de los voceros del Estado y de las empresas privadas, tales como éstos: el capital extranjero «debe» jugar un papel *complementario* de la inversión nacional, de preferencia *asociado* con éste, y *no desplazar* a empresas nacionales mediante una com-

⁴² Antonio Carrillo Flores, "El problema de las inversiones extranjeras", en *México en la IX Conferencia Internacional Americana*, México, 1948. Cit. por Aguilar Monteverde, *Ibid.*, p. 118. Cursivas mías. Gilberto Loyo, a la sazón secretario de Economía, en la propia conferencia señaló que "...los Estados que necesiten inversiones y aquellos que las puedan hacer, deben darse recíprocamente facilidades y estímulos para la inversión y la reinversión, y *no imponer restricciones injustificables*, en condiciones normales, a la *transferencia de capitales y de sus ganancias*", *Ibid.*, cursivas mías.

petencia desigual y ruinoso de actividades ya cubiertas por ellas; la inversión en ciertos campos «estratégicos» estará reservada *exclusivamente* al Estado o a empresas con capital mexicano mayoritario; en la dirección técnica y administrativa de las empresas con capital extranjero predominante tendrán que *participar mexicanos*; el capital extranjero no será objeto de un tratamiento de *privilegio ni discriminatorio*; se conservará la *libertad* cambiaria y de movimientos de capital y remesa de utilidades, etcétera.⁴³

Puede decirse que ninguno de los decretos y leyes puestos en vigor en este ya largo periodo —más largo que el transcurrido desde el triunfo de Madero hasta el régimen de Cárdenas— va más allá de los decretos de 1944 del gobierno de Avila Camacho, que establecen algunas limitaciones a la inversión extranjera directa, y

⁴³ Para estudiar la evolución de los criterios oficiales y privados —aparte los ya indicados— es muy útil el número extraordinario de *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, México, vol. ix, núms. 1 y 2, 1957, uno de los últimos en publicarse, que contiene diversos estudios sobre la inversión extranjera, entre otros la ponencia presentada al iv Congreso Nacional de Industriales de 1957, *Las inversiones extranjeras y el desarrollo económico de México*, que preparó como un trabajo profesional Alonso Aguilar M. Entre los estudios más recientes, véase: Banco Nacional de Comercio Exterior, *La política económica del nuevo gobierno*, México, 1971; Eustaquio Escandón (conocido hombre de empresa que fungiera hace varios lustros como dirigente de la «iniciativa privada» y ocupara la presidencia de la *Concamín*), «La inversión extranjera directa», publicado en seis inserciones por *Excélsior*, 19 al 24 de marzo de 1973, México, en los días anteriores a la fecha de esta sesión del seminario; Manuel Aguilera Gómez, *La desnacionalización de la economía mexicana*, Fondo de Cultura Económica, Archivo del Fondo 47, México, 1975, y por supuesto, las exposiciones de motivos de las leyes de diciembre de 1972 «sobre el registro de la transferencia de tecnología y el uso y explotación de patentes y marcas», y la de marzo de 1973 «para promover la inversión mexicana y regular la inversión extranjera».

de 1947, del gobierno de Alemán, por el cual se creó la Comisión Intersecretarial de Inversiones Extranjeras, apoyándose en el decreto anterior (Comisión que en la práctica casi no se reunió y cuya última disposición se había dictado en 1953); la ley reglamentaria del artículo 27 constitucional en materia de petróleo de 1958, a fines del gobierno de Ruiz Cortines; la nueva ley minera de 1960, la legislación sobre la industria automotriz y complementaria de ésta, así como sobre la petroquímica, de principios de los años sesenta, durante el gobierno de López Mateos; la legislación promulgada por el gobierno de Díaz Ordaz en relación a las instituciones de crédito y el régimen laboral del país, etcétera.

En la política práctica de estos casi siete lustros, en el marco de la llamada «unidad nacional» [ahora «alianza popular» y «alianza popular para la producción»] y el fortalecimiento de la burguesía interna y de su Estado, incluso la legislación supuestamente en vigor fue letra muerta o se aplicó sólo en actividades secundarias, sin impedir por ello, ni mucho menos, la creciente penetración del capital monopolista internacional aun en ramas de la economía en que sí llegaron a dictarse algunas disposiciones regulatorias, como por ejemplo en el caso de los refrescos gaseosos donde jamás quedó cerrado el paso al creciente control de las *cocacolas* y *pepsicolas*, en realidad ahora dominantes en la actividad y asociadas con el capital mexicano, etcétera. Más aún, el capital monopolista trasnacional se ha beneficiado no menos e incluso más que el nacional, de la elevada protección arancelaria, el fomento a las «industrias nuevas y necesarias», la expansión de la infraestructura, en la que de manera tan decisiva participan, por la vía de la inversión indirecta, en gran parte integrada por préstamos «atados» de proveedores, fabricantes e instituciones crediticias monopolistas

y, por supuesto, de los bajos salarios y el control del movimiento obrero, las tarifas y precios favorables de bienes y servicios aportados por el Estado, etcétera. Como lo resume un investigador norteamericano:

Las administraciones de los presidentes Avila Camacho y Alemán se dieron cuenta de que la industrialización de México, absolutamente esencial, no podría tener buen éxito, ni tampoco se lograría una economía nacional equilibrada y suficiente [*sic*], *sin grandes aportaciones de capital extranjero...* Para esto era preciso *vencer la repugnancia* de los capitales extranjeros a invertir en México, *resultante, sobre todo, de las expropiaciones cardenistas.*

Con ese fin, la administración de Alemán, desde 1947 hasta 1952, *inició el ambiente económico y político más favorable* que han disfrutado las inversiones extranjeras desde la Revolución.⁴⁴

En conjunto, la expansión del capital monopolista internacional en la economía mexicana ha alcanzado un ritmo y una magnitud inusitados, como puede observarse en los datos del cuadro de la página 151.

El promedio anual bruto de la *nueva* inversión *directa* que puede calcularse con los datos oficiales anteriores—sin incluir reinversiones hechas por las empresas extranjeras— aumentó de 22 millones de dólares durante el sexenio avilacamachista y 42 millones en el alemanista a más de 100 millones en la década de los sesenta y 193 millones en los dos primeros años del gobierno de Eche-

⁴⁴ Tomme Clark Call, *De la revolución política a la revolución industrial*, publicado por *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. ix, núms. 3 y 4, 1957, p. 131. Tomado de Manuel Aguilera Gómez, *op. cit.*, p. 57. Cursivas mías.

verría, o sea *casi 8 veces en 1971-72 respecto a 1941-46* [308 millones en 1973-75 y 262 millones en los primeros 5 años de este gobierno —1971-75—, respectivamente *14 y casi 12 veces más*].

MÉXICO: INVERSIÓN EXTRANJERA DIRECTA
E INDIRECTA 1941-72 [75]

(millones de dólares a precios corrientes)

<i>Sexenios presidenciales</i>	<i>Nueva inversión directa*</i>	<i>Disposición de créditos extranjeros</i>	<i>Suma</i>
Ávila Camacho (1941-46)	131	56	187
Alemán Valdés (1947-52)	251	207	458
Ruiz Cortines (1953-58)	486	432	918
López Mateos (1959-64)	511	2 414	2 925
Díaz Ordaz (1965-70)	807	4 067	4 874
Echeverría:			
1971-1972	386	1 606	1 992
[1973-1975:	922	7 583	8 505
1971-1975	1 308	9 189	10 497]

FUENTES: F. Carmona, "La situación económica", en *El milagro mexicano*, op. cit., p. 71, y Banco de México: *Indicadores Económicos*, Vol. III, núm. 3, e *Informe anual* 1975.

* No incluye reinversiones.

Respecto a las disposiciones de créditos externos, es decir, las nuevas inversiones extranjeras *indirectas*, se puede observar un crecimiento de tal tipo que el capital utilizado por el Estado en cada nuevo sexenio supera ampliamente al de los sexenios previos; por ejemplo, las entradas brutas de capital que alimentan la *deuda pública* en el sexenio de Díaz Ordaz —4 067 millones de dólares—

son casi 31% mayores a las de los 24 años que van del gobierno de Avila Camacho al de López Mateos: 3 109 millones [Lo dispuesto en los primeros 5 años transcurridos del gobierno de Echeverría —1971-75—, o sea 9 189 millones de dólares—, supera en más de 28% a todo el crédito exterior utilizado desde 1941 hasta 1970.] Por supuesto, a medida que crecen las obligaciones derivadas de la deuda acumulada, aumenta también la proporción de los nuevos créditos que se utilizan para cubrir dichas obligaciones; pero esto no le quita el papel clave que se asigna al endeudamiento en la política económica nacional [hecho que explica, como ya dije, que en los últimos 30 años la deuda no pagada se haya incrementado 50 veces o más]. Y todavía habría que considerar la evolución de la deuda externa *privada*, de la cual no conozco una información equivalente que comprenda todo el periodo, pero como se sabe, en los últimos años ha aumentado de prisa, en gran parte —como también ya lo señalé— a cuenta de las propias empresas extranjeras.

En fin, al considerar la *suma* de los ingresos brutos por inversiones extranjeras directas e indirectas, se encuentran, por supuesto, las mismas tendencias anteriores. Los incrementos relativos *más altos* corresponden a los gobiernos de *Alemania*, 2.4 veces el total del de Avila Camacho; *López Mateos*, 3.2 veces lo del sexenio de Ruiz Cortines; [y *Echeverría*, en cuyo gobierno, en 5 años —1971-75— el ingreso de capital extranjero total es 3.5 veces el habido en el sexenio de Díaz Ordaz. En estos primeros 5 años de la presente administración federal el total asciende a 10 497 millones de dólares, cifra que *supera en más de 12% a la suma acumulada en los 30 años anteriores*, desde el gobierno de Avila Camacho hasta el de Díaz Ordaz, es decir, 9 362 millones de dólares.] Desde luego este movimiento masivo de ingresos de capital monopolista

exterior da lugar a un movimiento inverso y creciente de salidas de capital que «cierra el circuito» y gravita pesadamente sobre la balanza de pagos en cuenta corriente, sobre el propio proceso de acumulación, la composición del mercado exterior, etcétera; pero esta vez no me detendré a examinar el fenómeno que me limito a mencionar.

Tenemos que considerar todavía algunos aspectos de la aceleración del proceso acumulativo de capitales. Está a la vista el crecimiento del coeficiente nacional de inversión bruta, de menos de 10% del PIB en 1940 a cerca de 18 o 19% en la actualidad.⁴⁵ En torno a este hecho cabe destacar tres fenómenos:

- 1) La mayor participación del Estado en la formación anual de capitales, de menos de 5% durante el porfiriato y todavía alrededor del 7% durante el gobierno de Plutarco Elías Calles, a cerca de un 40% —y en algunos años de contracción económica incluso a cerca del 50%—, como acontece en los últimos lustros; es notoria la participación de las inversiones extranjeras indirectas en los últimos decenios (en promedio más del 20% y en ciertos periodos incluso el 25% o más de la inversión⁴⁶ estatal bruta);
- 2) El peso de la inversión monopolista directa en el proceso de formación anual bruta de capital privado, especialmente en la industria de transformación, donde su participación suele ser superior al 30% e

⁴⁵ J. R. Himes, "La formación de capital en México", *El Trimestre Económico*, Fondo de Cultura Económica, México, vol. xxxii, núm. 125, enero-marzo de 1965, pp. 153-179 y Nacional Financiera, *La economía mexicana en cifras*, varios años.

⁴⁶ *Ibid.* Véase también Manuel Aguilera, *op. cit.*, varios cuadros.

incluso, en determinados años, al 35 o 40% de la inversión total;⁴⁷ y

- 3) En correspondencia a las leyes de la acumulación capitalista, en estas décadas se ha conocido un acelerado proceso de concentración y centralización del capital privado y estatal internos.

Tampoco nos detendremos a examinar la composición del capital nacional y otras cuestiones, aunque debo indicar que, entre otros autores, distintos participantes en esta sesión del seminario como el que habla, y sobre todo José Luis Ceceña y Alonso Aguilar, han hecho interesantes aportes al estudio del proceso de monopolización de la economía mexicana, en distintos trabajos ya señalados, que muestran también el destino sectorial de un capital cada vez más concentrado y centralizado tanto en las actividades productivas como en las improductivas, que crecen a un ritmo superior al de aquéllas contempladas en su conjunto.⁴⁸

En el proceso de monopolización de la economía mexicana ha jugado un importante papel la inversión exterior, directa e indirecta. La primera significa la expansión

⁴⁷ Manuel Aguilera, *op. cit.*, Cf. asimismo Bernardo Sepúlveda y Antonio Chumacero, *La inversión extranjera en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, varios cuadros y Trinidad Martínez Tarragó y Fernando Fajnzylber, *Influencia de las transnacionales en el sistema industrial mexicano*, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y Centro de Investigación y Docencia Económicas; publicado por *El Día*, "Testimonios y Documentos. Suplemento núm. 53", 9 de abril de 1975.

⁴⁸ J. L. Ceceña, obras citadas, en especial *México en la órbita imperial*, así como "El capital monopolista y la economía de México", *Cuadernos Americanos*, México, 1963, y numerosos artículos periodísticos en el semanario *Siempre*; y A. Aguilar M., obras citadas, especialmente "El proceso de acumulación de capital", en *México: riqueza y miseria*, "La oligarquía", en *La burguesía, la oligarquía y el Estado*, y otras.

y fortalecimiento internos, sin ambages, del capital monopolista, asóciese o no con el capital nacional de particulares y/o del Estado. Desde luego, de su abultado monto de 2 572 millones de dólares a precios corrientes en 1941-72 [3 494 millones en 1941-75], habría que descontar las «desinversiones» del periodo, principalmente por la nacionalización de algunas empresas ferroviarias y eléctricas, así como por la «mexicanización» de algunas compañías mineras y otras; pero igualmente habría que agregar las reinversiones realizadas, cuyo monto es seguramente de una magnitud muy superior. Tal vez el incremento neto de la inversión extranjera directa sea del orden de los 3 500 millones en los 32 años transcurridos desde que se inició el gobierno de Avila Camacho hasta 1972 [y tal vez no menos de 5 000 millones de dólares hasta 1975, según las cifras oficiales mexicanas,⁴⁹ o sea más de 60 000 millones de pesos a precios actuales], dirigidas en más de tres cuartas partes a sectores estratégicos de la industria de transformación, y en más de un 15 o 16% al comercio y los servicios.

Puede decirse que los principales consorcios transnacionales conglomerados del mundo capitalista, no sólo los norteamericanos dominantes que responden —aun sin con-

⁴⁹ Según datos del Banco de México recogidos por Manuel Aguilera, *op. cit.*, tabla número 19, las reinversiones anuales de capital en 1970-72 oscilan entre 150 y 190 millones de dólares; en el cálculo de más de 5 000 millones de aumento neto del capital extranjero hasta 1975, se considera un promedio anual de reinversiones de 200 millones en 1973-75. Es interesante observar que los *activos totales* de las empresas extranjeras se calculaban en casi 130 000 millones de pesos en 1972, cifra que será indudablemente muy superior en 1975, tanto por las nuevas inversiones de 923 millones de dólares y reinversiones del orden de los 600 millones, o sea 1 500 millones de dólares más en 1973-75 —casi 19 000 millones de pesos—, como sobre todo por el efecto de la inflación en estos años.

siderar su predominio en muchas empresas internacionales del «Primer Mundo»—, por alrededor del 80% de la inversión directa total en México, sino también europeos y japoneses, tienen *sucursales o subsidiarias en el país*; que esas empresas son las que imprimen la dinámica del proceso de acumulación, la ocupación y las ventas de la industria manufacturera «mexicana»,⁵⁰ y que hoy puede ser más cierto que nunca lo que Ceceña publicara en 1963: “*Sólo los territorios coloniales y algunos países de monocultivo presentan una situación de mayor dependencia que la de México, según estos datos.*”⁵¹

Todo favorece al capital monopolista trasnacional. Como lo expresa una investigadora europea:

El carácter agresivo de la inversión extranjera se explica por sus *ligas con las firmas gigantes*, más eficazmente equipadas que su contraparte mexicana. Dada una misma cantidad invertida, probablemente su rendimiento está llamado a ser superior al de la inversión doméstica. Más aún, dicha inversión está *concentrada en las ramas más dinámicas de la industria* y despliega una tecnología más sofisticada —en los sectores químico, mecánico y electrónico— que de hecho son los sectores *claves* de la economía. En consecuencia, tiene una mejor oportunidad de sobrevivir y mayores oportunidades de *expansión*. Tales ventajas no pueden sub-

⁵⁰ Según un estudio oficial, en 1962-70 las empresas trasnacionales “se expanden más rápidamente que las empresas nacionales [a una tasa anual de 17% las primeras y 11% las segundas]”; “contribuyen en mayor medida que las empresas y sectores nacionales al crecimiento del empleo”, se financian crecientemente con recursos *internos*, etcétera. Cf. Martínez Tarragó y Fajnzylber, *op. cit.*, pp. 5 y ss.

⁵¹ *El capital monopolista y la economía en México, op. cit.*, p. 111. Cursivas mías.

estimarse en las condiciones de permanente agudización de la competencia en el mercado del país de origen, y en las que la posibilidad de apertura a la exportación en otros países es mayor para las empresas cuyos *canales de distribución están ya establecidos*. Por lo tanto, el *peso* de la inversión extranjera es *superior* al que puede estimarse en términos de *porcentajes*.⁵²

El problema que ahora estudiamos en el seminario no es meramente cuantitativo ni menos aún de simples porcentajes. Sin duda, es necesario examinar cifras y realizar cálculos que ayuden a comprender su magnitud, dinámica e intensidad, como los que he recordado a ustedes. Pero, sobre todo, insisto que es indispensable no perder de vista que la política de inversiones extranjeras forma parte de una acción más amplia del Estado, cuyas bases residen en la estructura de clases que le imprime su carácter, orientación y alcances, en el marco de las vicisitudes históricas concretas de las contradicciones y las luchas que se dan en el seno de aquélla; y al mismo tiempo, que las consecuencias de dicha política son también estructurales.

Si en el marco del capitalismo del subdesarrollo la *monopolización* es la característica más relevante de la economía mexicana durante las últimas décadas, tenemos que entender que ese hecho histórico juega un papel determinante en nuestra sociedad, cada vez más *polarizada*, de una parte, en una creciente clase mayoritaria de trabajadores *asalariados* proletarios y semiproletarios, urbanos y rurales, manuales e intelectuales, ocupados y subocupados; y de la otra, en una pequeña clase de burgueses en

⁵² Flavia Derossi, *The Mexican entrepreneur*, Development Center of the Organisation for Economic Co-operation and Development, París, 1971, p. 69. *Cursivas mías*.

cuyo seno el proceso de concentración y centralización del capital va destacando una escueta minoría de grandes empresarios y especialmente una reducidísima *oligarquía monopolista*, que para su desarrollo descansan más y más en el capital monopolista extranjero y en el Estado. Y si en esa monopolización el capital extranjero internacionalizado ha sido, desde el momento en que se consolida el capitalismo del subdesarrollo hasta la actualidad, una fuerza decisiva, al incrementarse el poder económico y político de una burguesía y una oligarquía monopolistas internas que cada vez más influyen sobre la política de un Estado que, como el mexicano, extiende continuamente su radio de acción apoyándose a la vez en el capital monopolista interno y externo, desde hace tiempo están dados los elementos para que en México se iniciara la etapa propiamente *monopolista de Estado*.⁵³

La masa de capital exterior incorporada al país bajo la política vigente es enorme, entre 1940 y 1972 superior a los 11 000 millones de dólares a precios corrientes, aun sin incluir las reinversiones de las empresas trasnacionales y monopolistas extranjeras o «mexicanas» dominadas directamente por ellas, es decir, unos 140 000 millones de

⁵³ "...los países dependientes se encuentran sometidos a un juego de fuerzas, ... en un proceso que no es todavía irreversible, hacia el capitalismo de Estado, nacionalista y progresista, o hacia un capitalismo *monopolista* de Estado de tipo subordinado. En algunos casos se han producido retrocesos notorios... como en Indonesia, Brasil, Argentina y México, después de que en esos países se había logrado avanzar considerablemente en la formación de un capitalismo de Estado progresista". José Luis Ceceña Gámez, "Reflexiones sobre el capitalismo de Estado", *Problemas del Desarrollo*, IIEC-UNAM, Año II, núm. 5, octubre-diciembre de 1970, p. 32. Cursivas del autor. Como no puede ser de otro modo en la actual fase capitalista, sin embargo, en los países señalados por Ceceña continúa el franco fortalecimiento del capitalismo *monopolista* de Estado.

pesos a precios actuales [y unos 20 000 millones de dólares o 250 000 millones de pesos en 1941-1975], invertidos en ramas estratégicas y dinámicas de la industria privada, así como en la electricidad, petróleo y petroquímica, siderurgia, ferrocarriles, telecomunicaciones y las diversas obras y servicios de la indispensable infraestructura que el Estado proporciona principal o exclusivamente, descansando en el financiamiento del capital monopolista exterior e interior, en beneficio de un capital cada vez más monopolizado, cada vez más dependiente, cada vez más amalgamado en sus sectores nacional y extranjero, estatal y privado, que constituye el verdadero eje y motor de la «economía mixta» mexicana.

Tal es el resultado del proceso de acumulación y la política de inversión extranjera de la burguesía dependiente mexicana, que aceleró un proceso que comienza a ser claramente perceptible con el gobierno de Avila Camacho, da inicio a la etapa monopolista de Estado con los gobiernos de Alemán y Ruiz Cortines, se consolida y cobra plenitud con los de López Mateos y Díaz Ordaz, y alcanza su mayoría de edad con el de Echeverría [de 1971 a 1975, conviene reiterarlo, se registra más de la mitad —53%— de la entrada bruta directa e indirecta de capital monopolista extranjero de un periodo que abarca 35 años, a partir de 1941; se expande el gasto público a un ritmo vertiginoso, hasta hacer saltar su proporción de un 26% del PIB a un 38 o 40%, aun al precio de incrementar más de 3 veces la deuda exterior no pagada —posiblemente a más de 11 000 millones de dólares— y acelerar la inflación, etcétera, con el propósito de apuntalar y dar aliento al régimen de la burguesía, dominado por los monopolios nacionales y extranjeros.]

Y junto con la agudización de desequilibrios de todo

tipo, la economía mexicana ha acentuado en este periodo el rasgo peculiar que empezó a adquirir desde el momento en que el modo de producción capitalista fue el dominante, hace casi un siglo: su cada vez menor independencia frente al imperialismo norteamericano:

En el aspecto económico internacional —dijo alguna vez Antonio Ortiz Mena— *la vinculación con los Estados Unidos es preponderante*. Más del 60% de nuestro intercambio comercial se efectúa con dicho país. El *turismo* y las *transacciones fronterizas*... son casi en su totalidad de origen estadounidense, al igual que la inversión extranjera directa...

Se ha establecido una *estrecha relación financiera y crediticia*, acentuada por el diferencial real de [tipos de] intereses... La *vinculación con el dólar* estadounidense ...ha condicionado la necesidad de mantener en todo momento la libre *convertibilidad* del peso.

La transmisión de la *tecnología y de la organización empresarial se ha facilitado vía la inversión extranjera directa* y las oportunidades a estudiantes y profesionales mexicanos para adquirir capacitación en los Estados Unidos.⁵⁴

4) *La política de inversión extranjera del gobierno de Echeverría*

En el mismo nivel de abstracción y generalidad en que me sitúo para someter a ustedes estas ideas, vale la pena

⁵⁴ Antonio Ortiz Mena, *op. cit.*, p. 11. Cursivas mías. Años después, al producirse la segunda devaluación del dólar, el director del Banco de México, Ernesto Fernández Hurtado, declaró: "...considerando el movimiento turístico, tenemos tran-

señalar que hacia 1970 se vive una situación en la que de algún modo se conjugan hechos tales como la acumulación de problemas económicos estructurales que provienen de, y a la vez afectan a la economía interna e internacional de México, con problemas políticos. Es decir, de un lado están presentes fenómenos tales como las formas y patrones negativos de la distribución del producto y el ingreso nacionales, el patente y cada vez mayor desempleo y subempleo, la composición desfavorable del comercio exterior; y también, como ya dije, los efectos de la subordinación a la tecnología de origen extranjero, el aumento de los déficit de la balanza comercial y en cuenta corriente de la balanza de pagos, las consecuencias cada vez más graves del envío de dividendos y regalías de la inversión extranjera directa acumulada y del pago de los intereses y el capital por la deuda externa contraída, etcétera.

De otro lado, se hacen sentir diversas expresiones de lo que podríamos llamar una «crisis del sistema político nacional» (crisis, por supuesto, no en el sentido de una situación revolucionaria, sino sólo de desajustes graves y pérdida de eficacia de los sistemas de control que entonces se vuelven evidentes). Especialmente parecen estar en juego tales elementos «críticos» en relación con algunos sectores sociales urbanos intermedios, de la clase obrera y de las masas campesinas, así como la agudización de contradicciones entre distintas capas de la propia clase domi-

sacciones con [los] Estados Unidos que pueden llegar [sic] entre el 80 y el 90% de nuestras operaciones de mercancías y servicios... [El] sostenimiento del tipo de cambio permitirá dar condiciones estables, ciertas, *como las que han tenido desde 1954 los inversionistas mexicanos que adquieren productos en este país, ...del que importamos la mayor parte de nuestras materias primas y equipos de inversión*", *El Heraldo*, 13 de febrero de 1973; *cur-sivas mías*.

nante y entre ésta y aquellos sectores dominados. El viejo sistema de monopolio político que inevitablemente acompaña al proceso de monopolización económica dentro de cada país capitalista, y que en México, por peculiaridades que son del conocimiento de todos nosotros, ha llegado a extremos poco conocidos en América Latina, con el movimiento estudiantil de 1968 muestra algunas fisuras importantes. Desde años atrás, por supuesto, hay brotes, anuncios de que el sistema político ha dejado de funcionar como antes, y de que en el país hay una extendida inconformidad que reclama reajustes, ante la cual, sin embargo, el sistema muestra en 1968 cierta incapacidad para dar salidas políticas y reformistas, y ante la amplitud de un movimiento espontáneo que no logra acallar por vías «tradicionales», se recurre entonces a medidas represivas extremas.⁵⁵

Por esas fechas también se dejan sentir los síntomas de una crisis económica del capitalismo mundial enmarcada en la crisis general del capitalismo, con la quiebra del sistema monetario internacional instaurado al final de la Segunda Guerra, las dos devaluaciones del dólar, los crecientes problemas comerciales de los Estados Unidos y otras potencias, el receso de la economía norteamericana que se extiende a lo largo de 1970 y 1971 para dar fin a casi una década de auge a costa de la agresión militar a Vietnam, el fin de los «milagros económicos», etcétera, hechos que han ocupado la atención de numerosos estudiosos durante estos años, y que particularmente en el segundo semestre de 1970, cuando está por instalarse

⁵⁵ Véase F. Carmona, "Genealogía y actualidad de la represión", *op. cit.*, así como los estudios de Jorge Carrión "Biografía política del Movimiento de Julio", en *Tres culturas en agonía*, *op. cit.*, y "Retablo de política «a la mexicana»", en *El milagro mexicano*, *op. cit.*

en México el gobierno que preside Luis Echeverría, parecieran agudizarse [Las contradicciones emanadas de la crisis capitalista internacional han acompañado toda la gestión gubernativa de Echeverría: el nuevo receso iniciado en los últimos meses de 1973, que en 1974 y parte de 1975 adquiere los perfiles de la más grave contracción económica desde 1929-38 y se convierte en un receso de todas las economías desarrolladas; la «inflación con estancamiento» en las principales potencias; la crisis de energéticos; los gigantescos déficit comerciales de muchos países, etcétera.]

Por supuesto, los cambios introducidos en la política de inversión extranjera del actual gobierno se comprenderán mejor si se contemplan en el marco de los cambios introducidos en los diversos aspectos de la política económica general con la que el Estado mexicano trata ahora de hacer frente a esta situación; pero me atengo al objeto de esta sesión del seminario y sólo señalaré lo más indispensable, limitándome a subrayar que no se debe perder de vista que la de inversiones extranjeras forma parte de esa política que llamo general, en la que los aspectos de la economía internacional de México son sobresalientes.⁵⁶

Entre otras cosas, casi dos años y medio del actual gobierno han vuelto evidente que de las contradicciones básicas originadas dentro y fuera de la sociedad mexicana, ha surgido una política *reformista* de reajustes y «readecuaciones». Una política de reformas —que desde luego no excluye la represión ni abandona sino que trata de resanar y reforzar los controles impuestos sobre el pueblo trabajador—, cuyos alcances en el régimen de la burgue-

⁵⁶ Véase del que esto escribe, “18 meses de política económica de Echeverría”, *op. cit.*, y “El fin del viejo «milagro»” (apéndice a la 3a. ed. de *El milagro mexicano*, 1973, pp. 364-382).

sía son siempre limitados, siempre insuficientes para afrontar la problemática de origen estructural porque se mueve siempre en la superficie institucional, burocrática, superestructural y actúa sobre aspectos secundarios, y aun esto a manera de afectar lo menos posible los intereses de las capas más influyentes de la clase dominante, como vimos principalmente los de la burguesía y la oligarquía monopolistas y el capital extranjero, asimismo monopolista. Para alterar a fondo las premisas de la política de inversiones extranjeras se requeriría una línea de acción *consecuentemente antimperialista*; no bastan los meros ajustes legales y administrativos que mantienen intocados los resortes básicos del poder económico y político del capital monopolista internacional para revertir un proceso que ya dura más de tres décadas y que se caracteriza por su profunda penetración y ramificación en todas las esferas de la vida económica, social, cultural e ideológica del país, donde se le encuentra cada vez más involucrado, entremezclado, imbricado con dichos sectores hegemónicos de la clase dominante y con el propio Estado monopolista.

Pero, naturalmente, no por sus limitados alcances los cambios en la política mexicana de inversión extranjera deben pasar inadvertidos; no por ello deben desdeñarse como algo sin mayor relieve ni consecuencias, que no merecen siquiera un intento de explicación.

En lo referente a la influencia de los hechos internacionales, en el contexto latinoamericano que con más frecuencia nos sirve como marco de referencia obligado e inmediato para nuestros análisis históricos globales, en varias naciones se observan algunas tendencias análogas a las mexicanas en materia de política económica internacional (o distintas, si se quiere, sobre todo en algunos aspectos económicos sectoriales y en aspectos legales e institucionales, pero semejantes en los objetivos).

Creo que habría que ver con atención en el seminario lo que acontece en países con gobiernos militares como los de Perú, Ecuador y Panamá, o con gobiernos civiles con una proyección nacionalista y reformista como los de Costa Rica o Venezuela; estar muy atentos de lo que habrá de ocurrir en Argentina a partir de la instalación de un gobierno peronista ahora [en 1973]; seguir la pista a lo que acontezca en Brasil, etcétera.

Parece indudable que está en marcha un proceso de *reacomodo* en la *división internacional del trabajo* en el mundo capitalista y más concretamente, en el proceso de acumulación de capital a cuenta de su creciente internacionalización, hecho que se expresa con mayor claridad en los países subdesarrollados como México, que cuentan con una base industrial más amplia y diversificada, en donde la sustitución de importaciones comienza a extenderse hacia los bienes intermedios y de capital, y empiezan a sustituirse las exportaciones de materias primas por bienes manufacturados con la participación creciente del capital monopolista internacional y nacional. La propia crisis capitalista en curso; la nueva correlación internacional de fuerzas políticas por el mayor peso del sistema socialista y de los movimientos antimperialistas de liberación nacional a que aludió Ceceña; el desarrollo de las fuerzas productivas y por tanto de las burguesías internas en muchos países dependientes que también reclaman una mayor participación en la plusvalía generada en sus propias naciones; la cada vez mayor integración de los mercados nacionales al mercado mundial capitalista, éstos y otros hechos empujan hacia esos cambios en la especialización internacional de la producción.

En los últimos años, igual en México que en otras naciones latinoamericanas, lo que fundamentalmente se busca es redefinir los términos o «reglas de juego» en las

relaciones internacionales de las burguesías dependientes para adecuarlas a los cambios antes mencionados y a una situación en la que, entre otras cosas, las grandes potencias dominantes, en nuestro caso sobre todo los Estados Unidos, transfieren y hacen pagar las peores consecuencias de la crisis a los países subdesarrollados (dicho sin eufemismos, a las masas trabajadoras). Estos hechos obligan a una búsqueda de diversificación financiera, comercial y tecnológica de la dependencia y a un reacomodo con los consorcios conglomerados internacionales, esto es, con el capital monopolista multinacional, transnacional —o como se le quiera llamar—, que permitan situaciones menos desventajosas a los capitalistas nativos que hoy más que nunca —coincido plenamente con el amigo Jorge Carrión—, muestran su *imposibilidad histórica* de llegar a constituirse como una clase independiente y revolucionaria.⁵⁷

He pasado de largo intencionalmente el proceso chileno ahora en marcha [en 1973], porque se diferencia en aspectos fundamentales de la política de México y países como los antes mencionados, pues ahí se sigue una vía que puede llevar a trascender los marcos del capitalismo, en un proceso que por desgracia no es todavía irreversible, y al que se opone con todos los medios a su alcance el capital monopolista interno y externo [Los hechos posteriores demuestran que la burguesía y la oligarquía monopolistas chilenas, apoyadas por el capital internacional y el Estado imperialista norteamericano dirigieron el golpe militar fascista contra el gobierno de la Unidad Popular. Por lo demás, la brutal dictadura de Pinochet se mantiene en el *Pacto Andino*, suscribió la *Carta de Derechos y Obligaciones Económicas*

⁵⁷ "La burguesía nacionalista encadenada", en *La burguesía, la oligarquía y el Estado*, op. cit.

de los Estados y se adhirió al *Sistema Económico Latinoamericano*.]

Lo que más me interesa recordar aquí es que Chile es uno de los países firmantes del *Pacto Andino* de 1969, suscrito en Cartagena, Colombia, y que aun antes del triunfo de la Unidad Popular, el gobierno de Eduardo Frei que lo suscribió originalmente había adoptado medidas como la «chilenización» del cobre. Como se sabe, el Pacto fue suscrito también por el gobierno militar peruano del general Velasco Alvarado y por el boliviano, asimismo militar, del general Torres, y que a él —debo subrayarlo—, se mantiene adherida la dictadura militar boliviana de Bánzer instaurada en 1971 [y el nuevo gobierno peruano que sustituyó a Velasco en 1975]; el gobierno ecuatoriano de Velasco Ibarra, así como el de los militares que lo depusieron; y el gobierno civil de Colombia, que es otro de los promotores iniciales. Posteriormente se incorporó el gobierno civil *copeiano* de Venezuela, presidido por Caldera [y en él se mantiene el gobierno *adeco* de Carlos Andrés Pérez], y los gobiernos de México, Brasil y Argentina han destacado observadores.

Pues bien, los países que suscribieron el *Pacto Andino* fijaron algunas modalidades en sus políticas de inversión extranjera que, con retardo y de manera incompleta ahora en México el Estado trata de incorporar (en cuanto al régimen general de asociación con el capital nacional, campos y reglas de inversión y otras),⁵⁸ algunas de las

⁵⁸ Con independencia de que gobiernos como el de Pinochet o Bánzer —como también los gobiernos más o menos democráticos firmantes del Pacto— están lejos de cumplir las disposiciones del Acuerdo de Cartagena, es interesante observar que éstas van más allá de las aprobadas por la ALALC y por la nueva legislación mexicana en cuanto al señalamiento de plazos para la *reversión* a la nación del capital extranjero, reinversiones, limitación a las

cuales desde años atrás, incluso el gobierno militar de Argentina anterior al triunfo peronista, el del general Lanusse, habían puesto en marcha. Por lo demás, tampoco se debe omitir que aun en el caso de estos gobiernos que tratan de rescatar a la ALALC de su crisis, no van más allá, en el mejor de los casos, del nacionalismo burgués:

Ni el Acuerdo de Cartagena ni el Convenio Constitutivo de la Corporación Andina de Fomento contienen disposiciones para impedir que la integración subregional, en definitiva, vaya en provecho de los capitales extranjeros y, en vez de afianzar la independencia de nuestras economías, contribuye a debilitarla, fortaleciendo las posiciones del imperialismo.⁵⁹

En fin, puede decirse que en un cuadro internacional que incluye hechos tales como el reconocimiento reciente de China Popular por decenas de gobiernos, las multiplicadas visitas oficiales de muchos jefes de Estado a distintos países del «Primer» y el «Tercer» mundo e incluso a los socialistas del «Segundo», la acción en este sentido del gobierno de México no es única en el panorama latinoamericano. La iniciación de relaciones diplomáticas con China, por ejemplo, como se recordará fue hecha, antes que por México, por Perú, aun sin mencionar a Chile, país en el cual este paso fue uno de los primeros actos del gobierno de la Unidad Popular instalado en noviembre de 1970, y más o menos al mismo

remesas al exterior de utilidades y regalías, etcétera. Véase Alma Chapoy Bonifaz, *op. cit.*, pp. 135 y ss.

⁵⁹ Alberto Baltra Cortés, "El Pacto Andino y el capital extranjero", *Problemas del Desarrollo*, IIEC-UNAM, México, año II, núm. 5, p. 78.

tiempo que México, por Argentina. Otros gobiernos latinoamericanos siguen el mismo camino de reconocimiento... de la realidad y de que, después de todo «China-sí-existe». Es sintomático en el caso de nuestro país, que el reconocimiento de China Popular se produjera después del anuncio en 1972 del viaje del presidente norteamericano Nixon a Pekín, en un marco de relaciones internacionales signadas por el desprestigio de la «guerra fría» y el advenimiento de la etapa de la «distensión», que evidencian la nueva correlación mundial de fuerzas económicas y políticas.

Es cierto que también el inicio de relaciones diplomáticas con Rumania, la República Democrática Alemana y otros países socialistas por el gobierno de México fue posterior a otros países latinoamericanos y a los propios Estados Unidos, y que hay otros muchos indicios de las limitaciones de la política internacional mexicana particularmente en sus relaciones con la potencia vecina; pero no es posible menospreciar la indudable *mayor autonomía relativa* de la política exterior del Estado mexicano en comparación con la mayoría de los de América Latina, apoyada en una larga tradición afianzada por gobiernos nacionalistas como los de Carranza o Cárdenas, en una no menos larga experiencia diplomática, en los propios cambios en el escenario internacional y las contradicciones interimperialistas, capitalistas-socialistas y aun intersocialistas.

[Desde 1973, la agudización de la crisis económica en el mundo capitalista, el ascenso de las burguesías árabes asociadas en la OPEP, la repulsa mundial a la junta fascista chilena, la derrota norteamericana en Indochina —y Angola—, el avance de la distensión señalada por la reunión en Helsinki de los jefes de Estado de toda Europa, etcétera, son algunos puntos destacados del profundo

cambio en la correlación internacional de fuerzas que ha propiciado y, en cierto modo aun requerido, medidas como la intensificación de relaciones con Cuba y la ruptura con la dictadura reaccionaria chilena, y el reconocimiento de Vietnam, lo mismo que iniciativas del gobierno de Echeverría como la *Carta de Derechos y Deberes Económicos* que mereció la aprobación por 120 países; el SELA, aprobado por todos los gobiernos latinoamericanos, en torno al cual se han establecido diversas empresas multinacionales con capital latinoamericano —incluso cubano—, y el *Sistema Económico del «Tercer Mundo»* al que ya dio su consentimiento en principio el llamado «Grupo de los 77»].

¿Qué cambios se han producido, pues, en torno a la política de inversión extranjera con el actual gobierno? Por las causas vistas, insisto, ninguno capaz de alterar el marco esencial de la dependencia estructural, sino sólo de *acoplar* la economía del país a las nuevas condiciones de esa dependencia, que a su vez ha venido evolucionando en el decurso del tiempo dentro del cuadro de un monopolismo de Estado progresivamente consolidado y fortalecido en la medida que se consolidaron y crecieron las empresas monopolistas nacionales, privadas y estatales, en que aumentó la influencia de las empresas trasnacionales y en que el Estado mexicano fue más y más el pivote en torno al cual gira el proceso de acumulación de capital, la política económica y el desarrollo del país.⁶⁰

⁶⁰ Véase de José Luis Ceceña, obras citadas; y de Alonso Aguilar Monteverde, "La oligarquía", en *La burguesía, la oligarquía y el Estado*, op. cit., y su libro *Mercado interno y acumulación de capital*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1974, así como entre otros, sus siguientes ensayos recientes: "La fase actual del capitalismo mexicano", "Algunas contradicciones del proceso de acumulación de capital" y "Nacionalización y capitalismo de

Más aún, desde el punto de vista jurídico lo que se hace con la legislación recientemente aprobada es juntar algunas piezas sueltas en ordenamientos específicos y añadir algunas cuestiones que, a mi juicio, son más reveladoras del propósito de actualización del Estado mexicano, que la reunión de lo antes disperso pero ya establecido como norma, con el propósito de centralizarlo y darle mayor coherencia y facilitar su manejo administrativo y político, tales como las sanciones que se establecen a los «prestanombres» para, en cambio, exaltar la *asociación* con el capital extranjero como lo *legal*.

En otras palabras, lo que estaba disperso en distintos ordenamientos secundarios, que en varios casos no llegaron a ser siquiera leyes aprobadas por el Congreso, sino como lo señalé ya, meros decretos de carácter administrativo lanzados por el Ejecutivo Federal y otras disposiciones jurídicas, revelaba desde hace muchos años que en la política económica posterior al cardenismo no ha existido el propósito de actuar frente a la penetración del capital monopolista internacional hasta el punto de *cerrarle el paso* y, menos aún, de *liquidarla* (como no lo hubo tampoco en el gobierno de Cárdenas), y abrir así cauces distintos al desarrollo de nuestro país, sino por el contrario, dejarle abierto en la mayoría de los sectores —los más extensos y redituables— el ancho mar de la economía nacional que no estaban expresa y en ciertos casos constitucionalmente reservados al Estado mexicano, sectores éstos que en lo fundamental forman parte de la infraestructura económica y en consecuencia generan —como se dice— economías externas para las empresas nacionales y extranjeras privadas.

Estado”, publicados en la revista *Estrategia*, México, núms. 2 y 4 (1975) y 7 (enero-febrero de 1976).

En el mejor de los casos sólo se habría de procurar, como ahora con la nueva legislación sobre inversiones extranjeras, que éstas cumplieran con determinados requisitos y se orientasen hacia ciertas actividades, requisitos que las empresas trasnacionales siempre han podido cumplir o burlar, aun valiéndose de la propia legislación, y actividades que comprendían prácticamente todo lo más importante de la industria, el comercio interno y exterior, y ello en plena «era de sustitución de importaciones», esto es, de *industrialización dependiente*.

Pero si bien la posibilidad legal de ampliar el radio de acción del Estado nunca estuvo cerrada para reordenar y modernizar normas, en la política práctica de las últimas décadas significativamente nunca se intentó alterar esa dispersión básica, y todavía menos, limitar seriamente al capital extranjero como solicitaban amplios sectores sociales del país, incluso empresariales. Y lo que la nueva legislación añade, distinto a los decretos de los años cuarenta y cincuenta y sobre todo las disposiciones específicas sobre la minería y las industrias petroquímica y automotriz promulgadas a principios de los años sesenta, donde se establecían proporciones mínimas al capital nacional del 60 por ciento —los cuales se mantienen en la actual legislación—, muestra que para diversas capas de la burguesía mexicana la dependencia financiera, o sea el elemento más dinámico de la dependencia estructural, es un hecho *inevitable*, y que para los miembros más poderosos de esta clase acaso no sólo es *acceptable* sino aun *deseable* para el que no tienen alternativa, y se concibe por tanto como un pilar *indispensable* para el desarrollo socioeconómico nacional.

¿Y qué es lo que se busca ahora en lo esencial? No abundaré en los detalles: los decretos anteriores y la nueva legislación pueden consultarse fácilmente. De una

parte, lo que se procura a mi juicio es *generalizar la asociación del capital nacional —privado y estatal— con el capital monopolista extranjero* en todos los sectores de la economía, induciendo a éste por medio de diversos mecanismos fiscales, administrativos y de distinto tipo, de modo que en los sectores en donde no se había estipulado algún porcentaje minoritario de participación para las empresas internacionales ahora se establece *un tope del 49%*. Al mismo tiempo se enarbola una vistosa consigna: ¡ya no más «prestanombres»!, ¡sólo socios mexicanos de las empresas trasnacionales «debidamente» *acreditados*, que en lo fundamental sólo pueden ser socios *también monopolistas* o que al asociarse con aquéllas *deventrán en monopolistas*!

[De que éste es un aspecto principal de la política de inversión extranjera en la presente etapa monopolista de Estado, que habrá de continuar en el futuro próximo, existen numerosas evidencias. A guisa de ejemplo, cabe señalar que ya investido el candidato presidencial del PRI para el próximo sexenio, en un acto de su campaña electoral efectuado en la planta de *Indetel*, filial nada menos que de la notoria *ITT* asociada al capital mexicano particular y al Estado —al través de *Somex*—, el licenciado José López Portillo

...se declaró, primero, ferviente partidario de la *economía mixta* y después expresó su deseo de que se «*generalicen*» en el país empresas *con capitales de las iniciativas privadas mexicana y extranjera*, sobre todo si esta última «*actúa internacionalmente*, porque ello entraña posibilidades de *mercado exterior*».

...López Portillo se manifestó satisfecho de «la combinación» de capitalistas mexicanos y extranjeros privados y de *capital del Estado* ...y dijo que es un

esfuerzo «que está dando frutos, modalidad que habrá de generalizarse con *tantas variantes como las circunstancias lo hayan determinado*»⁶¹

De otra parte, se busca alentar la inversión extranjera capaz de *generar exportaciones*, principalmente de productos *industrializados*. Es patente que en el crecimiento de las exportaciones de bienes manufacturados en México, no menos que en Brasil, Argentina y otros países, destaca la circunstancia de que quienes hacen los nuevos envíos al exterior son principalmente las propias empresas extranjeras. Como dije, éstos son hechos vinculados a una nueva división internacional del trabajo que en los años últimos pareciera abrirse paso en el mundo capitalista, en parte estimulada por la crisis cíclica y las condiciones de la etapa que se vive de la crisis general del capitalismo.

En México, por supuesto, hay algunas variantes específicas, en gran medida determinadas por su proximidad geográfica a la gran metrópoli norteamericana y, por ejemplo, en la nueva legislación se mantienen y extienden a las zonas costeras del país facilidades al establecimiento de empresas *maquiladoras* que importan materias primas y bienes intermedios y exportan productos finales, con algún valor adicional y libres de gravámenes, al mercado de los Estados Unidos, las cuales han proliferado especialmente en la frontera del norte, en una mayor medida que lo que puede ser el caso de Brasil, Venezuela o casi

⁶¹ *Excélsior*, México, 22 de enero de 1976. Crónica de Ángel T. Ferreira. En los pronunciamientos públicos de numerosos funcionarios y de empresarios privados, del propio candidato presidencial y del un tanto olvidado *Programa básico de gobierno 1976-1982*, aprobado por el PRI, hay constantes referencias que revelan esa misma concepción (o convicción).

cualquier otro país latinoamericano, en virtud de los fletes menores, una infraestructura mexicana relativamente integrada y con precios y tarifas favorables y, desde luego, el bajo costo de una fuerza de trabajo abundante y al alcance de la mano. En los términos en que la explicara el secretario de Industria y Comercio del gobierno anterior, puede decirse que la política no sólo vigente sino ampliada en estos años, es la que sigue:

Las plantas maquiladoras son establecidas “por hombres de empresa norteamericanos que *han aprovechado las ventajas* del programa mexicano [para fundar] fábricas que *requieren considerable mano de obra barata* para producir artículos que puedan ser *competitivos internacionalmente*”. Y en su afán de estimular nuevas inversiones de este tipo añadía: “...los sueldos y salarios que se pagan a los empleados y trabajadores mexicanos son inmediatamente utilizados, *en su mayor parte*, en el lado *americano [sic]* de la frontera”.⁶²

Otra parte importante de las exportaciones manufacturadas es de empresas norteamericanas y de otras procedencias ubicadas en ramas *tradicionales*: industria minero-metalúrgica (planchas, láminas y otros productos), en la industria farmacéutica y aun en la agricultura-industria alimenticia. Y otras exportaciones más son las de empresas que han venido incrustándose en el corazón mismo de la industria nacional durante los últimos decenios para

⁶² Discurso en el “Simposio sobre México” organizado por el Council for Latin America y el Consejo de Hombres de Negocios, A. C., presidido por el conocido miembro de la oligarquía «mexicana» Bruno Pagliai, el 15 de abril de 1969, con la asistencia del prominente miembro de la oligarquía norteamericana David Rockefeller, realizado en la ciudad de México. Tomado de F. Carmona, “La situación económica”, *op. cit.*, p. 83.

«sustituir importaciones», que José Luis Ceceña ha estudiado durante largos años, tales como las ramas automotriz, metal-mecánica, química pesada, petroquímica, aparatos eléctricos, electrónica y varias más. No cabe duda que más y más empresas extranjeras y mexicanas asociadas o no con éstas, realizarán exportaciones en el futuro (que darán lugar a nuevas importaciones de maquinaria, partes de repuesto, bienes intermedios y aun ciertas materias primas, a partir de la producción con la tecnología de esos monopolios), amparadas por una política que desde el principio de su gobierno quedó establecida por el presidente Echeverría en los siguientes claros términos:

...necesitamos grandes capitales nacionales y extranjeros, y una gran tecnología, para progresar. Pero el gran capital y la gran tecnología demandan *amplios dividendos*; y si no compensamos la salida de dividendos y de los intereses al extranjero —que deben existir— mediante nuevas inversiones y *con crecientes exportaciones*, corremos el peligro de producir en pocos años un desequilibrio en la balanza de pagos, y por lo tanto, una recesión económica.

Por tanto, el gobierno que se acaba de iniciar —seguramente con el *apoyo de la vanguardia* de la industria y de la banca, así como del comercio de México— hará grandes esfuerzos por derivar la producción hacia la exportación...

...Hay al respecto un buen panorama en México: *no tenemos mentalidad expropiatoria*; no habrá ninguna restricción en la *libre convertibilidad de la moneda*, ni habrá modificaciones en el tipo de cambio; será este régimen de garantías...⁶³

⁶³ Entrevista concedida a un grupo de inversionistas nacionales

En los últimos años han aumentado sin duda las exportaciones realizadas por el «gran capital» extranjero (ver apéndice estadístico, cuadro número 16), se han mantenido la libre convertibilidad y el tipo de cambio con el dólar *devaluado* y se ha probado que no existe una «mentalidad expropiatoria»; pero, repito, los problemas de la economía internacional de México son también más agudos, han llevado al crecimiento de la inversión extranjera directa y en especial la indirecta y tampoco se ha logrado impedir la disminución del ritmo de crecimiento económico nacional.

Otro aspecto revelador de la aceptación de la inversión extranjera como un factor indispensable del crecimiento de las fuerzas productivas del país, es el de una modalidad introducida en la nueva legislación que sirve para violar la vieja legislación mexicana, o sea las disposiciones que permiten a las instituciones de crédito actuar a través de fideicomisos para facilitar la inversión monopolista en zonas constitucionalmente prohibidas al dominio territorial de extranjeros desde 1857, en las fajas de 50 kilómetros de los litorales y en las zonas de 100 kilómetros de las fronteras, con el objetivo de impulsar la llamada «industria» *sin chimeneas* y también la que podríamos motejar como *industrialización maquiladora*. Las cadenas hoteleras internacionales que modifican —y explotan— el paisaje en las playas de Cancún, Acapulco, Manzanillo, Puerto Vallarta y la Baja California, así como el creciente número de plantas maquiladoras, son la mejor prueba de que ese objetivo se cumple a plenitud y con él, naturalmente, la creciente deformación y enajenación de la economía.

y extranjeros, el 3 de diciembre de 1970. Tomado de *México: la política económica del nuevo gobierno*, op. cit., pp. 190-191. Cursivas mías.

En fin, la legislación aprobada en diciembre de 1972 sobre transferencia de tecnología introduce un *registro* que según el secretario de Industria y Comercio no es “simplemente . . . para fines de identificación; es un registro para fines de juicio”,⁶⁴ que otorga determinadas facultades para negar dicho registro y junto con ello algunas franquicias de «fomento», así como para limitar algunas de las prácticas más negativas impuestas por las empresas trasnacionales dueñas de dicha tecnología: prohibición de exportar desde México —en general o a ciertos países—, «prohibición» de la cesión de inventos obtenidos en empresas mexicanas atadas a contratos con el capital internacional, obligación de adquirir determinados bienes exclusivamente en las empresas que «otorgan» la tecnología, etcétera, encomendando todo ello, como en el caso de la inversión extranjera directa, a comisiones burocráticas de rango menor de un Estado que representa los intereses de la clase dominante-dominada y en cuya política no puede, si bien con algunas contradicciones, sino expresar tal condición:

No pretendemos, señores —afirmaba José Campillo Sáinz, actual secretario de Industria y Comercio, ante un grupo de industriales—, dejar de comprar tecnología. Sabemos que nuestro desarrollo nos obligará, quizá, *a comprar más tecnología que en el pasado...*

Hemos dicho... que, en realidad hay un *triángulo* de dominación de los *países ricos sobre los países pobres*. Este triángulo está constituido por tecnología, por capital y por administración. Cuando los tres vértices

⁶⁴ José Campillo Sáinz, “Tecnología y capital extranjero en términos convenientes a la economía nacional”, *El Mercado de Valores*, Nacional Financiera, México, año xxxiii, núm. 5, 29 de enero de 1973, pp. 129, 140 y ss.

de este triángulo se cierran, entonces la subyugación es muy grave. Hay que tratar de separarlos, hay que adquirir tecnología *por separado* del capital; la tecnología más *conveniente* para nosotros y el capital con el que podamos asociarnos, en términos más *equitativos*.⁶⁵

Lo que este funcionario no dice es que la «dominación de los países ricos» de que habla es la ejercida por el capital imperialista, y que los «tres vértices» subyugantes pertenecen a un solo «triángulo»: el capital monopolista internacionalizado, el cual proporciona tanto la «tecnología más conveniente» como la asociación «en términos equitativos» que tan afanosamente procura el régimen burgués mexicano desde hace décadas.

Pero, como las medidas de política económica adoptadas por el actual gobierno vinieron a romper ciertos puntos de una rutina firmemente establecida al alterar las «reglas del juego», insertas además en el marco de una política reformista que abarca otros aspectos en zonas de la economía tan turbulentas cuanto más superficialmente tocadas por gobiernos anteriores, el simple anuncio de las medidas legales y administrativas en relación a las inversiones extranjeras creó una inquietud indudable, que el corresponsal de *The New York Times* en México recogió en estos justos términos: “Un análisis de la situación sugiere claramente que *los hombres de negocios mexicanos están más preocupados que los extranjeros* acerca de la política del gobierno”.⁶⁶ Sólo habría que añadir que tampoco la burguesía y la oligarquía monopolistas

⁶⁵ *Ibid.*, p. 141. Cursivas mías.

⁶⁶ Cable publicado por *Excelsior*, 26 de noviembre de 1972; cursivas mías. Tomado de F. Carmona, “El fin del viejo ‘milagro’”, *op. cit.*, p. 382.

parecen haber tenido grandes dudas sobre una política sobre la cual fueron ampliamente consultados —y atendidos— a lo largo de los meses previos, y cuyo efectivo alcance conocen mejor que nadie.

[Dos años después, Alan Riding, corresponsal del propio diario norteamericano hacía la interesante observación que transcribo en seguida, que descubre mucho sobre la aplicación real de los nuevos ordenamientos, en el entendido de que en 1973-1975 como vimos, es decir, ya con las nuevas leyes en vigor, se registraron los montos más elevados de inversiones extranjeras directas —e indirectas— de los últimos siete lustros:

...los inversionistas potenciales han aprendido a distinguir entre las palabras políticas y los actos económicos del gobierno mexicano, y han descubierto que *todavía disfrutaban de una considerable libertad de acción*; es sorprendente el gran número de empresas de los EUA que ahora *aceptan* o están considerando el *control mexicano mayoritario*, es decir, la «mexicanización»; cuando prefieren retener su control formal, como lo señala el secretario ejecutivo de la Comisión de Inversiones Extranjeras, Mauricio de María y Campos, de 103 solicitudes *de excepción*, 74 fueron aprobadas. Incluso en los sectores claves donde la ley no admite excepciones..., tales como la minería y la industria petroquímica, el gobierno ha encontrado *otras formas de alentar la inversión extranjera*, tales como concesiones tributarias y arancelarias.]⁶⁷

⁶⁷ *The New York Times*, Nueva York, 26 de diciembre de 1974. Tomado de "La coyuntura actual de México", *Estrategia*, México, año 1, núm. 3, mayo-junio de 1975, pp. 16-17. Cursivas mías.

Creo necesario subrayar, por último, que la política de inversiones extranjeras precisamente por el dinamismo de éstas que son un componente neurálgico del proceso de acumulación, tanto del sector privado como del estatal, en la presente etapa monopolista de Estado exhibe, quizá como ningún otro fenómeno, que la dependencia no es un mero factor «externo» sino estructural, imbricado profundamente con la estructura de clases, la composición social del Estado y la superestructura toda, es decir, profundamente *interno*, que condiciona poderosamente el sistema de producción, distribución y consumo y, desde luego, la propia política económica del Estado. Estos hechos van quedando bastante bien establecidos en nuestro seminario, cuando algunos participantes postulan que el capital dominante en México es, por supuesto, el capital monopolista mexicano privado y estatal, crecientemente entrelazado con el internacional, y que en la formación del capital mexicano está tan presente un acelerado proceso de concentración y centralización como en el extranjero, el cual ha llegado a México desde el momento mismo en que el capitalismo llegó a ser el modo de producción dominante, ya concentrado y centralizado en su origen.

Puede establecerse así sin dificultad que el monopolio es el *factotum*, el hecho central de la economía y de su desarrollo, y que las modalidades actuales de la política del Estado mexicano corresponden a un fenómeno de mayor amplitud histórica, en el que la asociación del capital nacional y extranjero se dará crecientemente, como ha acontecido durante los últimos lustros, entre grupos monopolistas internos con los de carácter internacional. Especialmente desde finales de los años cuarenta, desde el alemanismo y quizá sobre todo desde los años sesenta, al tenor de la «Alianza para el Progreso» y las vicisitudes

todas del devenir latinoamericano, este hecho constituye un destacado rasgo del inicio y consolidación de una fase propiamente monopolista de Estado del capitalismo del subdesarrollo, en México y otros países latinoamericanos, hecho que tiene y tendrá consecuencias que será necesario precisar.

Al concluir esta exposición quiero disculparme por su esquematismo inevitable y expresar la esperanza de que, no obstante las obvias limitaciones en la presentación de estas ideas, lo visto sirva al propósito que le fue asignado por los organizadores del seminario.

VI

LA LEY SOBRE INVERSIONES EXTRANJERAS Y SUS REPERCUSIONES

ALMA CHAPOY

Antes de la expedición de la Ley de Inversión Extranjera, no existía en nuestro país un ordenamiento legal integrado que regulara específicamente las inversiones extranjeras directas.

Las leyes reservaban las ramas básicas de la economía al Estado, o bien exclusiva o mayoritariamente a mexicanos, pero en las ramas secundarias los extranjeros podían invertir libremente. Por eso los inversionistas extranjeros se orientaron al control de las áreas más dinámicas y adquirieron empresas nacionales productoras de artículos de gran demanda, dedicándose a proporcionar servicios cuya oferta se podría abastecer localmente. "En este sentido su contribución al desarrollo es prácticamente nula".¹

El Estado se reservaba las actividades económicas fundamentales y de gran repercusión en toda la economía:

¹ Horacio Flores de la Peña. *Intervención en la Cámara de Diputados*, 10 de febrero de 1973.

petróleo, petroquímica básica, energía eléctrica, ferrocarriles, comunicaciones telegráficas y radiotelegráficas.

Los sectores reservados exclusivamente a mexicanos eran: instituciones de crédito y organismos auxiliares, instituciones de seguros, instituciones de fianzas, sociedades de inversión, radio y televisión, transporte automotriz en carreteras federales, distribución de gas y explotación forestal.

En las siguientes actividades la participación extranjera se limitaba a una proporción que variaba entre el 34 y el 49%: petroquímica secundaria; minería; producción, distribución y exhibición de películas cinematográficas; transportes marítimos internacionales y servicios marítimos de cabotaje; transportes urbanos e interurbanos; piscicultura y pesca; producción, compraventa y distribución de aguas gaseosas así como esencias, concentrados y jarabes que sirvan para la elaboración de las mismas; prensa y editoriales de libros y revistas; publicidad y propaganda; plantas empacadoras de productos marinos; conservación y empaque de productos alimenticios; empresas de transportes aéreos; industrias hulera y siderúrgica, del cemento, vidrio, fertilizantes, celulosa y aluminio; agricultura; artículos de tocador, productos farmacéuticos y medicinales.²

En las restantes actividades, los extranjeros podían invertir libremente.

Pero el 26 de diciembre de 1972 —precedida por alardes publicitarios y demagógicos— fue enviada al Congreso de la Unión la iniciativa de “Ley para promover la inversión mexicana y regular la inversión extranjera”, que

² *La legislación mexicana en materia de Inversiones Extranjeras*. Centro de Estudios Económicos del Sector Privado, A. C., México, 1971.

determina que *en ningún caso la inversión extranjera podrá ser mayor del 49%*, y establece minoría extranjera no sólo en la propiedad de la empresa, sino también en la administración.

Pese a las controversias que en torno a esta ley surgieron, casi lo único que hace es recopilar la serie de principios y normas que ya existían, encuadrándolas en un documento general. Y en realidad, ni siquiera este propósito se alcanzó plenamente, pues su texto hace frecuentes referencias a otras disposiciones señaladas por las «leyes específicas»; por tanto, no se logra presentar en un solo documento la posición general actual. La nueva ley, expedida el 9 de marzo de 1973, entró en vigor dos meses después.

En un intento de hacer cumplir el requisito de propiedad mayoritaria de mexicanos, la ley establece que las acciones que pertenezcan a extranjeros deberán ser nominativas; empero esto puede ser violado por la acción de los prestanombres que seguramente habrán de multiplicarse con la aparición de esta norma. Incluso el secretario del Patrimonio Nacional, licenciado Horacio Flores de la Peña, en su intervención ante el Senado el 10 de febrero de 1973, expuso los antecedentes económicos de la nueva legislación sobre inversión extranjera en México y reconoció que “mientras existan empresas que den grandes utilidades y mexicanos que sacrifiquen al país por su bienestar personal, la ley podrá ser burlada”.

Por otra parte, aun cumpliendo con el requisito de capital mayoritario de mexicanos, puede suceder como hasta ahora, que el 49% esté en manos de un poderoso grupo extranjero, y el 51% disperso entre muchos accionistas nacionales. Lógicamente, el grupo extranjero tendrá el control real de la empresa.

La ley introduce un elemento de gran elasticidad con

la creación de la Comisión Nacional de Inversión Extranjera, compuesta por siete secretarios de Estado: de Gobernación, Relaciones Exteriores, Hacienda y Crédito Público, Industria y Comercio, Presidencia, Patrimonio Nacional y Trabajo y Previsión Social. Los titulares de estas dependencias son miembros propietarios, y los suplentes, los subsecretarios designados por los respectivos secretarios.

A esta Comisión se le conceden muy amplias y flexibles facultades; por ejemplo, en lo que respecta a los porcentajes de propiedad nacional o extranjera, podrá modificarlos "cuando lo juzgue conveniente". Esta disposición da base para pensar que dado el gran poder del capital internacional, la comisión estará presta a doblar las manos ante cualquier amenaza de las grandes corporaciones de retirarse del país o de no invertir aquí.

Flores de la Peña en su ya citada intervención ante el Senado se refirió a que necesitamos de la inversión extranjera por tres razones fundamentales:

- a) porque cualquier inversión tiene un contenido de importación que muchas veces se financia con la inversión externa;
- b) sólo a través de ella se garantiza el acceso abierto y permanente a la tecnología moderna;
- c) asegura mercados exteriores.

Estas son precisamente tres de las formas principales a través de las cuales las empresas multinacionales presionan y ejercen su poder. Si se reconoce la necesidad que se tiene de ellas, eso implica que habrá que ceder ante las condiciones que fijen las grandes empresas, y es aquí donde intervendrá la Comisión Nacional de Inversiones Extranjeras, con sus elásticas funciones.

Se afirma que uno de los aspectos positivos de la ley es que se establece un registro para los inversionistas ex-

tranjeros. Se supone que esto permitirá conocer realmente la magnitud de sus actividades, sus implicaciones y estructura. Sin embargo, estas empresas siempre han encontrado la forma de falsear sus estados contables y ocultar diversas prácticas, muchas de ellas ilícitas.

La ley no fija límite alguno a la remisión de utilidades, lo cual sí podría afectar a los inversionistas extranjeros. Por otra parte, la reinversión de utilidades no es siempre lo mejor, porque son utilidades generadas en el país, no se reciben divisas de fuera, y por medio de la reinversión de utilidades puede ocurrir que toda una rama de la industria mexicana sea adquirida por extranjeros, o que la inversión del exterior se extienda a otras ramas.

Así pues, la nueva legislación de ninguna manera es, como algunos pretenden, una medida radical, un ataque a la inversión extranjera. Por el contrario, es excesivamente moderada y difícilmente ahuyentará la inversión extranjera; lo hará en los casos de empresas que insistan en operar con capital propio en un 100%, práctica que ya empieza a desaparecer.

Por tanto, puede afirmarse que mientras subsista el actual sistema político y económico, el capital del exterior seguirá acudiendo al país, con sus consecuencias negativas.

La debilidad de esta ley deriva fundamentalmente de que está dada dentro del marco capitalista. La inversión extranjera directa forma parte de un contexto, es la manifestación del proceso de expansión de los monopolios internacionales, que son la esencia del capitalismo; por tanto, no se puede abordar el problema con una ley y de manera aislada.

Esta ley cuando mucho conseguirá sustituir el capitalismo extranjero por un capitalismo nacional, pues no se habla del propósito de llevar adelante una política de nacionalizaciones en la que el Estado vaya tomando a su

cargo cada vez un mayor número de empresas, sino simplemente de mexicanizar la inversión, lo cual significa favorecer y fortalecer a la oligarquía nacional.

En tanto no varíe el rumbo de nuestra economía y el país se mantenga supeditado al imperialismo, uno de cuyos principales instrumentos es la inversión extranjera, poco se podrá hacer.

Un primer paso para luchar contra el agudo problema de la dependencia es la política de diversificación comercial, financiera y tecnológica, que sólo de manera muy limitada ha empezado a seguirse en el país.

Falta, además, que el gobierno tenga un verdadero programa de desarrollo económico aplicable al menos a las ramas de la economía que se supone están bajo su control.

Si realmente se tiene el propósito de promover la inversión doméstica, las autoridades deben cuidar de movilizar de manera adecuada el ahorro nacional para que vaya a los campos más conducentes al progreso.

El ahorro interno bastaría para financiar la inversión realizada, aun sin considerar el enorme volumen de ahorro potencial que pierde cada año por consumo suntuario, capacidad instalada ociosa y otros desperdicios que derivan de la concentración del ingreso.

Como lo hizo notar el secretario del Patrimonio Nacional, Horacio Flores de la Peña, entre 1965 y 1969 el ahorro privado ascendió a 230 mil millones de pesos, superando a la inversión privada en 21 400 millones, cantidad que fue absorbida por el Estado a través de sus instituciones financieras, y que se dedicó a la inversión. "La diferencia entre ahorro e inversión del sector privado es permanente. Por su parte, la inversión fija pública fue en el mismo periodo de 91 900 millones, contra un ahorro público de 59 800 millones. Alrededor de 21 000 millones se tomaron del sector privado porque no los invirtió y 10 mil

millones se allegaron como fondos de préstamos del exterior". Y concluyó Flores de la Peña: "No son los ahorros internos los que son limitados; lo que es limitada es la iniciativa para invertir".³

También en ese lapso —1965 a 1969— 1 580 millones anuales invertidos por consorcios extranjeros, permitieron que se remitieran al exterior utilidades provenientes de esa inversión por 3 033 millones, lo que arrojó un déficit global en ese periodo de 7 263 millones.⁴ Esto demuestra que es falso que la inversión extranjera directa es imprescindible para el desarrollo económico porque falta ahorro interno.

Claro que para ser justos habría que tomar en cuenta —como insisten los defensores de la inversión extranjera— la contribución que las trasnacionales hacen a las exportaciones del país huésped.

Sin embargo, la mayoría de estas inversiones están orientadas al consumo interno y no han contribuido a la exportación de manufacturas. Por tanto, tampoco por este concepto han influido favorablemente sobre la balanza de pagos. Cuando la compra o la creación de empresas está motivada por las altas tasas de ganancias que logran en el mercado doméstico, no es de esperar que las empresas extranjeras fomenten por sí mismas las exportaciones de productos manufacturados, sobre todo a mercados en que competirían con la casa matriz.⁵

Pero mientras no se movilice adecuadamente el ahorro

³ Horacio Flores de la Peña, *Intervención en el Congreso de la Unión*, 10 de febrero de 1973.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

interno y subsista el déficit comercial, el país seguirá con las puertas abiertas al capital extranjero para compensar ese déficit, y por ende, no podrá aspirarse a alcanzar la soberanía y la independencia económica.

No obstante las limitaciones de la Ley de Inversión Extranjera, en las semanas que precedieron y siguieron inmediatamente a su aprobación surgieron muchas protestas.

Varias declaraciones al respecto surgieron del Consejo para las Américas que agrupa 220 compañías estadounidenses con casi 12 mil millones de dólares de inversión; este Consejo se mantiene en estrecho contacto con la Casa Blanca, con el Congreso y con funcionarios gubernamentales norteamericanos, por lo que tiene gran influencia en las decisiones oficiales. Sus integrantes consideran a los países del *Grupo Andino*, a Argentina y sobre todo a México, como puntos neurálgicos para el futuro de la inversión extranjera en Latinoamérica, y señalaron que los empresarios estadounidenses no tienen por qué ir a países donde se producen cambios y las posibilidades de beneficios no son prometedoras.

Ideas semejantes expresó el entonces embajador de EUA en México, Robert McBride; el presidente de la Cámara Americana de Comercio, Frank B. Loretta, y varios empresarios norteamericanos, preocupados por lo que consideraron un clima de intransigente nacionalismo. Brasil —señalaron— es un país modelo porque ofrece magníficas condiciones; por ello atrae cantidades de capital que antes se destinaban a otros países latinoamericanos.

Así pues, con la nueva ley, surgió el temor en las grandes empresas multinacionales aquí establecidas y en las interesadas en hacerlo, respecto al funcionamiento en la práctica de la ley y sobre lo que pudiera traer el futuro para la inversión extranjera directa en nuestro país.

Pero poco después, el entonces secretario de Estado norteamericano, William P. Rogers, aunque expresó que los capitalistas norteamericanos necesitaban analizar las "perspectivas mexicanas en materia de inversión privada extranjera", vaticinó al mismo tiempo un aumento de la participación de las corporaciones norteamericanas en la actividad económica de México, dado el "relativamente favorable clima existente en este país para las inversiones extranjeras."⁶

Lo que sucede es que las grandes empresas internacionales necesitan seguirse expandiendo y México no es el único país que ha señalado que hay que limitar su poder y controlar sus actividades.

De unos meses acá ha crecido el clamor mundial contra la actuación del capital internacional a través de las corporaciones transnacionales.

El desaparecido presidente Salvador Allende acusó a estas empresas en la tribuna de las Naciones Unidas, detallando las dificultades de Chile con la rrr y con la *Kenecott*.

Pero no sólo en Chile se han suscitado conflictos. En Bolivia se expropiaron propiedades de la *Gulf Oil Corporation*, la *United States Steel* y la *Engelhard Industries*. Argentina anunció planes para «argentinizar» industrias básicas. Guyana expropió la *Alcan Aluminium Limited* y Ecuador nacionalizó la rrr. En Venezuela, una empresa descentralizada es responsable total de la explotación de gas natural y el gobierno aumentó en forma retroactiva los impuestos a las compañías petroleras norteamericanas.

Por su parte, las naciones del *Pacto Andino* fijaron a los empresarios extranjeros un plazo de quince a veinte

⁶ *Excelsior*, 20 de abril de 1973.

años para entregar sus propiedades, además de otras condiciones.

Hay que considerar también que las reglamentaciones para el capital extranjero no son exclusivas de los países subdesarrollados. Canadá, Australia, Francia, Gran Bretaña, etcétera, están ya imponiendo restricciones legales a las empresas multinacionales que actúan en sus respectivos países. En Europa hay un gran sentimiento de alarma y han sido denunciadas las operaciones especulativas de las trasnacionales durante las fases más graves de la crisis monetaria mundial, que se ha vuelto casi permanente. Esta actitud de los países desarrollados ha servido para fortalecer el nacionalismo del «Tercer Mundo». Los latinoamericanos han tomado conciencia de que deben controlar ciertas áreas, sobre todo los recursos naturales, pues si en los países desarrollados las grandes compañías provocan problemas comerciales y monetarios, en las naciones débiles hacen disminuir gradualmente la soberanía económica, ya que el supuesto desarrollo depende en forma creciente de las corporaciones trasnacionales.

Los gobiernos latinoamericanos, al darse cuenta de los peligros derivados del enorme potencial económico de tales empresas, han acentuado los procesos nacionalistas y de solidaridad continental. La Ley de Inversión Extranjera en México —pese a sus limitaciones—, el breve pero fulgurante gobierno de Unidad Popular en Chile, el programa de nacionalizaciones en Argentina, las acciones del gobierno militar peruano, la lucha de Ecuador contra los pesqueros estadounidenses y acciones similares de otros gobiernos latinoamericanos, pueden conducir a algunos cambios, pues antes las trasnacionales se movían con entera libertad. Empero, es preciso insistir, poco podrá hacerse dentro del marco capitalista.

Además de las medidas particulares de diferentes paí-

ses, el asunto del creciente poder e intervencionismo de las corporaciones extranjeras se discute en varios foros regionales e internacionales y en agrupaciones y reuniones de todo tipo.

La Primera Asamblea Sindical Mundial, reunida en Santiago de Chile a principios de abril de 1973, acusó a las trasnacionales de asfixiar cualquier posibilidad de libertad, justicia y soberanía de los pueblos del «Tercer Mundo», perjudicando también a los trabajadores de los países desarrollados.

La Asamblea General de la Organización de Estados Americanos celebrada en 1973, resolvió condenar la actitud intervencionista de estas corporaciones y pidió a EUA que adoptara las medidas necesarias para evitar que sigan incurriendo en actos de intervención en los asuntos internos o externos de los países latinoamericanos. La nueva OEA que se pretende crear, debe plantearse como uno de sus principales objetivos la defensa de los países latinoamericanos ante estas empresas que cuentan con grandes recursos y tienen claras conexiones con quienes ocupan el poder en su país de origen.

Anteriormente, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas había aprobado por doce votos a favor y con la abstención de EUA, Reino Unido y Francia, un proyecto de resolución que pide “dictar medidas apropiadas para impedir la acción de las empresas multinacionales que pretenden coaccionar a los países de Latinoamérica”.

En la Reunión de CEPAL (1973), México pidió que se emprendiera un estudio sistemático para definir las características que adopta la presencia de las corporaciones multinacionales en Latinoamérica, cuyas actividades influyen en el control de los centros de decisión económica de la región.

Por encomienda de las Naciones Unidas, un grupo de

cuarenta naciones formuló el proyecto de la "Carta de los Deberes y Derechos Económicos de los Estados" que fue propuesta por México en la Tercera Conferencia sobre Comercio y Desarrollo (1972), y que en 1974 será presentada ante la Asamblea General de las Naciones Unidas. Pero parece ser que los países poderosos pretenden que la «Carta» sea un simple código moral, ineficaz desde el punto de vista jurídico, pues rechazan la posibilidad de que los principios del documento se conviertan en normas obligatorias del Derecho Internacional Público.

En 1972, un código de conducta para los inversionistas extranjeros fue elaborado por la Cámara Internacional de Comercio, organismo que tiene diez mil socios en cuarenta y tres países. El código es más bien una serie de buenos deseos, un catálogo de lo que debe ser la inversión extranjera, pues no se mencionan sanciones a los infractores de los preceptos allí enunciados. Las recomendaciones que contiene son las mismas que muchos países del «Tercer Mundo» han hecho a esas empresas multinacionales para que acaben con las prácticas lesivas a su economía.

También dentro de la FAO se ha creado un grupo de peritos para que estudie el papel de estas empresas y sus interferencias en las relaciones internacionales, especialmente en el «Tercer Mundo».

Pero lo que mayores repercusiones ha tenido hasta el momento es el escándalo suscitado por las actividades de la International Telephone and Telegraph en Chile, que dio por resultado que en EUA se constituyera un subcomité senatorial para estudiar las actividades que realizan esas grandes empresas y sus efectos dentro y fuera de EUA.

Es de suponerse que muchas otras compañías desarrollan en otros países planes semejantes a los de la ITT. Sim-

plemente en Chile no fue la única empresa que atentó contra el pueblo chileno; otras corporaciones, como la *Anaconda*, financiaron también la oposición de derecha.

El subcomité se avocó a la tarea de determinar, entre otras cosas, hasta qué punto han sido utilizados los programas de ayuda exterior estadounidense para servir a las necesidades de las empresas multinacionales norteamericanas y cómo éstas han desprestigiado la imagen de EUA en el exterior. Buscó definir también si han crecido al grado de escapar a todo control, tanto del gobierno estadounidense como de los gobiernos huéspedes, a fin de decidir si se debe imponer a estas corporaciones una especie de código internacional.

La investigación sacó a la luz pública las relaciones entre las empresas multinacionales y altos funcionarios gubernamentales. Como ejemplo está John McCone, consejero de la RIT, ex director de la CIA y uno de los consejeros de Johnson en asuntos latinoamericanos y del sudeste asiático. Nixon se ha rodeado de ejecutivos de trasnacionales.

Es importante recordar que Harold Geneen, presidente de la RIT, jugó un papel importante hace aproximadamente doce años cuando el Congreso aprobó la Ley Hickenlooper, que obliga al gobierno norteamericano a suspender la ayuda exterior al país que expropie o viole un contrato con una compañía estadounidense, o cree un impuesto discriminatorio que afecte a los intereses privados norteamericanos.

Paralelamente a las sesiones del subcomité senatorial, funcionarios gubernamentales y aun de empresas trasnacionales, emitieron opiniones que apoyan las demandas de los países contra esas corporaciones. El senador Mike Mansfield declaró que el capital extranjero tiene que reconocer el hecho de que al entrar en un país debe

someterse a las leyes de su anfitrión, abstenerse de intervenir en sus asuntos y aceptar realizar sus actividades a la vista de todos.

Incluso algunos funcionarios de grandes empresas, como Charles Robinson, presidente de la Marcona Corporation, compañía minera trasnacional, manifestó que el gobierno de EUA y las empresas multinacionales deben reconocer las necesidades del «Tercer Mundo» y dejar de practicar una política equivalente a la diplomacia de los cañones del siglo pasado contra los países que nacionalizan empresas norteamericanas. Además, EUA debe revisar su programa de ayuda exterior y cumplir las promesas de trato preferencial a las manufacturas iberoamericanas para mejorar las relaciones comerciales con Latinoamérica.

Pero las protestas dentro y fuera de EUA no parecen afectar a las grandes empresas. Las declaraciones ante el Comité del Senado estadounidense que investigó sus actividades, demostraron la seguridad que tienen en su fuerza, y en el caso de la RTR salta a la vista el entendimiento entre la compañía y la política gubernamental.

El poder y arrogancia de estas empresas, los lazos con funcionarios públicos antiguos y en actividad, muestran la amenaza que representa una empresa multinacional para el desarrollo del «Tercer Mundo». Junto a esa imagen, las deliberaciones y críticas en los diversos foros internacionales y las medidas —radicales o no— adoptadas por los países subdesarrollados y desarrollados, se empuñan.

Desde antes que se iniciara la investigación senatorial, los grandes consorcios internacionales se aprestaron a salir al paso de lo que llamaron una embestida nacionalista y convirtieron a su gobierno en un aliado. Efectivamente, Nixon declaró que las corporaciones trasnacionales «son una herramienta viable para la prosperidad

del mundo”⁷ y pidió al Congreso que no reforme la legislación sobre inversión directa en el extranjero.

La mayoría de los funcionarios gubernamentales estadounidenses que declararon ante el subcomité senatorial, se opusieron a un mayor control sobre las actividades de estas compañías y coincidieron en señalar que las actividades de esas empresas en el extranjero benefician enormemente a la economía metropolitana.

Siendo escasos los países que no imponen la mínima restricción a la inversión extranjera, no se puede pensar que la ley mexicana sobre esta materia, y aun medidas más radicales, ahuyenten el capital del exterior.

Los empresarios norteamericanos hablan mucho del caso de Brasil, que les proporciona un clima favorable y muchas ventajas y facilidades. Pero es imposible que toda su inversión vaya a ese país o a otros pocos —cabe esperar que sean cada vez menos— que les ofrezcan condiciones similares.

Y aun en Brasil, ciertos indicios hacen pensar en un posible cambio de actitud. Por ejemplo, en su edición de noviembre de 1972, *The Financial Times* de Londres publicó un artículo de su corresponsal en Río de Janeiro, que entre otras cosas apunta:

Numerosos acontecimientos recientes (en Brasil) indican que los sectores militares piensan que ya es demasiado y que los extranjeros están volviéndose demasiado poderosos en el país. La industria nacional está prácticamente en manos extranjeras, encabezada por Volkswagen, seguida entre otras por Ford, General Motors y Chrysler; la industria de cigarrillos y cerillos está

⁷ *Excelsior*, 10 de abril de 1973.

dominada por las compañías inglesas, la de construcción de buques depende de Verolme (holandesa) y de Ishikawajima (japonesa), para mencionar sólo algunos sectores industriales.

“A mediados de octubre (1972) el Ministro de Justicia prohibió la publicación de un artículo escrito por el doctor Roberto Campos, gran entusiasta de la inversión extranjera; algo asombroso, considerando la posición de poder que ese economista tenía en la época del mariscal Castillo Branco. Esto no hubiera podido ocurrir sin las órdenes concretas de los militares. Al mismo tiempo, se entiende que los altos funcionarios del gobierno vetaron la adquisición de un gran banco de provincia por parte de un banco estadounidense, y han puesto fin a una lucrativa concesión de mercado otorgada a una empresa petrolera europea, a favor de Petrobras, compañía estatal.

Las grandes empresas necesitan un campo creciente para su capital en constante expansión, y en los próximos años, EUA necesitará importar más minerales y combustibles; en consecuencia, deberá tener una manera razonable de conseguir el acceso a esos recursos en los países subdesarrollados. Puede preverse entonces que las relaciones entre compañías multinacionales y países huéspedes se modifiquen, aunque sólo sea de manera superficial, pues forzosamente las empresas tendrán que reaccionar ante el creciente nacionalismo.

De hecho ha variado ya el objetivo de “compañías filiales con el 100% del capital”. Empresas tradicionales como la Dupont y la American Cyanamid se avienen ya a ser socios minoritarios, entre otras cosas porque pueden penetrar a través de la tecnología, lo que como

se ha visto, implica también serios peligros para la independencia nacional.

Seguramente adoptarán un nuevo estilo en la conducción de sus filiales extranjeras; empero, hay pocas esperanzas de que este nuevo estilo implique menos explotación y supeditación de los países huéspedes. Cambiarán de tácticas, emplearán maniobras más sutiles y disimuladas, pero no puede esperarse que renuncien a sus privilegios; simularán adaptarse a las disposiciones de cada país y quizá en algunos casos se verán obligadas a ceder mínimamente, pero es utópico pretender que algo efectivo podrá hacerse contra ellas dentro del marco de una estructura capitalista.

Todo lo anterior revela que es mundialmente reconocida la necesidad de legislar la actividad de las trasnacionales a nivel nacional y mundial. Pero a la vez es evidente la dificultad para encontrar la manera de enfrentarse a ellas. De cualquier modo, la solidaridad de los pueblos latinoamericanos —y en general, del «Tercer Mundo»—, la lucha continua por la independencia económica y contra el imperialismo, habrá de dar frutos.

Comentario

Arturo Bonilla.—Creo que el debate ha sido interesante y provechoso. Seguramente hay otras cuestiones que podrían ser examinadas, pero el tiempo de que disponemos es corto y tenemos que limitarnos a las principales. En relación con éstas quisiera plantear alguna duda y hacer una breve reflexión.

Me parece que ha quedado bastante bien establecido el alcance de la nueva Ley, así como el hecho de que, no obstante lo que dicen ciertos funcionarios, las cosas no van a mejorar fácilmente con ella. En cambio, creo que convendría ahondar —aunque soy consciente de que este tema desborda al de la inversión extranjera— en el examen de la situación política en que ha surgido la Ley. En otro momento, pienso que podríamos avanzar en torno a esta cuestión, y aun tratar de precisar mejor las fuerzas políticas que se mueven hoy en el país y sus principales contradicciones.

El licenciado Aguilar subrayaba, en la primera parte de su exposición, que el nacionalismo no es uniforme sino que expresa las contradicciones de clase propias de una sociedad capitalista. El nacionalismo burgués no es igual al de las clases explotadas. Pues bien, para evaluar la política sobre inversiones extranjeras debemos comprender a fondo el alcance del nacionalismo burgués. Y yo creo que, históricamente, el papel de la burguesía como agente del cambio social, por un lado, y como defensor, por el otro, de la soberanía y los intereses nacionales, está agotado. Lo que no quiere decir que no pueda llevar a cabo medidas reformistas de corto alcance

y que, como diría el maestro Ricardo Torres Gaytán, en alguna ocasión, son "parches" al sistema.

Lo cierto es que el otro sector, el de las clases explotadas, es el que ofrece a la sociedad una posibilidad de transformación revolucionaria. Pero tampoco aquí se justificaría hacerse ilusiones y creer que, a corto plazo y sin grandes esfuerzos, las masas van a convertir su potencial revolucionario en un poder real. El pueblo está dividido, desorientado, desorganizado. La izquierda es débil y no está por ahora en condiciones de acometer grandes tareas. La burguesía tiene una gran capacidad de enajenación y con frecuencia impone incluso a los obreros su propia ideología.

La nueva ley sobre inversiones extranjeras parece haber sido comprendida por los inversionistas. Seguramente se dan ya cuenta que no les afecta gravemente. Pero, ¿la habrán comprendido los trabajadores? ¿Serán éstos conscientes de que se trata de una medida reformista más que, incluso si fuese más estricta, no lograría resolver ninguno de los más graves problemas que aquejan al pueblo mexicano?

Aun si no hubiese otros obstáculos, la corrupción que priva en nuestro medio sería quizá suficiente para invalidar la nueva ley. Porque corrupción significa burocracia, ineptitud, rutina y complacencia. Y lo más probable es que, aun los inversionistas que ahora pueden estar más preocupados, aprendan las nuevas reglas del juego y se entreguen a ganar dinero, quizá aún más que antes, porque como ya ha quedado claro en el debate, el gobierno mexicano admite y aun atrae empeñosamente al capital extranjero, sólo que ahora siente la necesidad de hacerlo dentro de un marco legal más preciso y que ofrezca mayores garantías tanto a los inversionistas nacionales como a los extranjeros.

Respuesta a un pasante de economía

[Un pasante de Economía que trabaja en su tesis de grado sobre el tema de la política de inversión extranjera y asiste como observador a la sesión del seminario, solicita autorización para intervenir, la cual le es concedida por los participantes.]

Pasante de Economía. —Desearía que se concretara algo más el alcance de las limitaciones que impone la ley actual a la inversión extranjera con respecto a la legislación anterior. En algún artículo de la ley de 1958, se señala que las inversiones extranjeras aprobadas deberán inscribirse en el Registro Nacional que establecería la entonces Secretaría de Economía, o sea la que desde 1959 es la Secretaría de Industria y Comercio. Tal disposición es muy semejante a la ley actual y desde aquel año se estipulaba que en el Registro se asentaran, como condición indispensable para extender la correspondiente autorización, los datos relativos a la cuantía y naturaleza de la inversión, la participación de los accionistas mexicanos satisfactoriamente acreditada, la personalidad y domicilio legales del inversionista y los datos comprobatorios de que estaban cumplidas todas las otras condiciones aplicables al caso para «otorgar el permiso». Yo quisiera solicitar al licenciado Carmona un comentario a este respecto.

Fernando Carmona.—Con mucho gusto, compañero. En mi intervención, como procuré aclararlo en diversos momentos, traté de mantenerme en un cierto nivel de abstracción que consideré indispensable para ubicar el problema de la política mexicana de inversión extranjera, que estudiamos desde una perspectiva propiamente histórica. No sé si pude lograrlo ni en qué medida; pero

en todo caso dejé asentado que procuraría no ocuparme de las cuestiones más específicas que hubieran requerido otro enfoque y nos alejarían del examen convenido, que repito, tiene que comprenderse como parte de una acción más amplia del Estado en los niveles nacional e internacional y apoyarse en una interpretación científicamente válida de su carácter, orientación y alcances, como una condición necesaria (aunque desde luego no suficiente) para el análisis de la dinámica histórica de la inversión extranjera —*directa e indirecta*—, el papel que cumple en el proceso nacional de acumulación y de desarrollo socioeconómico y sus consecuencias estructurales más importantes.

Creo interpretar correctamente que la ley a que usted se refiere es la reglamentaria del artículo 27 constitucional en materia de petróleo, que no sólo extiende la exclusividad del Estado en la explotación primaria de los hidrocarburos decretada desde la nacionalización de 1939, a la petroquímica básica, sino, como lo recordaba usted hace un momento, establece determinadas limitaciones a la participación del capital extranjero en la industria petroquímica secundaria, cuya letra y espíritu, si bien constreñidos a un ámbito más específico de la economía nacional, en algunas disposiciones se asemeja bastante a las de la legislación actual que tiene un alcance mucho más amplio que la ley de 1958, promulgada casi como último acto del gobierno del señor Ruiz Cortines, por cierto gracias a la iniciativa de personalidades patrióticas tan destacadas como Narciso Bassols y Lázaro Cárdenas, que en ese momento advirtieron con toda claridad el importantísimo papel que en la época actual corresponde en el desarrollo económico al aprovechamiento de los hidrocarburos —no renovables, y por tanto, irrecuperables—, más como primeras materias para obtener toda

una gama de satisfactores en variados campos, y *menos* como energético y, en verdad, como simple combustible, que es un uso creciente irracional desde el punto de vista del porvenir de la humanidad y de una sociedad como la mexicana, y sabiendo, además, que el capital, los canales de comercialización, las patentes, los equipos y la tecnología de la petroquímica en el mundo capitalista, y en los Estados Unidos en especial, eran desde entonces y son más ahora, patrimonio de grandes consorcios monopolistas trasnacionales, ávidos de expansión en países como México que a la vez que cuentan con hidrocarburos, disponen de un amplio mercado interno y ofrecen posibilidades de exportación hacia otros países, principalmente centro y sudamericanos.

Pues bien, la industria petroquímica básica y secundaria ha tenido un considerable desarrollo en nuestro país desde entonces. Es indudable que el carácter de actividad nacionalizada de la industria petrolera que constituye su asiento abría —y aun abre— posibilidades más firmes y amplias que las habidas en los demás países subdesarrollados y dependientes para el desarrollo de su industria petroquímica. Pero ninguna de las disposiciones legales y administrativas aprobadas en 1958 han impedido que el capital monopolista interno y, sobre todo, el internacional, obtengan los mayores beneficios de su desarrollo. La expansión de la petroquímica básica la realiza *Pemex*, es cierto, mas tiene que depender del financiamiento y la tecnología proporcionada por el capital monopolista extranjero; su producción sirve para el abasto seguro, regular y de bajo precio de bienes intermedios a las empresas de la rama secundaria, en las que es incontestable el dominio ejercido por el capital monopolista internacional amparado por el imperialismo norteamericano: todas las Du Pont de Nemours, Colgate-

Palmolive y Procter and Gamble, Celanese, Good Year Oxo, U.S. Royal y Goodrich Euzkadi, Union Carbide, etcétera.¹

Un tanto se repite en esta industria la relación establecida en el pasado, especialmente desde el gobierno de Ávila Camacho y, en lo fundamental, hasta septiembre de 1960 cuando se produjo la nacionalización de la industria eléctrica, entre la Comisión Federal de Electricidad, de una parte, y los monopolios extranjeros de la American Bond and Share y la Mexican Light and Power, de la otra. Y si la posición nacionalista frente al capital trasnacional en la electricidad comienza a perderse con las prórrogas de los gobiernos avilacamachista y alemanista autorizadas a sus concesiones (¡por otros cincuenta años!), en el caso de la industria petrolera ese debilitamiento se hizo patente desde el gobierno de Alemán, cuando se acuerda en 1947 el pago de la indemnización a El Águila —es decir, la Shell-Dutch Petroleum— cuantiosa, excesiva y alejada por completo del significado antimperialista de la acción del gobierno de Cárdenas. En verdad esas dos empresas *estatales* han servido al desarrollo del capitalismo monopolista desde hace varios lustros, como puede comprobarse sin mayores dificultades.

En un contexto así, en lo referente a la aplicación de la ley de 1958, es apenas natural que, cualquiera que haya podido ser su propósito nacionalista original, y aunque hubiera, por ejemplo, evitado por completo la presencia de los inefables «prestanombres» de la *lumpen burguesía* mexicana —cosa que es de dudar—, lo que jamás pudo evitar es la profundización de la dependen-

¹ Véase "La industria petroquímica mexicana", *Estrategia*, año 2, núm. 7.

cia financiera, tecnológica y comercial precisamente con el propio desarrollo *posible* en las condiciones de la subordinación estructural del país. Por otra parte, el Registro Nacional creado entonces no pasó de ser una entidad administrativa de segundo orden, de un rango burocrático menor, desde luego, que el de las comisiones que ahora se anuncian con las nuevas leyes.

Con todo lo dicho en mente, veamos ahora algunos criterios de la ley actual «para regular la inversión extranjera», como los establecidos en el artículo 13, con base en las cuales se expedirán las autorizaciones «que procedan», criterios que incluyen cosas tan idílicamente hermosas como las siguientes: “*no desplazar a empresas nacionales que estén operando satisfactoriamente*” (fracción II); “*sus efectos positivos sobre la balanza de pagos*” (fracción III); “*la medida en que financien sus operaciones con recursos del exterior*” (fracción VI); “*no ocupar posiciones monopolísticas en el mercado nacional*” (fracción X); “*preservar los valores sociales y culturales del país*” (fracción XIV); “*la identificación del inversionista extranjero con los intereses del país*” (fracción XVI).

A la vista de lo anterior uno podría preguntarse: ¿Dónde quedó la experiencia histórica toda del país, en casi un siglo de relación subordinada con el imperialismo? ¿Acaso no habrá ya empresas mexicanas que desplazar, o las que podrían serlo se han *asociado* ya o están por hacerlo, con el capital monopolista internacional y en esto consiste lo «satisfactorio» de su operación? ¿La indudable responsabilidad del capital monopolista exterior en los crecientes quebrantos de la balanza nacional de pagos será su contribución positiva? ¿La vara que mide el uso de recursos exteriores para financiar las operaciones será la *inversa*, y por tanto se autorizará las

inversiones de empresas que utilicen crecientemente los recursos internos? ¿Es que en verdad los intereses del pueblo y del país son los de la burguesía dependiente, *identificada* con el capital trasnacional? ¿La desculturización patente en las últimas décadas, o si se prefiere, la afirmación de una *cultura dependiente*, tan expresiva del desarrollo monopolista de México, será tal vez la preservación de los valores sociales y culturales que se busca? ¿Y qué decir sobre la condición de *no ocupar posiciones monopolísticas* en el mercado interno, en plena era monopolista?

Creo haber respondido a todas o casi todas las interrogantes anteriores en mi larga exposición. Pero veamos rápidamente otras cuestiones. Muchos pretenden ahora que los responsables de algunos defectos de la inversión extranjera son los ilegales *prestanombres*, sujetos por la nueva ley a un régimen de penalizaciones más severo que el anterior, al mismo tiempo que se eleva la asociación de los capitalistas nacionales «mayoritarios» con los extranjeros al rango no sólo de legal sino de conveniente y necesaria para el desarrollo del país, asociación que es por fuerza intrínsecamente subordinada, como lo enseña la historia de la burguesía de nuestros países subdesarrollados. Esto constituye la principal limitación de la política mexicana. Sin olvidar, como se ha dicho aquí, que incluso si se lograra la efectiva participación minoritaria del capital monopolista extranjero (por lo menos inicialmente, mientras los programas de expansión de las empresas no pongan en aprietos a los negociantes mexicanos para mantener su proporción en el capital social), aquél todavía será hegemónico en lo tecnológico, en lo comercial y aun en lo financiero y lo político.

Pero tenemos aun que ponderar la circunstancia de que la parte operativa de la ley se deja a un cuerpo

gubernamental secundario, y que incluso si en México no hubiera la corrupción y el burocratismo que mencionaba Arturo Bonilla, que es otro supuesto no menos idílico que los antes señalados, y si todo se apegara estrictamente a la letra y el espíritu de la nueva ley, el resultado seguiría siendo el de que la actualización, la puesta al día de la dependencia afianzará su carácter estructural y acelerará la penetración imperialista. Por lo demás, estas leyes, como muchas otras, marcan los caminos para lograr un régimen de *excepciones* que tenderá a aplicarse a los monopolios más fuertes y a los que más interesa atraer y fortalecer en el país.²

² El trabajo de Manuel Aguilera citado en el texto anterior contiene interesantes observaciones sobre las «excepciones» de ley.

APENDICE ESTADISTICO

CUADRO No. 1

MOVIMIENTO INTERNACIONAL DE CAPITALES: INGRESOS Y EGRESOS DE CAPITAL
EXTRANJERO (1940-1970)
(millones de dólares)

	1940	1945	1950	1955	1960	1965	1970
<i>Ingresos de capital</i>	7.2	11.6	82.5	194.6	420.0	496.8	999.7
1. Inversión extranjera directa	7.2	3.3	53.9	92.9	67.9	152.6	200.7
2. Disposiciones de créditos externos	—	8.3	28.6	101.7	352.1	344.2	799.0
<i>Egresos</i>	25.3	31.1	76.4	124.7	324.6	602.7	1 122.6
1. Dividendos, intereses y otros pagos de empresas con inversión extranjera	25.3	28.9	47.5	67.1	131.0	174.8	357.5
2. Amortizaciones del crédito externo		1.2	17.7	44.1	163.2	365.7	535.9
3. Intereses sobre deudas oficiales	*	1.0	11.2	13.5	30.4	62.2	229.2
SALDO	—18.1	—19.5	6.1	69.9	95.4	105.9	—122.9

* Menos de 500 000 dólares.

FUENTE: *Statistics on the Mexican Economy*. Nacional Financiera, México, 1974.

CUADRO No. 2

MOVIMIENTO INTERNACIONAL DE CAPITALES: INGRESOS Y EGRESOS DE CAPITAL
EXTRANJERO (1971-1975)

(millones de dólares)

	1971	1972	1973	1974 (p)	1975 (p)
<i>Ingresos de capital</i>	1 102.3	1 277.2	2 502.9	2 922.4	4 002.7
1. Inversión extranjera directa	196.1	214.9	286.9	362.2	362.3
2. Disposiciones de créditos externos*	906.2	1 062.3	2 216.0	2 560.2	3 640.4
<i>Egresos</i>	1 075.7	1 222.6	1 752.2	1 783.2	2 165.9
1. Dividendos, intereses y otros pagos de empresas con inversión extranjera	381.1	451.6	528.4	633.7	699.0
2. Amortización del crédito exterior	455.8	504.5	845.3	561.0	688.1
3. Intereses sobre deudas oficiales	288.8	266.5	378.5	588.5	778.8
SALDO	26.6	54.6	750.7	1 139.2	1 836.8

FUENTE: *Indicadores Económicos*. Banco de México, Subdirección de Investigaciones Económicas.

(p) Datos preliminares.

* Incluye disposiciones del sector público más el saldo neto del sector privado.

CUADRO No. 3

RELACIÓN: SERVICIO DE LA DEUDA-EXPORTACIÓN DE MERCANCÍAS Y SERVICIOS

(millones de dólares)

Año	(1) <i>Servicio de la Deuda exterior^a</i>	(2) <i>Exportación de mercancías y servicios</i>	(3) <i>Exportación de Mercancías</i>	(4) <i>1/2 %</i>	(5) <i>1/3 %</i>
1940	25.3	213.9	159.8	12	16
1945	31.1	500.7	320.8	6	10
1950	76.4	826.7	544.0	9	14
1955	124.7	1 208.1	779.6	10	16
1960	324.6	1 371.8	786.4	24	41
1965	602.7	1 989.1	1 158.2	30	52
1970	1 122.6	2 933.1	1 347.7	38	83
1975	2 165.9	6 303.3	2 998.7	34	72

FUENTE: Cuadros 1 y 2.

^a Dividendos, intereses y otros pagos de empresas con inversión extranjera + amortizaciones del crédito externo + intereses sobre deudas oficiales.

CUADRO No. 4

RELACIÓN: EGRESOS-INGRESOS DE LA INVERSIÓN
EXTRANJERA DIRECTA

(millones de dólares)

<i>Años</i>	<i>(1)</i> <i>Ingresos</i>	<i>(2)</i> <i>Egresos*</i>	<i>(3)</i> <i>2/1</i>
1940	7.2	25.3	3.51
1945	3.3	28.9	8.75
1950	53.9	47.5	0.88
1955	92.9	67.1	0.72
1960	67.9	131.0	1.93
1965	152.6	174.8	1.15
1970	200.7	357.5	1.78
1975	362.3	699.0	1.95

FUENTE: Cuadros 1 y 2.

* Dividendos, intereses, regalías y otros pagos de empresas con inversión extranjera.

CUADRO No. 5

EVOLUCIÓN DE LA INVERSIÓN EXTRANJERA DIRECTA POR RAMAS DE ACTIVIDAD
(millones de dólares)

<i>Ramas de actividad</i>	1940	%	1945	%	1950	%	1955	%
TOTAL	449.1	100.0	568.7	100.0	566.0	100.0	952.8	100.0
Agricultura	8.3	1.9	12.0	2.1	4.1	1.0	17.7	2.0
Minería	107.5	23.9	134.9	23.7	111.8	20.0	174.5	18.0
Petróleo	1.2	0.3	0.9	0.2	11.9	2.0	15.9	2.0
Industria	32.0	7.1	99.8	17.6	147.9	26.0	331.4	35.0
Construcción	—	—	4.0	0.7	4.8	1.0	11.5	1.0
Electricidad	141.2	31.5	136.2	24.0	136.8	24.0	191.4	20.0
Comercio	15.7	3.5	28.7	5.1	70.1	12.0	146.8	15.0
Transportes y Comunicaciones	142.0	31.6	145.5	25.6	75.3	13.0	57.0	5.0
Otras	1.1	0.3	6.7	1.2	3.2	1.0	6.4	1.0

Continuación del Cuadro No. 5

<i>Ramas de Actividad</i>	1960	%	1965	%	1970	%	1973	%
TOTAL	1 081.3	100.0	1 744.7	100.0	2 822.2	100.0	3 617.4	100.0
Agricultura	19.4	2.0	18.3	1.0	30.9	1.0	4.8	0.1
Minería	168.8	16.0	132.1	8.0	155.4	6.0	196.8	5.0
Petróleo	21.6	2.0	45.4	3.0	26.3	1.0	7.9	0.2
Industria	602.2	56.0	1 200.4	69.0	2 083.1	74.0	2 768.8	77.0
Construcción	8.9	1.0	9.8	0.5	9.8	0.5	5.8	0.1
Electricidad	14.9	1.0	11.7	0.7	3.0	0.2	3.0	0.1
Comercio	196.1	18.0	285.0	16.0	436.2	15.0	540.6	15.0
Transportes y Co- municaciones	30.7	3.0	9.2	0.5	7.9	0.3	10.2	0.5
Otras	18.6	2.0	32.7	2.0	69.7	2.0	79.3	2.0

FUENTE: Sepúlveda, Bernardo y Antonio Chumacero. *La inversión extranjera en México*. México, FCE, 1975; para 1973: Bernal Sahagún, Víctor. *El impacto de las empresas multinacionales en el empleo y los ingresos en México*. México, UNAM-IEC —Programa Mundial del Empleo OIT-ONU, 1976.

CUADRO No. 6

VALOR DE LA INVERSION EXTRANJERA DIRECTA POR PAISES DE
PROCEDENCIA
(millones de dólares)

	1950		1957		1960	
	<i>Valor</i>	<i>%</i>	<i>Valor</i>	<i>%</i>	<i>Valor</i>	<i>%</i>
TOTAL	566.0	100.0	1 165.1	100.0	1 081.3	100.0
Estados Unidos	389.7	69.0	906.8	78.0	899.7	83.0
Alemania	n.d.	—	1.8	0.5	6.2	0.5
Canadá	85.9	15.0	141.7	12.0	24.5	2.0
Francia	5.2	1.0	12.6	1.0	16.8	2.0
Holanda	n.d.	—	8.5	0.5	8.0	1.0
Inglaterra	29.7	5.0	41.7	4.0	55.0	5.0
Italia	n.d.	—	12.7	1.0	10.7	1.0
Japón	n.d.	—	7.2	0.5	5.1	0.5
Suecia	51.6	9.0	14.5	1.0	15.8	2.0
Suiza	n.d.	—	6.9	0.5	14.3	1.0
Otros	3.8	1.0	10.7	1.0	25.2	2.0

Continuación del Cuadro No. 6

	1965		1970		1972	
	Valor	%	Valor	%	Valor	%
TOTAL	1 744.7	100.0	2 822.3	100.0	3 147.2	100.0
Estados Unidos	1 456.9	84.0	2 240.7	79.0	2 537.6	81.0
Alemania	31.9	2.0	95.2	3.0	96.0	3.0
Canadá	32.4	2.0	44.4	2.0	66.3	2.0
Francia	15.8	1.0	44.1	2.0	46.4	1.0
Holanda	21.2	1.0	49.5	2.0	36.8	1.0
Inglaterra	56.8	3.0	94.4	3.0	120.7	4.0
Italia	44.5	2.5	55.3	2.0	51.8	2.0
Japón	11.4	0.5	22.0	1.0	38.1	1.0
Suecia	19.7	1.0	36.3	1.0	45.0	1.0
Suiza	30.9	2.0	77.7	3.0	76.3	2.0
Otros	23.0	1.0	62.6	2.0	59.2	2.0

FUENTE: Sepúlveda, Chumacero. *Ibid.* Para 1972: Bernal Sahagún. *Ibid.*

CUADRO No. 7
**VALOR DE LA INVERSION EXTRANJERA DIRECTA EN LA INDUSTRIA
 MANUFACTURERA POR PAÍSES DE PROCEDENCIA.**
 (millones de dólares)

	1950		1957		1960	
	<i>Valor</i>	%	<i>Valor</i>	%	<i>Valor</i>	%
TOTAL	566.0	100.0	468.1	100.0	602.2	100.0
Estados Unidos	389.7	69.0	395.7	85.0	488.3	81.0
Alemania	n.d.	—	1.0	0.3	2.8	0.5
Canadá	85.9	15.0	3.1	0.7	10.0	2.0
Francia	5.2	1.0	10.7	2.0	15.1	2.0
Holanda	n.d.	—	6.4	1.0	5.5	1.0
Inglaterra	29.7	5.0	14.4	3.0	25.2	4.0
Italia	n.d.	—	12.5	3.0	10.4	2.0
Japón	n.d.	—	6.6	1.0	3.9	0.5
Suecia	51.6	9.0	7.4	2.0	10.4	2.0
Suiza	n.d.	—	3.5	1.0	11.4	2.0
Otros	3.7	1.0	6.8	1.0	19.6	3.0

Continuación del Cuadro No. 7

	1965		1970		1972	
	Valor	%	Valor	%	Valor	%
TOTAL	1 200.4	100.0	2 083.1	100.0	2 377.5	100.0
Estados Unidos	994.7	83.0	1 636.2	78.0	1 879.8	79.0
Alemania	28.3	2.0	86.3	4.0	88.4	4.0
Canadá	18.1	1.5	36.1	2.0	49.3	2.0
Francia	6.1	0.5	16.7	1.0	20.0	1.0
Holanda	16.1	1.0	41.7	2.0	33.5	1.4
Inglaterra	44.2	4.0	78.6	4.0	102.8	4.0
Italia	41.8	3.5	50.7	2.0	44.2	2.0
Japón	6.3	0.5	16.3	1.0	31.9	1.2
Suecia	10.0	1.0	21.2	1.0	28.0	1.0
Suiza	26.3	2.0	64.1	3.0	65.8	3.0
Otros	8.6	1.0	35.2	2.0	33.8	1.4

FUENTE: Sepúlveda, Chumacero. *Ibid.* Para 1972: Bernal Sahagún. *Ibid.*

CUADRO No. 8

PARTICIPACIÓN DE LA INVERSIÓN EXTRANJERA DIRECTA EN LA FORMACIÓN
BRUTA DE CAPITAL FIJO

(millones de pesos)

Años	1 <i>Formación bruta total en el país*</i>	2 <i>En el sector privado</i>	3 <i>En las empresas extranjeras</i>	4 <i>2/1 %</i>	5 <i>3/1 %</i>	6 <i>3/2 %</i>
1962	25 044	16 830	1 196	67.0	4.8	7.1
1963	32 546	20 135	1 290	62.0	4.0	6.4
1964	40 339	23 180	2 091	57.0	5.2	9.0
1965	44 225	29 815	2 786	67.0	6.3	9.3
1966	50 434	35 828	3 252	71.0	6.4	9.1
1967	59 571	42 271	3 355	71.0	5.6	7.9
1968	65 685	45 285	2 016	69.0	3.1	4.5
1969	72 500	46 983	3 160	65.0	4.4	6.8
1970	81 000(p)	52 400(p)	4 453	65.0	5.5	8.5

FUENTE: Sepúlveda B. y A. Chumacero, *Ibid.*

* Cifras sujetas a revisión.

(p) Cifras preliminares.

CUADRO No. 9

**PARTICIPACIÓN DE LA INVERSIÓN EXTRANJERA DIRECTA EN LA FORMACIÓN
BRUTA DE CAPITAL FIJO EN EL PAÍS, POR ACTIVIDADES (1962-1970)**
(millones de pesos)

<i>Sectores</i>	<i>1962</i>			<i>1967</i>		
	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>
Agricultura	2 310	3	0.1	4 011	1	—
Petróleo	2 146	11	0.5	4 862	9	0.2
Construcción	82	6	7.3	93	8	8.6
Electricidad	2 045	10	0.4	2 946	9	0.3
Industria	7 277	1 162	16.0	17 323	2 551	14.7
Comercio	6 138	52	0.8	15 190	298	2.0
Transportes	1 689	— 12	0.7	5 642	145	2.6
Otras	3 230	37	1.1	10 267	18	0.2

FUENTE: Sepúlveda B. y A. Chumacero. *Ibid.*

CUADRO No. 10

**PARTICIPACIÓN DE LA INVERSIÓN EXTRANJERA DIRECTA EN LA FORMACIÓN BRUTA
DE CAPITAL FIJO EN LA INDUSTRIA MANUFACTURERA**
(millones de pesos)

<i>Industria manufacturera</i>	1962			1963			1964		
	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>
TOTAL	7 277	1 097	15.1	8 206	934	11.4	10 788	878	8.2
Productos alimenticios	1 640	185	11.3	2 751	54	2.0	2 535	84	2.4
Industria de bebidas	131	—	—	137	13	9.5	177	38	21.5
Industria del tabaco	8	8	100.0	18	9	50.0	15	9	60.0
Fabricación de textiles	358	7	2.0	536	13	2.4	637	22	3.5
Calzado y vestido	170	4	2.3	165	5	3.1	267	3	1.1
Producción de madera, corcho, muebles y accesorios	228	1	—	88	—	—	190	—	—
Papel y productos de papel	173	125	72.3	346	61	17.6	230	105	45.7
Imprenta y editoriales	342	3	0.9	245	2	0.8	300	11	3.7
Cueros y productos de cuero	16	—	—	101	1	1.0	130	3	2.3
Productos de caucho	55	11	20.0	44	43	97.7	81	59	72.8
Industria química	1 906	431	22.6	1 352	381	28.2	795	400	50.3

Continuación del Cuadro No. 10

<i>Industria manufacturera</i>	1962			1963			1964		
	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>
Productos minerales no metálicos	367	72	19.6	290	25	8.6	818	107	13.1
Industrias metálicas básicas	951	121	12.7	1 016	107	10.5	2 680	243	8.7
Productos metálicos	672	20	3.0	321	66	20.6	165	69	41.8
Construcción de maquinaria	166	7	4.2	78	49	62.8	37	48	129.7
Construcción de maquinaria eléctrica	24	67	279.1	307	65	21.2	878	66	7.5
Construcción equipo de transporte	58	34	58.6	273	37	13.6	475	501	105.5
Industrias manufactureras diversas	12	2	16.7	138	3	2.2	378	4	1.1

Continuación del Cuadro No. 10

<i>Industria manufacturera</i>	1965			1966			1967		
	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>
TOTAL	15 278	2 514	16.5	16 329	2 626	16.1	17 323	2 557	14.8
Productos alimenticios	3 746	165	4.4	5 884	332	5.6	5 023	101	2.0
Industria de bebidas	237	58	24.5	53	50	94.5	99	30	30.3
Industria del tabaco	19	16	84.2	19	10	53.0	46	15	32.6
Fabricación de textiles	1 039	20	1.9	1 047	21	2.0	1 094	18	1.7
Calzado y vestido	355	4	1.1	318	12	3.8	327	7	2.1
Producción de madera, corcho, muebles y ac- cesorios	290	—	—	249	—1	—	357	67	18.7
Papel y productos de pa- pel	495	119	24.0	355	50	14.1	457	158	34.6
Imprenta y editoriales	506	9	1.8	693	25	3.6	631	16	2.5
Cueros y productos de cuero	194	—	—	133	1	—	95	6	6.3
Productos de caucho	149	90	60.4	70	44	62.8	84	43	51.2
Industria química	3 624	966	26.7	3 370	1 029	30.5	3 736	621	18.4

Continuación del Cuadro No. 10

<i>Industria manufacturera</i>	<i>1965</i>			<i>1966</i>			<i>1967</i>		
	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>
Productos minerales no metálicos	941	134	14.2	845	272	32.2	610	222	36.0
Industrias metálicas básicas	1 909	151	7.9	1 851	162	8.8	1 292	343	26.5
Productos metálicos	257	72	28.0	423	66	15.6	949	112	11.8
Construcción de maquinaria	63	159	252.4	107	101	94.4	236	144	60.0
Construcción de maquinaria eléctrica	638	227	35.6	128	192	150.0	1 140	201	17.6
Construcción y equipo de transporte	597	308	51.6	279	216	77.4	988	426	43.1
Industrias manufactureras diversas	219	16	7.3	505	44	8.7	159	27	17.0

FUENTE: Sepúlveda B. y A. Chumacero. *Ibid.*

CUADRO No. 11

PARTICIPACIÓN DE LA INVERSIÓN EXTRANJERA DIRECTA EN EL
PRODUCTO INTERNO BRUTO, POR ACTIVIDADES (1962-70)

(millones de pesos)

<i>Sectores</i>	<i>1962</i>			<i>1970</i>		
	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>	<i>Total</i>	<i>IED</i>	<i>%</i>
TOTAL	176.0	9.6	5.4	423.1	28.0	6.6
Agricultura	28.2	0.014	— *	48.1	0.03	— *
Minería	2.4	1.6	66.4	5.0	2.30	46.0
Petróleo	6.6	0.082	1.2	13.8	0.296	2.9
Construcción	6.1	0.055	0.9	21.4	0.086	0.4
Electricidad	2.1	0.041	1.9	6.1	0.024	0.4
Industria	34.2	6.0	17.6	96.0	21.8	22.7
Comercio	51.9	1.3	2.5	128.3	2.8	2.2
Transportes	5.5	0.182	3.4	11.1	0.142	1.3
Otras	40.6	0.244	0.6	97.8	0.596	0.6

FUENTE: Sepúlveda B. y A. Chumacero. *Ibid.*

* Cifras menores a 0.01%.

CUADRO No. 12

PARTICIPACIÓN DE LA INVERSIÓN EXTRANJERA DIRECTA EN LA POBLACIÓN
ECONÓMICAMENTE ACTIVA DEL PAÍS, POR SECTORES

(miles de personas)

Sectores	1963			1971		
	Nacional	IED	%	Nacional	IED	%
TOTAL	11 855	214.9	1.8	13 697	427.2	3.1
Sector primario	5 892	1.5	— *	5 306	2.0	— *
Minería y petróleo	153	30.4	19.8	191	35.1	18.4
Construcción	457	3.6	0.8	611	4.8	0.8
Electricidad	46	0.4	0.9	57	0.3	0.5
Industria	1 788	131.5	7.6	2 323	321.6	14.8
Comercio	1 118	37.8	3.4	1 287	45.3	3.5
Comunicaciones y Transportes	363	4.1	1.1	398	2.6	0.7
Otras	2 088	5.7	0.3	3 524	15.4	0.4

FUENTE: Nacional Financiera, S. A. México, 1974. Sepúlveda B. y A. Chumacero. *Ibid.*, para 1971: Bernal Sahagún. *Ibid.*

* Cifras menores al 0.1%.

CUADRO No. 13

NÚMERO DE EMPRESAS ESTABLECIDAS EN MÉXICO SEGÚN EL GRADO DE PARTICIPACIÓN DEL CAPITAL EXTRANJERO EN SU CAPITAL SOCIAL (1970)

Actividades	Total de Em- presas	De 5 a 25%		De 25 a 50%		De 50 a 75%		De 75 a 100%		De 100%	
		No.	%	No.	%	No.	%	No.	%	No.	%
TOTAL	1 833	76	4.1	516	28.1	160	8.7	111	6.1	1 020	55.7
1) Agricultura y silvicultura	14	—	—	—	—	3	21.4	1	7.1	10	71.4
2) Minería	118	6	5.0	77	65.2	2	1.7	2	1.7	31	26.3
3) Petróleo y producción y distribu- ción de gas	19	—	—	11	91.0	1	9.0	1	9.0	6	31.6
4) Construcción	21	—	—	5	23.8	1	4.8	—	—	15	71.4
5) Luz y energía eléctrica	1	—	—	—	—	—	—	—	—	1	100.0
6) Industria manufacturera	1 107	45	4.1	320	29.0	119	10.8	74	6.7	549	49.6
7) Comercio	284	4	1.4	35	12.3	17	6.0	19	6.7	209	73.6
8) Transporte	39	1	2.6	8	20.5	3	7.6	1	2.6	26	67.0
9) Servicios	141	11	78.0	33	23.4	6	4.3	12	85.1	79	56.0
10) Bancos y finanzas*	134	9	67.7	26	19.4	8	6.0	1	0.7	90	67.1
11) No especificados	5	—	—	1	20.0	—	—	—	—	4	80.0

FUENTE: Sepúlveda B. y A. Chumacero. *Ibid.*

* Incluye bancos, seguros, bienes inmuebles y otros.

CUADRO No. 14

PARTICIPACIÓN DE LA INVERSIÓN DE ESTADOS UNIDOS EN LA IED TOTAL
(porcentajes)

Años	Total	Agricultura	Minería	Petróleo	Construcción	Electricidad	Industria	Comercio	Transportes	Otras
1957	77.8	98.0	87.1	78.7	98.8	36.0	84.5	88.4	99.4	94.8
1958		90.7	87.5	95.5	97.7	34.7	83.6	87.7	97.9	69.1
1959	74.1	91.4	85.7	100.0	98.7	30.1	81.7	87.6	98.0	70.7
1960	83.2	92.3	83.6	99.5	97.7	69.1	81.1	99.9	97.7	68.3
1961	85.3	93.3	91.0	100.0	99.1	98.4	83.5	87.1	92.9	53.8
1962	85.0	91.4	90.5	100.0	96.5	98.8	83.0	85.9	91.5	58.2
1963	84.7	86.5	89.6	99.8	81.5	100.0	84.0	82.5	82.5	58.9
1964	83.5	86.7	89.0	99.8	83.7	100.0	82.8	80.6	89.3	58.9
1965	83.5	86.3	92.3	99.6	89.8	100.0	92.9	80.9	84.8	61.8
1966	83.6	100.0	94.6	99.5	89.9	100.0	82.9	82.6	87.6	70.2
1967	79.9	100.0	93.6	99.4	79.0	100.0	78.2	78.4	86.1	73.3
1968	81.2	99.5	93.1	99.3	67.9	100.0	80.0	78.8	80.4	75.0
1969	79.3	100.0	92.0	98.4	62.8	100.0	78.9	75.7	85.1	70.3
1970	79.4	100.0	90.1	98.9	58.2	100.0	78.6	77.3	88.6	76.5

FUENTE: Sepúlveda B. y A. Chumacero. *Ibid.*

CUADRO No. 15

CARACTERÍSTICAS DE LA INVERSIÓN DE 255 EMPRESAS MULTINACIONALES EN
MÉXICO 1973
(millones de dólares)

	1	2	3	4	5		
	No. de empresas	Capital social	Capital extranjero	2/1	Inversión neta en maquinaria y equipo	Deprecia- ción acu- mulada	4/1
TOTAL	255	1 460.4	927.3	63.5	1 752.9	985.4	1.20
Agricultura	1	0.3	0.3	100.0	1.1	0.5	3.67
Minería	1	48.0	16.3	34.0	92.9	53.7	1.94
Industria manufacturera	247	1 400.6	901.2	64.3	1 640.0	921.4	1.17
Alimentos	12	94.7	77.0	81.3	79.2	53.4	0.84
Bebidas	3	6.8	3.6	52.9	1.3	1.1	0.19
Tabaco	1	38.4	38.4	100.0	27.5	16.6	0.72
Textiles	3	7.4	7.2	97.3	10.0	6.0	1.35
Calzado y vestido	2	1.8	1.8	100.0	2.7	2.0	1.50
Papel y productos de papel	5	46.1	32.7	70.9	49.1	28.6	1.07
Imprentas y editoriales	2	9.6	4.9	51.0	7.3	4.0	0.76
Productos de caucho	5	59.8	46.6	77.9	77.2	55.8	1.29

Continuación del Cuadro No. 15

		1	2	3	4	5	
	No. de empresas	Capital social	Capital extranjero	2/1	Inversión neta en maquinaria y equipo	Deprecia- ción acu- mulada	4/1
Productos químicos	94	414.4	275.5	66.5	499.8	328.5	1.21
Derivados del petróleo y carbón	2	3.6	3.6	100.0	1.2	1.2	0.33
Minerales no metálicos	8	65.1	41.0	63.0	113.7	58.5	1.75
Metálicas básicas	9	153.2	36.3	23.7	277.3	116.6	1.81
Productos metálicos	18	80.8	26.6	32.9	106.9	68.2	1.32
Maquinaria no eléctrica	21	52.3	32.9	62.8	38.8	21.7	0.74
Maquinaria y artículos eléctricos	26	125.2	95.2	76.0	119.7	59.5	0.96
Material de transporte	23	221.8	165.2	74.5	209.1	90.6	0.94
Diversos	13	19.7	12.9	65.6	19.2	8.9	0.97
Comercio	6	11.5	9.5	82.6	18.9	9.8	1.64

FUENTE: Bernal Sahagún, Víctor M. *El impacto de las empresas multinacionales en el empleo y los ingresos en México*. México, UNAM-IEC, Programa Mundial del Empleo OIT-ONU, 1976.

CUADRO No. 16

PARTICIPACIÓN DE LAS EXPORTACIONES DE EMPRESAS MULTINACIONALES DE EUA
EN LAS EXPORTACIONES DE MÉXICO

(miles de dólares)

Años	1	2	3	4	5	6
	Exportación total nacio- nal	Exportación de subsidia- rias	2/1	Exportación to- tal de la indus- tria manufactu- rera	Exportación de las EMN en la industria manu- facturera	5/4
1960	738 713	9 025	1.2	255 868	5 421	2.1
1966	1 162 763	28 393	2.4	384 941 ^a	22 184	5.8
1972	1 665 242 ^b	145 120	8.7	679 390	137 071	20.2

FUENTE: *Informes anuales del Banco de México* 1960 y 1966. *Indicadores Económicos*, Banco de México. Gerencia de Investigación Económica, diciembre, 1973 Newfarmer, Richard S. and Willard F. Mueller. *Multinational Corporation in Brazil and Mexico. Structural sources of economic and noneconomic power*, August, 1975.

^a No incluye bienes de consumo y de producción semielaborados.

^b Incluye corrección de maquiladoras.

CUADRO No. 17

MÉXICO: DESTINO DE LAS EXPORTACIONES DE SUBSIDIARIAS DE EMPRESAS
MULTINACIONALES DE LOS ESTADOS UNIDOS, POR PAÍSES Y FILIALES
(millones de dólares)

Años	Totales			A sus filiales			Estados Unidos			Europa			América Latina			Otras		
	1	2	2/1 %	1	2	2/1 %	1	2	2/1 %	1	2	2/1 %	1	2	2/1 %	1	2	2/1 %
1960	9.0	4.8	53	6.2	3.8	61	0.6	0.06	9	2.1	0.9	5	0.04	0	—			
1966	28.4	22.2	18	16.9	16.2	18	2.9	1.3	45	7.7	3.9	21	0.8	0.8	100			
1972	145.1	120.2	83	81.7	78.3	16	11.4	5.3	46	49.0	34.3	70	2.9	2.4	83			

FUENTE: Newfarmer Richard and Willard F. Mueller. *Multinational Corporations in Brazil and Mexico. Structural sources of economic and noneconomic power*, August, 1975.

CUADRO No. 18

MÉXICO: DESTINO DE LAS VENTAS DE SUBSIDIARIAS DE EMPRESAS
MULTINACIONALES DE LOS EUA
(millones de dólares)

	1960			1966			1972		
	<i>Exporta- Locales ciones</i>			<i>Exporta- Locales ciones</i>			<i>Exporta- Locales ciones</i>		
	1	2	2/1	1	2	2/1	1	2	2/1
TOTAL	460.9	9.0	2	1 258.7	28.4	2.3	2 867.8	145.1	5.1
Actividades primarias y petróleo	0.3	2.9	967	3.9	4.4	113.0	16.5	5.9	35.8
Industria	413.2	5.4	1.3	1 164.1	22.2		2 689.3	137.1	5.1
Alimentos	26.5	*	—	109.5	2.6	2.4	326.2	7.1	2.2
Textiles y vestido	0	0	0	21.0	0	0	36.3	0	0
Fabricación de papel	13.9	0	—	36.8	0	0	98.4	0	0
Productos químicos	176.4	5.1	2.9	314.5	12.5	4.0	762.9	32.9	4.3
Productos del caucho	7.9	0	—	59.9	0.1	0.2	107.5	0.5	0.5
Productos minerales no metálicos	3.7	0	—	19.0	0.6	3.2	61.8	1.6	2.6

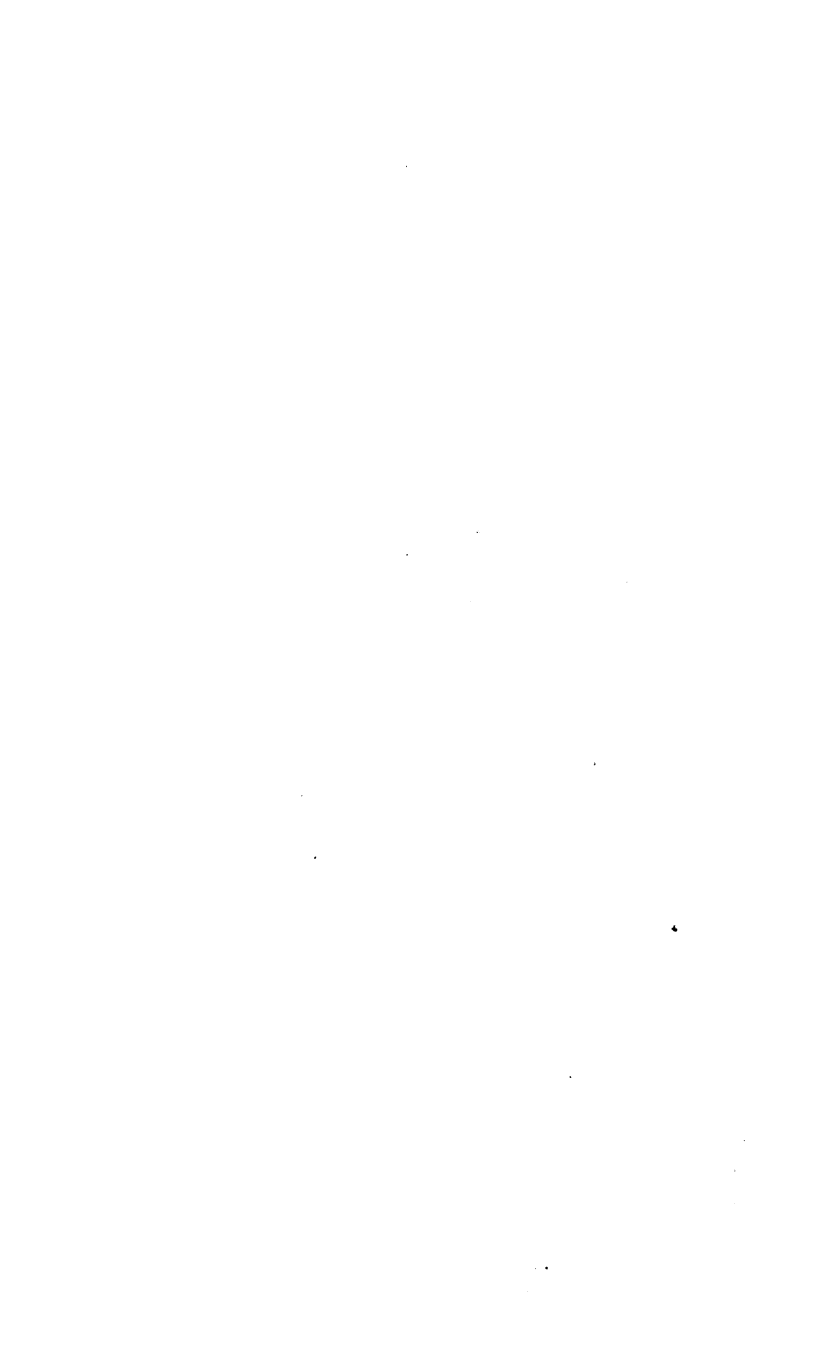
Continuación del Cuadro No. 18

	1960			1966			1972		
	Exporta- ciones		2/1	Exporta- ciones		2/1	Exporta- ciones		2/1
	Locales 1	2		Locales 1	2		Locales 1	2	
Metálicas básicas	9.1	0	—	81.2	*	—	159.6	2.4	1.5
Maquinaria no eléc- trica	20.1	*	—	59.1	0.5	0.9	147.7	7.3	5.0
Maquinaria eléctrica	27.8	*	—	128.3	0.6	0.5	321.6	28.5	9.0
Material de transporte	123.2	0	—	309.0	4.4	1.4	558.0	46.5	8.3
Otros	4.6	0.2	4.3	25.8	0.9	3.5	109.4	10.2	9.3
Comercio y servicios	47.3	0.7	1.5	90.8	1.8	2.0	162.1	2.1	1.3

FUENTE: Newfarmer, Richard and Willard F. Mueller. *Multinational Corporations in Brazil and Mexico. Structural sources of economic and noneconomic power*, August, 1975.

* Cifras menores a 100 000 dólares.

BIBLIOGRAFIA



LIBROS Y FOLLETOS

- Adam, György, Harry Magdoff, James O'Connor y Paul M. Sweezy. *Teoría y práctica de...*, véase SWEETZY, Paul M.
- Adam, György, Raymond Vernon. Louis Karpik, Gilles Bertin, Charles Michelet y Paul André Weber. *L'entreprise multinationale*. París, Librairie Armand Colin, 1972.
Número especial de *Revue Economique*, v. 23, n. 4. Juillet, 1972.
- Aguilar Monteverde, Alonso. *La inversión extranjera*. México, Círculo de Estudios Mexicanos, 1955. 32 p.
Problemas estructurales del subdesarrollo. México, UNAM-IEC., 1971. 327 p.
Teoría y política del desarrollo latinoamericano. México, UNAM-IEC., 1967. 327 p.
El panamericanismo. De la doctrina Monroe a la doctrina Johnson. México, Cuadernos Americanos, 1965. 186 p.
Latin America and the Alliance for Progress. New York, Monthly Review Inc., 1963. 36 p.
- Aguilera Gómez, Manuel. *La desnacionalización de la economía mexicana*. México, FCE, 1975. 154 p. (n. 47).
- Amin, Samir. *Desarrollo desigual*. México, Edit. Nuestro Tiempo, 1974.
El capitalismo periférico. México, Edit. Nuestro Tiempo, 1974.
- Bagú, Sergio. *Industrialización y dependencia*. México, UNAM-IIS-Seminario de Clases Sociales, 1973.
Industrialización, sociedad y dependencia en América Latina. México, UNAM-ABIS, 1973.
- Baran, Paul. *La economía política del crecimiento*, 3a. ed. México, FCE, 1964. 345 p.
- Bernal Sahagún, Víctor M. y otros. *El impacto de las empresas multinacionales en el empleo y los ingresos en México*. México, UNAM-IEC-Programa Mundial del Empleo OIT-ONU, 1976.
- Bertin, Gilles. *L'investissement international*. París, Presses Universitaires de France (PUF). (Que sais-je, n. 1256).
Les sociétés multinationales. París, Presses Universitaires France (PUF), 1975. 248. p.

Bertin, Gilles, Adam György, Raymond Vernon, Louis Karpik, Charles Michelet y André Paul Weber. *L'entreprise...*, véase ADAM, György.

Bognár, Jozsef, Ester Boserup, Ignacy Sachs y otros. "Manpower shortage affecting the absorption of foreign aid", en *Foreign aid to newly independent countries*. Hungary, European Coordination Centre for Research and Documentation in Social Sciences, 1971. p. 39-47.

Boserup, Ester, Jozsef Bognár, Ignacy Sachs y otros. "Absorptive capacity for foreign aid", en *Foreign aid to...*, véase BOGNÁR, Jozsef. p. 3-11.

Caputo, Orlando y Roberto Pizarro. *Desarrollismo y capital extranjero. Las nuevas formas del imperialismo en Chile*. Santiago de Chile, Universidad Técnica del Estado, 1970. 118 p. *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*. Santiago de Chile, Universidad de Chile-CESO, 1970. *Desarrollo y capital extranjero*. Santiago de Chile, Universidad de Chile-CESO, 1970.

Dependencia y relaciones internacionales. Costa Rica, Edit. Universitaria Centroamericana, 1974. 278 p.

Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México, Siglo XXI Editores, 1969. 166 p.

Carmona, Fernando. *El drama de América Latina. El caso de México*. México, Cuadernos Americanos, 1964. 277 p.

Dependencia y cambios estructurales. México, UNAM-IEC, 1971. 403 p.

Castro, Fidel. "Es hacia los países subdesarrollados que las naciones petroleras con grandes excedentes financieros deben elaborar una estrategia de ayuda al desarrollo", en *La crisis actual del capitalismo*. La Habana, Edit. de Ciencias Sociales, 1974. 27 p.

Cecceña Cervantes, José Luis. *Superexplotación, dependencia y desarrollo*. México, Edit. Nuestro Tiempo, 1970. 175 p.

✓Cecceña Gámez, José Luis. *México en la órbita imperial*, 4a. ed. México, Edit. El Caballito, 1973. 271 p.

El imperio del dólar. México, Edit. El Caballito, 1972. 205 p.

✓ *El capital monopolista y la economía de México*. México, Cuadernos Americanos, 1963. 293 p.

Centre National de la Recherche Scientifique. *La croissance de la grande firme multinationale*. París, Edition du Centre National de la Recherche Scientifique, 1973. 614 p.

- Chapoy Bonifaz, Alma. *Empresas multinacionales (instrumento del imperialismo)*. México, Edit. El Caballito, 1975. 26 p.
- Chatelain, Eugenio, Víctor Testa y Michele Salvati. *La explotación...* véase TESTA, Víctor.
- Chumacero, Antonio y Bernardo Sepúlveda. *La inversión extranjera...* véase SEPÚLVEDA, Bernardo.
- Córdova, Armando. *Inversiones extranjeras y subdesarrollo*. Caracas, Universidad Central de Venezuela-Instituto de Investigaciones de la Facultad de Economía, 1967.
- Destanne de Bernis, Gérard, Jozsef Bognár, Ester Boserup, Ignacy Sachs y otros. "Le concept de capacité d'absorption en matière d'aide..." véase BOGNÁR, Jozsef. p. 68-92.
- Dobrska, Zofia, Jozsef Bognár, Ester Boserup, Ignacy Sachs y otros. "Absorptive capacity of developing countries for foreign aid" en *Foreign aid to...*, véase BOGNÁR, Jozsef. p. 93-107.
- Dos Santos, Theotonio. *Imperialismo y empresas multinacionales*. Buenos Aires, Edit. Galerna, 1973. 138 p.
- Faletto, Enzo y Fernando Henrique Cardoso. *Dependencia y desarrollo...*, véase CARDOSO, Fernando Henrique.
- Fajnzylbert, Fernando y Trinidad Martínez Tarragó. *Las empresas transnacionales. Su expansión a nivel mundial y su proyección en la industria mexicana*. México, CONACYT-CIDE, 1975.
- Frank, André Gunder. *América Latina; subdesarrollo o revolución*. México, Edit. Era, 1973. 357 p.
- Lumpenburguesía, lumpendesarrollo*. México, Edit. Era, 1971. 159 p. (Serie Popular Era n. 12).
- Otra edición: Santiago de Chile, Edit. Prensa Latinoamericana, 1970. 170 p.
- González Casanova, Pablo. *La ideología norteamericana sobre inversiones extranjeras*. México, UNAM, 1955. 189 p.
- Girvan, Norman, Paul M. Sweezy, Harry Magdoff y otros. *Teoría y práctica...* véase SWEETZ, Paul M.
- Gorynski, Julienz, Jozsef Bognár, Ester Boserup, Ignacy Sachs y otros. "Modern and traditional design and techniques in construction and housing", en *Foreign aid to...* véase BOGNÁR, Jozsef.
- Goux, Christian y Lean François Landeau. *El peligro americano; el capital norteamericano en el extranjero*. Buenos Aires, Emecé, 1973. 270 p.
- Le perfil américain*. París, Calman Lévy, 1971. 269 p.
- Guillén Romo, Héctor J. *La dépendence technologique dans les pays sous-développés: exemple du Mexique*. París, Université

- de Paris-Sciences Economiques-Sciences Humaines-Sciences Juridiques, 1975. 403 p.
- Graziani, Giovanni. *América Latina: subdesarrollo e imperialismo*. México, Edit. Diógenes, 1971. 70 p.
- Herrera, Felipe. *El desarrollo de América Latina y su financiamiento*. Buenos Aires, Aguilar Argentina de Ediciones, 1967. 362 p.
- Herrera, Felipe, José Antonio Mayobre, Carlos Sanz de Santa-maría y Raúl Prebisch. *Hacia la integración acelerada de América Latina*. México, FCE, 1965.
Incluye un estudio técnico de la CEPAL.
- Hymer, Stephan. *Empresas multinacionales: la internacionalización del capital*. Buenos Aires, Edic. Periferia, 1972. 174 p.
- Ianni, Octavio. *Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina*. México, Siglo XXI Editores, 1970. viii-126 p.
- Jalée, Pierre. *El tercer mundo en la economía mundial*. México, Siglo XXI Editores, 1971.
- Kaplan, Marcos. *Corporaciones públicas multinacionales para el desarrollo y la integración de América Latina*. México, FCE, 1972. 363 p.
- Karpik, Louis, György Adam, Raymond Vernon, Bertin Gilles, Charles Michelet, y André Paul Weber. *L'entreprise...* véase ADAM, György.
- Lange, Oscar. *Planificación y desarrollo*. Buenos Aires, Jorge Alvarez Editor, 1963.
- Magdoff, Harry. *La era del imperialismo*. México, Edit. Nuestro Tiempo, 1969. 231 p.
- Magdoff, Harry, Paul M. Sweezy, James O'Connor y otros. *Teoría y práctica de la...* véase SWEETZ, Paul M.
- Mayobre, José Antonio, Felipe Herrera, Carlos Sanz de Santa-maría y Raúl Prebisch. *Hacia la integración...* véase HERRERA, Felipe.
- Maza Zavala, Domingo F. *Los mecanismos de la dependencia*. Venezuela, Fondo Editorial Salvador de la Plaza Rocinante, 1973. 272 p.
- Michelet, Charles-Albert, György Adam, Raymond Vernon, Louis

- Karpik, Gilles Bertin y André Paul Weber. *L'entreprise...* véase ADAM, György.
- Mueller, William F. y Richard S. Newfarmer. *Multinational corporations Brasil and Mexico: sources of economic and noneconomic power*. Washington, Government printing office, 1975.
- Nkrumah, Kwame. *Neocolonialismo; la última etapa del imperialismo*. México, Siglo XXI Editores 1966. 22 p. (El mundo del hombre, Sociología y política n. 12).
- Newfarmer, Richard F. y William F. Mueller. *Multinational corporations...* véase MUELLER, William F.
- O'Connor, James, Harry Magdoff, Paul M. Sweezy y otros. *Teoría y práctica de la...* véase SWEETZ, Paul M.
- Palloix, Christian. *L'economie mondiale capitaliste et les firmes multinationales*. París, François Masperó, 1975. (Economie et Socialisme n. 24). 2 tomos, 196 p. y 328 p.
- L'internationalisation du capital*. París, François Masperó, 1975. (Economie et socialisme n. 23).
- Les firmes multinationales et le proces d'internationalisation*. París, François Masperó, 1975. (Economie et Socialisme n. 19).
- Prebisch, Raúl. *Transformación y desarrollo. La gran tarea de la América Latina*. México, BID-FCE, 1970 305 p.
- Prebisch, Raúl, José Antonio Mayobre, Felipe Herrera y Carlos Sanz de Santamaría. *Hacia la integración...* véase HERRERA, Felipe.
- Pierre-Charles, Gérard. *Teoría del imperialismo, teoría de la dependencia y conocimiento científico de la realidad social latinoamericana*. México, Publicaciones del CELA, UNAM, VTGD.
- Ramírez Rancano, Mario. *La burguesía industrial, revelaciones de una encuesta*. México, Edit. Nuestro Tiempo, 1974.
- Ramos, Sergio. *La dependencia del Desarrollismo*. Santiago de Chile, Universidad de Chile-CESO. (Borrador de discusión interno CESO).
- Sanz de Santamaría, Carlos, Felipe Herrera, José Antonio Mayobre y Raúl Prebisch. *Hacia la integración...* véase HERRERA, Felipe.
- Sachs, Ignacy, Jozsef Bognár, Ester Boserup y otros "Transmission of Technique and skills in foreign aid", en *Foreign aid to newly...* véase BOGNÁR, Jozsef.

- Salvati, Michele, Víctor Testa y Eugenio Chatelain. *La explotación entre ... véase TESTA, Víctor.*
- Sepúlveda, Bernardo y Antonio Chumacero. *La inversión extranjera en México.* México, FCE, 1973. 262 p.
- Sepúlveda, César. *Las llamadas empresas multinacionales: dilema y opción.* México, FCE, 1972.
- Servan-Schreiber, Jean Jacques. "*Le Defi Américain*". Paris Denoël, 1967.
- Sunkel, Osvaldo. *Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América Latina,* Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.
- Sweezy, Paul M., Harry Magdoff, James O'Connor y otros. *Teoría y práctica de la empresa multinacional.* Argentina, Ediciones Periferia, 1974, 189 p.
- Testa, Víctor, Eugenio Chatelain, Michele Salvati. *La explotación entre naciones.* Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada Siglo XXI, 1973. 158 p.
- Vaitsos, Constantine, Harry Magdoff, James O'Connor, Paul M. Sweezy y otros. *Teoría y práctica de la ... véase SWEEZY, Paul M.*
- Vernon, Raymond György Adam, Louis Karpik, Bertin Gilles, Charles Michelet, André Paul Weber, *L'entreprise ... véase ADAM, György.*
- Wionczek, Miguel S. *El nacionalismo mexicano y la inversión extranjera,* México, Siglo XXI Editores, 1967. 314 p.
- Inversión y Tecnología extranjera en América Latina,* México, J. Mortiz, 1971. 189 p.
- Weber, André Paul, György Adam, Raymond Vernon, Louis Karpik, Gilles Bertin y Charles Michelet. *L'entreprise... véase ADAM György.*

ARTICULOS

- Aguilar Monteverde, Alonso. "Más deudas, menos recursos para financiar el desarrollo",* en *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, a. 3, n. 12. México, UNAM-IEC, ago-oct, 1972: 5-10 p.

* Tercera Reunión de la UNCTAD. Opiniones y Comentarios.

- Baltra Cortés, Alberto. "El pacto andino y el capital extranjero", en *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, a. 2, n. 5. México, UNAM-IEC., oct-dic, 1970: 69-86 p.
- Cambre Mariño, Jesús. "Monopolios norteamericanos y corporaciones multinacionales", en *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, a. 3, n. 11. México, UNAM-IEC., may-jul, 1972: 95-112 p.
- Caputo, Orlando y Roberto Pizarro. "El desarrollo y las relaciones económicas internacionales de América Latina", en *Pensamiento Crítico*, n. 47. La Habana, dic, 1970: 92-207 p.
- "Le capital étranger-une utopie du développement", en *Amérique Latine. Crise et dépendence*. París, Anthropos, 1972.
- Carmona, Fernando. "Profundización de la dependencia tecnológica",* en *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, a. 3, n. 12. México, UNAM-IEC., ago-oct, 1972: 19-22. p.
- Ceceña Gámez, José Luis. "Inversiones extranjeras directas en México", en *Revista de Economía*, v. 15, n. 10 y 11. México. Primera parte n. 10; Segunda parte n. 11.
- "Inversiones internacionales privadas en el siglo xx", en *Investigación Económica*, v. 13, n. 2. México, UNAM-ENE, abr-jun, 1953
- "El capital monopolista y la economía mexicana", en *Cuadernos Americanos, México*, Cuadernos Americanos, 1964.
- "La penetración extranjera y los grupos de poder económico en el México porfirista", en *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, a. 1, n. 1. México, UNAM-IEC., oct-dic, 1969: 49-88 p.
- Centro de Investigaciones de Economía Internacional. "El sector externo y el desarrollo económico de América Latina", en *Economía y Desarrollo*, n. 5. La Habana, Universidad de La Habana-Instituto de Economía, ene-marzo, 1971.
- Chapoy, Alma. "Las empresas multinacionales y América Latina", en *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, a. 3, n. 12. México, UNAM-IEC., ago-oct, 1972: 53-86 p.
- De la Selva, Mauricio. "Empresas multinacionales latinoamericanas", en *Cuadernos Americanos*, v. 191, n. 6. México, Cuadernos Americanos, nov-dic, 1973: 105-135 p.
- Delilez, J. P. "Le marché commun, les monopoles transnationaux et l'internalisation du Capital", en *Economie et Politique*, n. 227. París, Economie et Politique, juin, 1973: 109-129 p.
- Dos Santos, Theotonio. "La corporación multinacional", en *Pro-*

blemas del Subdesarrollo Latinoamericano, México, Edit. Nuestro Tiempo, 1973: 126-168 p.

Editorial de Problemas del Desarrollo. "La inversión extranjera", en *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, a. 4, n. 13. México, UNAM-IEC, nov-dic/72-ene/73.

Fajnzylber, Fernando. "Las empresas transnacionales y el sistema industrial de México", en *El Trimestre Económico*, v. 42, n. 168. México, FCE, oct-dic, 1975: 903-932.

"La empresa internacional en la industrialización de América Latina", en *Comercio Exterior*, v. 22, n. 4. México, Bco. Nal. de Comercio Exterior, abr, 1972.

Foster, William Z. "The explosive situation in Latin America", en *Political Affairs*, v. 32. New York, Political Affairs Publishers, aug, 1953: 8-14 p.

French Davis, Ricardo. "La inversión extranjera en la América Latina: tendencias recientes y perspectivas", en *El Trimestre*

Económico, v. 40, n. 157. México, FCE, ene-mar, 1973: 173-194 p.

Furtado, Celso. "La concentración del poder económico en Estados Unidos y sus repercusiones en América Latina", en *Comercio Exterior*, v. 19, n. 8. México, Bco. Nal. de Comercio Exterior, ago, 1969.

"El capitalismo postnacional: interpretación estructuralista", en *El Trimestre Económico*, v. 42, n. 168. México, FCE, oct-dic, 1975: 857-902 p.

Galeano, Eduardo. "The alliance for progress: notes for an obituary", en *Monthly Review*. New York, Monthly Review Inc.

González Pedrero, José. "Selección de tecnologías e inversión extranjera", en *Comercio Exterior*, v. 17, n. 2. México, Bco. Nal. de Comercio Exterior, feb, 1967.

Rama, Carlos M. "El movimiento obrero internacional y las empresas multinacionales", en *Cuadernos Americanos*, v. 198, n. 1. México, Cuadernos Americanos, ene-feb, 1975: 24-42 p.

Seminario de Economía Internacional. "La empresa multinacional y la integración latinoamericana", México, UNAM-ENE.

Seminario de Desarrollo y Planificación. "La empresa multinacional: nueva estrategia imperialista", México, UNAM-ENE.

Serra Puche, Jaime José. "El imperialismo y las corporaciones

- transnacionales", en *Investigación Económica*, v. 31, n. 124. México, UNAM-ENE, oct-dic, 1971.
- Sunkel, Osvaldo. "Capitalismo trasnacional y desintegración nacional en la América Latina", en *El Trimestre Económico*, v. 38, n. 150. México, FCE, abr-jun, 1971.
- Sweezy, Paul M. y Harry Magdoff. "Note on the multinational corporation", en *Monthly Review*, n. 5-6. New York, Monthly México, FCE, ene-mar, 1975.
- Vaitsos, Constantine V. "Las relaciones económicas entre el norte y el sur: análisis de las inversiones y las técnicas de producción extranjeras", en *El Trimestre Económico*, v. 42, n. 165. México, FCE, ene-mar, 1975: 143 p.
- "El poder, los conocimientos y la política de desarrollo: relaciones entre las empresas", en *El Trimestre Económico*, v. 42, n. 268. México, FCE, oct-dic, 1975.
- "Efectos de las inversiones extranjeras directas sobre la ocupación en los países en vías de desarrollo", en *El Trimestre Económico*, v. 41, n. 162. México, FCE, abr-jun, 1974: 377-406 p.
- "El cambio de políticas de los gobiernos latinoamericanos con relación al desarrollo económico y la inversión extranjera directa", en *El Trimestre Económico*, v. 41, n. 161. México, FCE, ene-mar, 1974: 137-171 p.
- Weaver, F. Sterton. "The dynamics of U.S. investment in Latin America", en *Science and Society*, v. 33, n. 1. New York, Edwin Berry, winter, 1969: 20-24 p.
- Warren, Bill. "Myths of underdevelopment", en *New Left Review*, n. 81. London, Perry Anderson, sep-oct, 1973: 3-45 p.
- Wionczek, Miguel S. "Hacia el establecimiento de un trato común para la inversión extranjera en el Mercado Común Andino", en *El Trimestre Económico*, v. 38, n. 150. México, FCE, abr-jun, 1971:
- "La inversión extranjera privada en América Latina", en *Inversión y tecnología extranjera en América Latina*. México, J. Mortiz, 1971.

DOCUMENTOS

- Banco Interamericano del Desarrollo (BID). *Las inversiones multinacionales en el desarrollo y la integración de América Latina*. (Mesa redonda). Abril, 1968.

Financiamiento europeo en América Latina. México, CEMCA, 1966.

Las inversiones multinacionales, públicas y privadas en el desarrollo y la integración de América Latina. Bogotá, 1968. 404 p.

Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF). *Las inversiones extranjeras en América Latina.* Washington. 145 p.

Cámara Nacional de la Industria de Transformación. *Estudio general sobre las inversiones extranjeras.* México, CNIT, 1955. 28 p.

Comentario de la tesis sobre inversiones extranjeras directas de los oponentes de la CNIT. México, CNIT, 1956. 17 p.

Las inversiones extranjeras directas en electricidad. México. CNIT, 1955. 30 p.

Inversión extranjera en la minería mexicana. México, CNIT, 1955. 28 p.

La inversión extranjera en el servicio de Teléfonos de México. México, CNIT, 1956. 35 p.

CEPAL. *Financiamiento externo de América Latina.* New York, ONU, 1962.

Las transnacionales en América Latina. New York, ONU.

El financiamiento externo de América Latina. New York, ONU, 1964. 269 p.

El financiamiento externo en el desarrollo de América Latina. ONU, 1963.

Cofinde. *Memoria de la conferencia sobre el financiamiento para el desarrollo de América Latina y el Caribe COFINDE.* México, 1975.

Comité Bilateral de Hombre de Negocios Méx-EU, Sección CBH de NM-EU. SM. *Inversiones extranjeras privadas directas en México.* 1971. 371 p.

Consejo Interamericano Económico y Social. *Inversiones extranjeras en América Latina: medidas dirigidas a su expansión.* Washington, Unión Panamericana, 1954. 166 p.

El financiamiento externo para el desarrollo de América Latina. Washington, Unión Panamericana, 1969.

OCDE. *Investir dans le Tiers Monde.* París, 1972.

Les investissements étrangers et leur effets dans les pays, en voie de développement. París, 1968.

ONU. *Las inversiones extranjeras en América Latina.* New York, ONU, 1955. 180 p.

ONU. Departamento de asuntos económicos y sociales. *Foreign capital in Latin America.* New York, ONU-Department of Economic and Social Affairs, 1955. 164 p.

ONU. *Las corporaciones multinacionales y la economía mundial.* New York, ONU, 1973.

Economics Survey of Latin America. New York, ONU, 1932. 351 p.

Unión Panamericana. Departamento de Asuntos Económicos. *La corriente de capitales de la comunidad económica Europea hacia la América Latina*.

Varios autores. *Inversiones extranjeras privadas en México*. México, Comité Bilateral de Hombres de Negocios México-Estados Unidos, 1971. 261 p.



Siendo
Directora General de Publicaciones de la UNAM
Dra. Beatriz de la Fuente
se terminó la impresión de
Política mexicana sobre inversiones extranjeras
el día 15 de enero de 1977
en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A.,
Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F.
La tipografía se hizo con
Baskerville 10:12 y 8:9
Se tiraron 2 000 ejemplares.

III

POLITICA MEXICANA
SOBRE INVERSIONES
EXTRANJERAS

BIBLIOTECA "M. ROJESUS SILVA HERNANDEZ"

HG5162 P84



9317